



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ARAGÓN**

**“ ‘EL MERCADO MÁS GRANDE DEL MUNDO: LOS
HIJOS DE LA MADRE CENTRAL DE ABASTO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO’.
CRÓNICA URBANA”**

**TRABAJO PERIODÍSTICO Y COMUNICACIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LIC. EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO
PRESENTA:**

**DANIEL ALBERTO CISNEROS
REYES**

ASESORA: MTRA. RUTH ALEJANDRA DÁVILA FIGUEROA



FES Aragón

MÉXICO, D.F.

2009



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Dedicatoria

Para mi mamá con profundo amor por su estoico esfuerzo y desvelos en el trabajo, por su paciencia y lágrimas. A Alberto por su compañía y comprensión en los momentos difíciles. A mi hermana, Zeus y sobrinos. A Georgina por haber permanecido a mi lado durante tanto tiempo. A la maestra Ruth por su valiosa asesoría. A las familias Ramírez y Llamas por ser como ángeles. A Tonatiuh, Edgar, David, Luis y Abraham por brindarme su amistad y cariño; por adoptarme como parte de ellos. A Eduardo, por ser mi cómplice y amigo durante los cuatro años en la carrera. A Idalí por su amistad. A Acitlally, por darle una leída a cada uno de los capítulos. A Valerio y Carlos por acompañarme durante mi visita en la noche. A los camaradas del taller de poesía y narrativa del FARO de Oriente por hacerme compañía en muchos momentos en los que me sentía profundamente solo. A las personas que aparecen en esta crónica y que me permitieron ingresar en su mundo. Y, por último, a mí mismo por haber salido avante a pesar de tantos problemas y obstáculos desde mi infancia.

El ser humano es una obra permanente, un objeto imperecedero para la contemplación.

Friedrich Schleiermacher

Que la palabra esté y que uno esté en ella.

Hans-Georg Gadamer

Existe la posibilidad de vincular diversas tradiciones, compararlas, llegar a algunas síntesis entre ellas, a unas con mayor dificultad, a otras más fácilmente. Habría que ver la interpretación no sólo como la posibilidad de traducir, sino de compartir significados y modos de vida, como una cierta simbiosis y mestizaje. Claro que muy limitados, pero que posibilitan el contacto y el entendimiento entre tradiciones distintas.

Mauricio Beuchot

Si el *ser en el mundo* es una estructura fundamental del *ser ahí* en que éste se mueve no pura y simplemente, sino preferentemente en el modo de la cotidianidad, entonces esta estructura ha de ser siempre ya experimentada ónticamente.

Martin Heidegger

Recoger ese material puede ser tedioso, embrollado, sucio físicamente, fastidioso, peligroso incluso.

Tom Wolfe

Índice

Presentación.....	5
Aniversario entre baile, alcohol, gays, sexo y algo más.....	18
Cuatro hijos de la madre Central de Abasto.....	41
Panorámica de un día cualquiera llamado San Valentín.....	89
Partido de práctica: La Cuesta vs. Combinados.....	108
Un Centro de mucho corazón y bajo presupuesto.....	122
Noche húmeda con un grupo de amigables sexoservidores.....	141
Fotografías.....	158
Epílogo.....	196
Fuentes de consulta.....	198

Presentación

En la presente crónica urbana abordo uno de los temas que considero de vital importancia para aspirar a comprender mejor una parte de la urbe: la vida cotidiana en el Mercado de la Central de Abasto de la Ciudad de México (CEDA). El acontecer diario en los mercados de la capital, a muchos les resulta extraño y complejo, tanto más porque en éstos brotan diversas personas e historias que en ocasiones parecerían irreales por contrastar con nuestra realidad inmediata. Sin embargo, estoy convencido de que las historias que ahí se tejen resultan materia suficiente de reflexión por lo cual bien merecen ser contadas.

La CEDA, según su director general Raymundo Collins Flores, es considerada el mercado más grande e importante de México y del mundo, ya que suministra, al mayoreo o menudeo, los alimentos para el consumo diario en el país y para la elaboración de alimentos procesados. Este centro de distribución tiene como antecedentes directos a otros mercados como el de Tlatelolco, la Plaza Mayor, el Baratillo, el Parián, la Cruz del Factor, la Paja, el Volador, el de las Naves, el de Jamaica, el de Sonora y, el más cercano, La Merced. En este último se suscitaron una serie de conflictos en los años setenta, como el intermediarismo excesivo y la falta de espacio, por lo que se pensó en un mercado de grandes proporciones que lo sustituyera como centro de distribución mayorista.

En 1980, ya aprobado el plan para la construcción de la CEDA, se confió el diseño al arquitecto Abraham Zabludovski y en marzo de 1981 se iniciaron los trabajos de edificación. La obra se concluyó en algo más de un año y el primer día de actividades fue el 22 de noviembre de 1982, día que se toma en cuenta para celebrar el aniversario. Dos días después, el 24 de noviembre, el

entonces presidente, José López Portillo, inauguró el mercado oficialmente y develó la placa conmemorativa en la que figuraba el nombre de la CEDA: Carlos Hank González.

La CEDA está organizada en las siguientes áreas: Mercado de Frutas y Legumbres, Mercado de Abarrotes y Víveres, Mercado de Flores y Hortalizas, Mercado de Subasta y Productores, Mercado de Aves y Cárnicos, Mercado de Envases Vacíos y, por último, el Frigorífico. Para resguardar la seguridad se cuenta con la agencia número 60 del Ministerio Público de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal y con un juzgado cívico; además existe un Centro de Apoyo al Menor Trabajador, un Albergue para niños y jóvenes trabajadores de la Central de Abasto, el Centro Cultural Bodega del Arte, una Comisión de Deporte y Liga de Fútbol.

En la CEDA entran diariamente 52 mil vehículos y 300 mil visitantes en promedio. De estas 300 mil personas, aproximadamente 70 mil llegan para trabajar y el resto son compradores. Se pueden hallar desde transportistas, diableros, ayudantes de cocina, cafeteras (mujeres que venden desayunos con un pequeño carro de supermercado), sexoservidoras, boleros, policías, pepenadores, peladores de elotes, tomates, chiles o nopales, etcétera. Muchos de los que ahí laboran provienen de lugares tan diversos como el Estado de México, Oaxaca, Puebla, Toluca, Tlaxcala, Guerrero, Veracruz y del propio Distrito Federal.

Como se podrá deducir, en la CEDA conviven gran variedad de costumbres; es decir, distintas formas de pensar, hablar, comer, vestir y actuar, dictados por la tradición de cada miembro que permite el funcionamiento del mercado. Estas formas de ser se manifiestan en los personajes que aparecen a lo largo de la crónica. Pero a todo esto: ¿qué entendemos por crónica y cómo ha sido su evolución? Y ya que el presente trabajo pretende tener un estilo periodístico-literario: ¿cuál es la historia del periodismo literario?

Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, la palabra crónica proviene del latín *chronica*, y ésta a su vez del griego *κρονική* [*roni•a*]. Y su significado es: relatos o libros en que se refieren los sucesos por orden de tiempo o, en su relación con el periodismo, artículo periodístico sobre temas de actualidad. Por su parte, el investigador español Rafael Yanes Mesa refuerza lo anterior al asegurar que el nombre de crónica “tiene el antecedente

etimológico *cronos*, que significa *tiempo*, por lo que se hace referencia a una narración ligada a la secuencia temporal.”¹

No obstante lo anterior, creo que la crónica periodística debe tener ciertas características propias. Es por ello que después de consultar diversas definiciones ofrecidas por Vicente Leñero, Carlos Marín, Alberto Dallal, Rafael Yanes Mesa y la *Enciclopedia de Periodismo y Comunicación*, pude identificar las características o elementos clave de la crónica periodística.

Bien, entonces podríamos decir que la etimología de crónica la podemos rastrear en la voz griega *cronos*, que significa *tiempo*; y, por extensión, se afirma que es una narración de acontecimientos o hechos en orden de tiempo (aunque en la actualidad se puede recurrir a la técnica fragmentada en la forma de contar los hechos, dejando, así, al lector la tarea de restituir la temporalidad). Pero también implica valoración, interpretación, comprensión y enjuiciamiento por parte del cronista, sin dejar de ser informativa. Hay un trabajo de síntesis, es decir, se selecciona la información recabada. Existe un fuerte vínculo con la literatura. Implica las preguntas básicas del periodismo, pero se centra en el ¿cómo? Se debe estar presente en el lugar en que acontecieron los hechos, tanto para entrevistar a testigos y, si fuese posible, a los mismos protagonistas, con el propósito de captar expresiones e impresiones, así como para recrear la atmósfera y características del lugar. Se centra en hechos reales y se pretende transmitir de igual manera para mostrar cómo ocurrió aquello que se aspira a reconstruir; dichos hechos tienen que ser actuales o actualizados. La crónica va firmada, por lo que se tiende un puente de familiaridad e identidad entre el cronista y sus lectores con lo que, a la vez, se obtiene la licencia de narrar con un lenguaje claro, común, fluido y desenfadado.²

Históricamente la crónica tiene una tradición muy antigua. Albert Chillón nos dice al respecto: “la crónica es un género viejísimo [...] Desde las antiguas crónicas históricas de Tucídides o Tácito, la actitud y los procedimientos de los

¹ Rafael Yanes Mesa, *La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación*, número 32 de la *Revista de estudios literarios* de la Universidad Complutense de Madrid, 2006, la página electrónica es <http://www.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html>.

² A continuación se cita el autor, la obra y las páginas de donde extraje las características de la crónica periodística: Vicente Leñero/ Carlos Marín, *Manual de periodismo*, Grijalbo, México, 1986, pp. 43, 155, 175; Alberto Dallal, *Periodismo y literatura*, Gernika, México, 1992, pp. 25, 33, 35, 155; *Enciclopedia de Periodismo y Comunicación*, tomo II, Maueco, Madrid, 1984, pp. 361, 362; Rafael Yanes Mesa, *op. cit.*

cronistas han cambiado bien poco.”³ No obstante, también habría que mencionar a Herodoto, quien realizó largos viajes por Egipto, Siria, Babilonia y muchos otros lugares, lo cual le permitió escribir su magna obra *Las Historias*.

La crónica también fue alimentada por los *relatos de viajes* y la *literatura testimonial* entre la que se cuenta el *Libro de las maravillas* escrito en 1298 por el viajero veneciano Marco Polo. Estos tipos de libros incrementaron a medida que los aventureros europeos exploraban territorios de Asia, América y África. A dichas narraciones se suman las *crónicas de conquista*:

*Los rasgos esenciales de este tipo de relatos encuentran una expresiva ilustración en las crónicas de Indias, que evocan la conquista de América. Así, el Diario de a bordo de Cristóbal Colón, o las crónicas y relaciones de conquistadores como Álvar Núñez Cabeza de Vaca (Naufragios), Bartolomé de las Casas (Brevisima relación de la destrucción de las Indias) o Bernal Díaz del Castillo (Historia Verdadera de la conquista de la nueva España).*⁴

Estas obras las podemos clasificar como parte de la *crónica histórica*. Pero uno de los escritores que funge de largo puente (que va de principios del siglo XVIII a finales del XIX) entre dichas narraciones históricas y la *crónica periodística*, pero sobre todo entre la fusión de periodismo y literatura, es el inglés Daniel Defoe con *Diario del año de la peste* (1722). Defoe fue literato, pero también se desarrolló como periodista en el *Review*. Otro intento de unión periodístico-literaria lo constituyó Alessandro Manzoni, quien escribió *Historia de la columna infame* (1842). Ambos representan el punto de partida del periodismo literario.

Hay un punto que aclarar antes de continuar la marcha evolutiva del periodismo literario: que la crónica y el reportaje van de la mano en esto como géneros hermanos. No obstante, Rafael Yanes Mesa explica que su diferencia fundamental radica en que “mientras una crónica la realiza un periodista desde el lugar de los hechos, en el caso del reportaje su autor puede estar ausente.”⁵ En ambos géneros se puede recurrir a la literatura, aunque muchos autores no

³ Albert Chillón, *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*, Universitat Autònoma de Barcelona, España, 1999, p. 121.

⁴ *Ibidem*, p. 122.

⁵ Rafael Yanes Mesa, *op. cit.*

lo hacen. Es tan delgado el hilo que los separa, que hay quienes consideran crónica al *Diario del año de la peste* y otros, reportaje. Por estas razones no se distinguirá entre uno y otro género, más que en contadas ocasiones, sino que simplemente se clasificarán como parte del periodismo literario a las obras aquí citadas que cumplan con dicha característica.

Recordemos que en la segunda mitad del siglo XIX la *revolución industrial* dio un fuerte impulso a las fábricas y la industria, lo que propició que grandes masas de trabajadores y gente pudiente se mudaran hacia las ciudades. El invento del automóvil de vapor, los barcos y ferrocarriles facilitaron el traslado. Con ello se conformó el mundo urbano (y claro, la *crónica urbana*). Esto aunado al invento del telégrafo que permitió comunicación a distancia y el cinematógrafo de los hermanos Lumière que aglutinó a grandes cantidades de personas.

Pero a finales del siglo XIX llegaron tiempos de crisis. Hubo cierre de fábricas y despidos; las mujeres y niños tenían que trabajar largas jornadas; se vivía muy aprisa por los excesivos horarios laborales y la pobreza de los trabajadores contrastaba con la opulencia de las clases acomodadas. Todo ello ocasionó manifestaciones de obreros inconformes. La mayoría de la gente estaba muy afectada por su realidad.

Estas condiciones de existencia generaron una fuerte necesidad de enterarse de las noticias, por lo que la prensa adquirió una gran importancia. Pero debido al ritmo acelerado que propició la urbe, muchos lectores contaban con poco tiempo para informarse, por lo que los textos periodísticos tenían que ser breves. O en su defecto, ser tan atractivos que logaran atrapar al lector.

Durante aquellos años, la prensa fungió como el vehículo más importante de la literatura; pues fue en los periódicos y revistas en donde los escritores podían dar a conocer sus obras. Además de que muchos incursionaron abiertamente en el periodismo haciendo artículos, notas, crónicas y reportajes. Esto, aún cuando proveniente de escritores, permitió un interesante acercamiento entre el periodismo y la literatura.

Dicho acercamiento fue sincero y sin enfado, pues los escritores también fueron muy afectados por la realidad y la técnica. Y no hay nada más cercano al mundo real que el periodismo. La literatura entró en crisis, pues el *romanticismo* dejó de significar a los literatos. Fue entonces que la *novela*

realista se convirtió en su carta de presentación. Ya no se sentaban a imaginar todo, sino que salían a compilar información para sus libros o para los periódicos en que colaboraban. Mezclaron imaginación y facticidad. En ese momento Charles Dickens, Honore de Balzac y Stendhal entraron en escena. Por su parte, Émile Zola lo hizo con el *naturalismo*, que no era más que el *realismo* llevado hasta sus límites.

En Latinoamérica también hubo grandes escritores que incursionaron en el periodismo. Entre estos se encuentran José Martí, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y Euclides de Cunha. A ellos incluso Tomás Eloy Martínez y Susana Rotker los consideraran como los fundadores de la crónica en América Latina.

Al iniciar el siglo XX ya había una sociedad industrializada que demandaba información con urgencia, pues la prensa de masas era una realidad. Entonces se libró una fuerte lucha en los periódicos y revistas por atraer lectores. Ahora era necesario obtener historias interesantes y hacerlas parecer de la misma manera. En los Estados Unidos fue en donde aquello se vivió con más furor, por lo que respondieron a las exigencias con escritores que también trabajaron como reporteros. Algunos de los protagonistas fueron: Theodore Dreiser, Upton Sinclair, John Dos Passos, Ernst Hemingway, John Reed y James Agee. Éstos se extendieron hasta la tercera década del siglo, ya que los cuarenta y cincuenta estuvieron marcados por las novelas-reportajes de John Hersey y Lillian Ross, quienes escribían para el *The New Yorker*.

Durante aquella primera mitad del siglo XX, los Estados Unidos vivieron dos guerras mundiales, la crisis de 1929 y el aparente ascenso social representado por *el sueño americano*. Todo ello, aunado a lo que se padecía a diario, acabó por afectar y desgastar a los jóvenes de la década los sesenta, quienes mejor optaron por apoyar la revolución sexual e integrarse a las manifestaciones contra la discriminación racial y la guerra de Vietnam. John Hollowell escribió al respecto:

Tal vez, más que en ninguna otra época de la historia norteamericana, los eventos públicos fueron desconcertantes, caóticos, casi fortuitos y sin ningún significado [...] Los jóvenes y grupos minoritarios buscaban soluciones radicales a sus problemas [...] Los estudiantes universitarios se vieron atraídos a

*la vida comunal, religiones orientales y drogas que alteraban el inconciente.*⁶

Esta realidad tan caótica y desconcertante llevó a muchos novelistas a plantear seriamente “la muerte de la novela”. El argumento fue que los acontecimientos diarios no permitían distinguir entre realidad e irrealidad. Pues, ¿cómo ficcionar con un panorama que por sí mismo daba la sensación de ser irreal? De manera similar, los periodistas tenían que competir no sólo con el cine y la radio, sino con la difusión instantánea de las noticias por la televisión.

El periodismo necesitaba utilizar la gran tradición literaria para hacerse atractivo y, a su vez, a la literatura le urgía valerse de la realidad a la que el periodista está acostumbrado. La alternativa era fusionar con firmeza las herramientas de indagación que otorga el periodismo y los recursos narrativos de la literatura. Y se hizo. Así fue como el periodismo contribuyó con la entrevista a los testigos y protagonistas, con el recurso indagatorio que proporcionan las preguntas básicas del periodismo (¿quién? ¿dónde? ¿cuándo? ¿cómo?), con basarse en hechos reales y con la presencia en el lugar de los hechos. Y por parte de la literatura se obtuvieron recursos como el monólogo interior y los diálogos; al igual que la descripción detallada de lugares y protagonistas. Así fue como en los sesenta nació el Nuevo Periodismo norteamericano de la mano de literatos como Truman Capote y Norman Mailer; y de periodistas como Tom Wolfe, Terry Southern y Hunter S. Thompson.

Sin embargo, faltaba definir a dicha mezcla entre periodismo y literatura, entre realidad y ficción. Truman Capote llamó “Novela de no ficción” a su reportaje novelado de *A sangre fría* (1965), que trata sobre el asesinato de los cuatro miembros de la familia Clutter, perpetrado en un pueblo de Kansas por Dick y Perry. Norman Mailer calificó de “Historia como novela” a su reportaje de *Los ejércitos de la noche*, que narra la marcha hacia el Pentágono realizada el 21 de octubre de 1967 por varios manifestantes en desacuerdo con la guerra de Vietnam. Y, por su parte, Tom Wolfe terminó por admitir la clasificación que los críticos daban a sus trabajos y a los de otros llamándolos “Nuevo Periodismo”.

⁶ John Hollowell, *Realidad y ficción. El nuevo periodismo y la novela de no ficción*, Noema Editores, México, 1979, p. 14.

Wolfe lo aceptó tan bien, que en los setenta escribió su obra *El Nuevo Periodismo*, en la que definió las características del género e incluyó una antología de quienes consideraba sus miembros por fusionar periodismo y literatura durante aquellos años. Entre estos figuraban: Rex Reed, Terry Southern, Norman Mailer, Nicholas Tomalin, Barbara L. Goldsmith, Joe McGinnis, Robert Christgau, John Gregory Dunne y el mismo Tom Wolfe. En su libro él mismo habla al respecto del término:

No tengo idea de quién concibió la etiqueta de <<El Nuevo Periodismo>> ni de cuando fue concebida. Seymour Krim me dijo que la oyó por primera vez en 1965, cuando era redactor-jefe de Nugget y Peter Hamill le llamó para encargarle un artículo titulado <<El Nuevo Periodismo>> sobre gente como Jimmy Breslin y Gay Talese.⁷

Parece que Albert Chillón le tiene la respuesta:

La etiqueta new journalism no es ni mucho menos nueva en la historia del periodismo anglosajón. Ya fue utilizada a finales de la década de 1880 por el crítico y poeta inglés Matthew Arnold para designar, en un sentido genérico, las espectaculares transformaciones que empezaba a experimentar la prensa escrita británica y norteamericana durante aquellos años.⁸

Algunos miembros del Nuevo Periodismo estadounidense estuvieron interesados por la psicodelia hippie y, en general, por la contracultura de su tiempo que tiene como antecedente a la *generación beat* (jóvenes escritores que cuestionaron *el sueño americano* al rechazar el bienestar económico y, por el contrario, sentirse atraídos hacía los viajes, las drogas alucinógenas, el activismo político, la poesía, el jazz y el budismo). Tal fue el caso del periodista Tom Wolfe, quien, entre sus múltiples textos periodísticos, escribió un alucinante reportaje (*Ponche de ácido lisérgico*, 1968) sobre las aventuras de Ken Kesey y sus alocados Bromistas en el colorido camión escolar bautizado como Further. Lo mismo ocurrió con el gran fanático de las drogas Hunter S. Thompson, quien elaboró un reportaje (*Los Ángeles del Infierno: Una extraña y terrible saga*, 1966) sobre la vida de un violento grupo de motociclistas.

⁷ Tom Wolfe, *El nuevo periodismo*, Anagrama, Barcelona, 1981, p. 38.

⁸ Albert Chillón, *op. cit.*, p. 221.

Thompson denominó a su trabajo, en donde participa en los hechos al tiempo que narra, como *Periodismo Gonzo*.

Pero aunque en Estados Unidos se dio de manera muy amplia esta eclosión de periodistas, también en Europa surgieron importantes representantes del periodismo contemporáneo característico de la postficción. Entre éstos podemos mencionar al polaco Ryszard Kapuscinski, quien contribuyó con importantes obras como *El Emperador* (1978) y *El Sha* (1982). Este periodista incluso fue candidato para el premio novel de literatura, con lo que se ejemplifica la perfecta hibridación que se ha logrado entre periodismo y literatura. Otro importante periodista europeo es el alemán Günter Wallraff, quien aportó varias obras ya clásicas del periodismo literario como *Trece reportajes indeseables* (1969) y *Cabeza de turco* (1985). En esta última se disfrazó y trabajó durante dos años como inmigrante turco para desvelar el racismo ejercido en su país hacia los inmigrantes.

En Latinoamérica también se ha cultivado un periodismo literario de notable calidad. Quizá una de sus características es que en sus temas figuran los problemas sociales como dictaduras, guerras, pobreza y crimen organizado. En primer lugar habría que mencionar al premio novel de literatura de 1982: el colombiano Gabriel García Márquez. Él ha escrito excelentes trabajos periodístico-literarios como *Relato de un naufrago* (1955) y *Noticia de un secuestro* (1995). De la misma manera Fernando Cabeira, guerrillero y periodista brasileño, escribió *El crepúsculo del macho* y *¡A por otra, compañero!* (ambos de 1979). Otro ejemplo importante es el argentino Tomás Eloy Martínez quien contribuyó con *La novela de Perón* (1989) y *Santa Evita* (1995). Un periodista y novelista colombiano que no podemos dejar de mencionar es Arturo Pérez-Reverte, quien ha sido enviado especial en varios conflictos internacionales como la guerra en la ex Yugoslavia, de donde obtuvo la información para escribir *Territorio comanche* (1994).

De igual manera, en México hay excelentes muestras de periodismo literario como el realizado por Juan Villoro, Juan Manuel Servín, Humberto Padgett y Alejandro Almazán. Este último incluso se ha hecho merecedor en tres ocasiones del Premió Nacional de Periodismo en la categoría de crónica con *Lino Portillo, asesino a sueldo* (2003), *Cinco días secuestrada, cinco días de infierno* (2004) y *Un buchón no se retira, sólo hace una pausa* (2006).

Es precisamente en América Latina donde por primera vez se ha intentado aglutinar dentro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) a los periodistas de la región. Esta Fundación fue creada en 1994 y establecida en Cartagena de Indias, Colombia, por impulso de Gabriel García Márquez y Tomás Eloy Martínez. Parte de su misión es contribuir al perfeccionamiento de periodistas iberoamericanos por medio de talleres y seminarios.

Además, en la FNPI se constituyó en el 2000 un concurso de periodismo. En la introducción de la antología titulada *Lo mejor del periodismo de América Latina* se menciona que “durante los años pares (2004, por ejemplo) se premian los mejores textos y fotografías periodísticas, mientras que en los años impares el galardón se otorga a trabajos de televisión, radio e internet”.⁹ Hasta el momento, los ganadores en la categoría de texto han sido el brasileño Claudio Cerri con *Un río en busca de un país*; la argentina Josefina Licitra con *Pollita en fuga*; el argentino Diego Goldberg con *Persiguiendo un sueño: los rostros olvidados*; y el chileno Cristóbal Peña con *Viaje al fondo de la biblioteca de Pinochet*.

Después de este necesario recorrido por la historia de la crónica y el periodismo literario, regresamos de nuevo para dar un panorama del contenido de la presente crónica urbana. En este trabajo, compuesto por seis capítulos, se abordan las áreas más importantes y representativas de la CEDA con la intención de mostrar un panorama lo más completo posible del mercado. En el primer capítulo se narra el festejo por el 25 aniversario del inicio de funciones de la CEDA. Aquí se presenta no sólo la parte más funcional que son los festejos organizados en la Dirección General y que cuentan con la presencia del jefe de Gobierno del Distrito Federal, Marcelo Ebrard Casaubon, sino también la más disfuncional que acontece al resguardo del alcohol y los innumerables sonidos musicales dentro del Mercado de Frutas y Legumbres. Ambos permiten hacer un juicio comparativo, pero sobre todo, dejan ver el comportamiento y la parte más oculta de los trabajadores de la CEDA, pues parece que la fiesta y el influjo dionisiaco permiten que se abran al otro, a su

⁹ Antología, *Lo mejor del periodismo de América Latina*, FCE/ FNPI, México, 2006, p. 13.

semejante, que se despojen de apariencias y eufemismos (quizá para adoptar otros).

El capítulo dos trata sobre cuatro trabajadores de la CEDA: Martha, peladora de chiles, cebolla y tomate; Sergio, diablero de 14 años; María, pepenadora; y Joaquín, chofer de un camión de carga. Aquí se narra un día común y corriente de la vida de cada uno de ellos en la CEDA. Cada narración empieza con parte de su historia personal y se recurre a la primera persona, pues ellos mismos se encargan de contarla. Después se abandona la primera persona para empezar a relatar lo que acontece en su vida diaria: labor que desempeñan, gente con la que conviven y forma en que se relacionan. Opté por este recurso (y no por el de intercalar la historia de su vida mientras acontecían los hechos) ya que me pareció que era el momento idóneo para que algunos trabajadores pudiesen visualizarse y hablar más a fondo sobre sí mismos.

El siguiente capítulo transcurre en un día como cualquier otro en la vida de los trabajadores de la CEDA, a pesar de que es 14 de febrero, Día de San Valentín; pues muy pocos toman en cuenta dicha conmemoración. Aquí se abordan las áreas de mayor importancia en la CEDA: el Mercado de Flores y Hortalizas, Abarrotes y Víveres, Frutas y Legumbres, Aves y Cárnicos y, por último, Subasta y Productores. La intención de captar en un capítulo a la CEDA casi en su totalidad, es la de brindar un panorama general, aunque un tanto escueto, de lo que acontece a diario en el mercado.

En el cuarto capítulo se trata un tema de gran importancia para los trabajadores y mexicanos en general: el futbol soccer. Aquí se narra un encuentro de práctica sostenido en el deportivo de la CEDA entre el equipo de *La Cuesta*, campeón de la Liga de Futbol de la CEDA en el torneo anterior, y el de *Combinados*. Se aprovecha para mencionar la importancia de la Liga y los nombres de jugadores profesionales y extranjeros que han participado en ella, además de mostrar la forma de convivencia durante el partido.

El penúltimo capítulo transcurre en el Centro de Ayuda al Menor Trabajador de la CEDA. En dicho Centro los niños y adolescentes que trabajan en el mercado pueden concluir la primaria o la secundaria, o simplemente encontrar un lugar en donde distraerse con diversos juegos. Este capítulo está dividido en dos partes. La primera transcurre el 29 de abril, lo cual permite dar

cuenta de lo que ocurre a diario en el Centro. La segunda es el Día del Niño, esto con la intención de mostrar cómo festejan dicha fecha tan importante.

En el capítulo final se muestra la vida en la CEDA durante una noche lluviosa. Primero se brinda una narración panorámica con diversos personajes entre los que figuran: cafeteras, vigilantes nocturnos, indigentes y trabajadores (que duermen sobre diablos o en la entrada de cualquier baño). Después, la narración se enfoca en lo que acontece con un grupo de sexoservidores que platican de sus aventuras mientras esperan cliente.

Durante la búsqueda de información muchas veces participé de las actividades que realizaban algunos personajes. Así que con Martha pelé chiles y con María pepené fruta. Esto fue para que adquirieran confianza y pudieran actuar con naturalidad. En dicha búsqueda de información utilicé cuatro elementos esenciales: grabadora de voz, libreta de apuntes, cámara fotográfica y la memoria.

Alguien podría preguntar: ¿Por qué has elegido a la CEDA como tema de una crónica urbana que sería el boleto para tu titulación? Yo respondería que esa es precisamente la misma pregunta que me formulé antes de decidirme por el tema y que por respuesta obtuve una serie de imágenes, olores y sonidos evocativos. Me vi, casi sin advertirlo, corriendo tras un gato, junto a mi hermano Luis y con un pedazo de jamón como anzuelo, por los pasillos de la IJ en la Central de Abasto antes de empezar a trabajar. Pude escuchar a mi mamá y a mi hermana Lupe ofrecer desayunos a los camioneros y bodegueros. Percibí un olor a agua clorada y escuché el sonido metálico de “diablos”, respiraciones agitadas y gritos de “¡aguas, ahí va el golpe!”. Me recordé vendiendo jugos, desayunos, tortas y tacos; pelando chiles y cebollas; trabajando con un amigo diablero y escapándome a los nueve años a Puebla junto a un grupo de muchachos (apodados *Los niños*) para ayudarles a cargar calabaza en un torton. Me asumí como parte de aquel gran mercado.

También regresó a mí la sensación de orfandad que creo experimentan todos aquellos que se refugian en el mercado. De pronto, y en ese preciso momento, vinieron un grupo de relaciones: la CEDA como madre adoptiva que tiende su regazo al desamparo y, a sus trabajadores y/o habitantes, como una especie de hijos. Recordé que es considerada el mercado más grande del mundo. Por ello decidí que la presente crónica debería titularse: *El mercado*

más grande del mundo: los hijos de la madre Central de Abasto de la Ciudad de México.

Con las relaciones anteriores pretendo sugerir que la CEDA ha fungido como una *madre* que ofrece refugio y alimento a muchas mujeres, hombres, niños, jóvenes, adultos o ancianos que han decidido abandonar su lugar de origen, en unos casos; que no tienen trabajo, en la mayoría, o que carecen de un lugar donde dormir. Lo de *hijos* se deduce de lo ya expuesto. Hay que recordar que por ahí dicen que no es madre quien engendra sino quien da de comer. Aunque esto no significa que todos los que llegan con ella carecen de padre y/o madre, aunque existen muchísimos casos.

Con la crónica urbana sobre la vida cotidiana de la CEDA intento darles voz y rostro a aquellos *hijos* muchas veces olvidados. No pretendo ser apologista, pues sé que muchos trabajadores son demasiado injustos, pero sí mostrarlos para que se les intente comprender. Pues creo, igual que Hans-Georg Gadamer, que “el ser que puede ser comprendido es lenguaje”; pero, como escribió Virginia Woolf, “para que comprendas [...] debo contarte una historia”.

Aniversario entre baile, alcohol, gays, sexo y algo más

Si intentamos ver desde una foto satelital la Central de Abasto de la Ciudad de México (CEDA) lo primero que advertimos son los cinco continentes verde paja bordeados por grandes extensiones azuladas de sus océanos. Al acercarnos varios kilómetros más nos consolamos al pensar que por lo menos ya estamos dentro del territorio aéreo nacional, aunque sólo veamos manchas de distintos verdes, como si hubiesen caído gotas de pintura del techo al suelo, algunos puntos azules, múltiples líneas grises, brochazos difuminados desde el café hasta el *beige* y el anaranjado. Quizá a unos cuantos les cause vértigo, pero con seguridad la mayoría tendrá la sensación de estar aproximándose a alguna pintura impresionista. Un poco más cerca creemos distinguir no más que una instalación eléctrica en una casa antes del aplanado o, los más imaginativos, un cuerpo gris con venas y arterias por doquier.

Desde unos cuantos kilómetros por debajo de las escasas nubes ya podemos distinguir una figura hexagonal ligeramente deformada del mercado, pensada así por el arquitecto Abraham Zabludovski y ubicada en lo que antes fueran chinamperías. Sus límites son al norte con el tiradero de basura Santa Cruz Meyehualco, avenida Plutarco Elías Calles y Ferrocarril Río Frío; al oriente con la calle 71; al sur con la Calzada Ermita Iztapalapa y al poniente la Calzada la Viga. Poco más cerca podremos distinguir las 40 naves en forma de rectángulo que corresponden a dos mil bodegas, cada una cuenta con su propio estacionamiento para los camiones que transportan carga, y a sus distintos pasillos y letras.

En la parte superior izquierda se divide de la AB a la GH, que concierne al Mercado de Abarrotes y Víveres, pero sólo hay dos pasillos por cada par de letras. Fuera de aquí encontramos la Administración, conocida como *caracol*, donde van a parar los productos que se les decomisan a los comerciantes ambulantes que no están regularizados. En el lado inferior, que corresponde al Mercado de Frutas y Legumbres, se amplían los pasillos a cinco y va de la letra IJ a la WX. También distinguimos varios círculos que fungen de entrada para los *estacionamientos aéreos*. En el costado superior derecho está al descubierto el Mercado de Flores y Hortalizas, dividido en tres rectángulos horizontales con enormes techos metálicos en forma de medio punto, muy cerca del Mercado de Envases Vacíos. Más abajo topamos con el Mercado de Subasta y Productores que imita en su construcción al de Flores y Hortalizas. Enseguida aparece el Mercado de Aves y Cárnicos y, al costado, el Frigorífico donde a cambio de una módica suma se pueden guardar productos que requieran del frío para conservarse.

En el espacio inferior izquierdo podemos ver el área de Pernocta, que sirve para dejar camiones mientras esperan su turno de descargar en alguna bodega. Entre Eje 5 Sur y Río Churubusco, las enormes máquinas permiten adivinar la construcción de lo que será la Plaza Central que abrigará locales comerciales, restaurantes, cafés, cines, bancos, un hotel, gimnasio y club deportivo. Dicha Plaza, según una nota de Ángel Bolaños Sánchez, costará más de 60 millones de dólares, costado por capital nacional y español, pero se prevé una derrama económica de 25 millones de pesos al año para el Fideicomiso de la Central de Abasto.

Si descendemos y descendemos hasta aterrizar en el primer pasillo de la IJ y luego caminamos algunos metros, nos topamos con un túnel subterráneo que comunica con la Dirección General de la CEDA. Ahí se encuentra un altar, junto a su reclinatorio para orar, compuesto por las imágenes de la virgen de Guadalupe, Cristo en la cruz, san Judas Tadeo, Juan Diego y el santo Niño de Atocha. Arriba del altar se lee en letras negras: "Te agradecemos hoy y siempre por bendecir nuestro trabajo". Al abrir bien los ojos nos damos cuenta de que hay mucha gente que se dirige hacia el final del túnel.

Tantas personas se deben a que hoy se conmemora el inicio de funciones de la CEDA que fue el 22 de noviembre de 1982, dos días antes de que el entonces presidente, José López Portillo, la inaugurara con el nombre de Carlos Hank González. Esta celebración sólo se realiza en el área de Frutas y Legumbres, pues ellos fueron quienes llegaron en aquella fecha. Recordemos que la mayoría provino del mercado de La Merced, pues éste presentaba graves problemas de intermediarismo, infraestructura comercial insuficiente y sobresaturación del sistema vial. Los trabajadores de Flores y Hortalizas festejan su aniversario el 15 de septiembre, y los de Abarrotes y Víveres el 11 de diciembre.

—¡Córrele, güey, si no, no vamos a alcanzar nada! —dice un joven de tez morena, que viste pantalón guango deslavado con la parte del dobladillo inferior por dentro de la lengüeta de los tenis, a su acompañante que lleva un babero de mezclilla azul enrollado bajo el antebrazo derecho.

Afuera del túnel, un olor a carne asada se cuele por la nariz. Hay múltiples filas compactas de trabajadores de donde brota una abundante humareda que empaña la visión; la finalidad de éstos es obtener alguna lata de refresco y tacos. Son pocos los privilegiados que no se forman por pertenecer o tener algún vínculo con la Dirección General. Es fácil distinguirlos por el traje o por su gafete. La lentitud desespera a muchos y despierta el espíritu intrépido de otros que intentan colarse por debajo de los lazos amarillos que cercan la comida, pero los policías que vigilan el orden se los impiden.

—¡Hey, hey! ¡A dónde vas!

Lo que no impiden es que en la fila para obtener refrescos, algunos salgan con una lata de Coca-Cola en la bolsa del mandado o en cada una de las del pantalón, otra de Mirinda entre el babero de trabajo y una más, la permitida, de Sprite en la mano.

—¿Cuántas sacaste? —le pregunta una señora a quien presumiblemente es su hija.

—Dos.

Por el lado de los tacos, muchos llevan de uno a tres platos de unicel.

—Aquí vente. Aquí métete —le susurra un muchacho que porta gorra del equipo de futbol Chivas a su amigo de pelo largo, mientras lo atrae por el hombro hacia enfrente de él.

—¡Venimos formados! —se queja un señor de sombrero norteño y abundante bigote a la Emiliano Zapata, a quien se le unen varias cabezas que giran a derecha e izquierda en un signo de desaprobación, seguido de sonidos de ¡psssss! y algunos chiflidos: ¡fiu, fiu, fiu, fiu, fiu!

—¡Mucho tráfico! —dice un señor justo antes de emitir una estridente carcajada—. ¡Ja, ja, ja, ja!

—¡O se forman o no se le da nada a nadie! —advierte un policía con gesto de molestia, y a quien el sudor en la frente delata el intenso calor que experimenta enfundado en aquel grueso traje azul con todo y chaleco antibalas.

Dentro de los límites de los lazos amarillos se encuentran varios taqueros del Grupo Jalisco. Hay instaladas dos parrillas para los tacos al pastor; una para los de cabeza; otra para los de suadero y tres más destinadas a los de bistec, longaniza y chuleta. Junto a estos últimos se hallan muchachas y señoras de babero azul y pañoleta blanca que aplastan bolitas de masa con una máquina para luego colocar los discos amarillos resultantes en un comal. Cada quien se arremolina frente a los puestos que más lo seducen. Los enjambres de manos con platos de unicel aparecen desesperados por doquier entre la abundante neblina de humo.

—¡Deme dos de longaniza y otros dos de bistec!

—¡Écheme unas cebollitas! ¿No?

—¡Nomás cuatro por persona! —exclama uno de los cuatro taqueros encargados de un puesto de al pastor, sin dejar de girar con una espátula el gran trompo de carne.

—Allá afuera están las salsas y lo demás para que se los preparen — dice un joven, de camisa a cuadros y miembro del grupo organizador, a un señor que, embozado tras un árbol, se apresura a devorar sus tacos para pedir otra tanda mientras mira de soslayo el lugar donde se hallan los recipientes con salsa, cilantro, cebolla, limones y servilletas.

—¿Gusta un dulce? ¿Gusta un dulce? —pregunta, a los afortunados que se cruzan en su camino, una edecán de escasos 28 años que se bambolea entre los comensales con una charola en las manos. El cabello castaño resalta su fina piel blanca y su perfecta nariz respingada a fuerza de cirujano plástico. Un holgado vestido negro permite apreciar sus hermosas piernas bien torneadas. Por aquel escote asoman parte de sus dos preciados balones de futbol americano (¿o debiera decir pechos?), en los que se dibujan innumerables venas como si fuesen a explotar.

Muchos de los comensales la recorren con mirada lasciva desde la cara, pasando por los enormes pechos, las redondeadas nalgas y hasta los largos muslos. Cuchichean sonrientes entre sí mientras esperan su turno o se empachan de carne. Las mujeres solas tratan de mostrarse indiferentes y, quienes van acompañadas de sus novios o pretendientes, no despegan los ojos de sus nerviosos varones. Tanta vigilancia en el fondo resulta inútil, pues aquella muñequita de aparador no tiene ojos más que para un rubio trajeado, que al parecer pertenece a la Dirección General.

Entre la multitud aparece un joven regordete de camisa roja y pantalón negro, que recolecta las latas vacías de refresco con la intención de venderlas al kilo.

Fuera del límite de los lazos amarillos, muchos están sentados sobre el pasto disfrutando de sus tacos y refrescos. Algunos miran a los que aún permanecen formados con la satisfacción de haber conseguido aquella proeza digna de cualquier Ulises contemporáneo. Bajo un árbol, una niña como de tres años, de pantalón rosa y enorme suéter azul, juega a llenar un plato de unicel con tierra.

—¡Toqueees! ¡Fotoos! —grita una señora morena, que lleva colgados al cuello sus instrumentos de trabajo, a la par que hace sonar dos tubos metálicos que cubren el dedo pulgar y medio de su mano derecha.

A lo lejos, dos señores y una señora le llaman. Sus sonrisas y ademanes dan a entender que ambos machos se están lanzando un reto, pero ninguno se anima por lo que la señora de los toques se aleja desilusionada mientras una

muchacha pasa junto a ella regalando ejemplares del periódico *Nuevo Abasto*. El titular informa del “Apoyo de la CEDA a Tabasco”. En las páginas interiores predomina la publicidad disfrazada de notas informativas. También abundan las felicitaciones por las “*Bodas de Plata* de la Central de Abasto. 25 Aniversario”. No falta quien, desdeñoso, decida olvidar su periódico en algún sitio o quien lo ocupe para limpiarse los restos de comida de los labios.

—¡Primera llamada!

Advierte una voz chillona desde un micrófono. Al voltear, aparece una señora sobre el templete con un pantalón azul que acentúa sus kilos de más. Al parecer es parte de la Dirección General. Tras ella hay una enorme manta blanca en la que se lee: “1982-2007. 25 aniversario de la CEDA”.

—¡Segunda llamada! ¡Por favor pasen a ocupar sus lugares!

Muchos se acercan a la carpa buscando un lugar entre las sillas blancas adornadas con moños amarillos. En varios puntos se aprecian múltiples arreglos florales que despiden una suave fragancia campestre. Una interminable alfombra color grana parte en dos, como el mar Rojo ante Moisés, las sillas ordenadas en filas.

—¡Los del Grupo Jalisco, ya no sirvan tacos! —ordena la voz chillona a los organizadores del banquete, ante la negativa de los comensales por perder su preciado lugar en la fila.

Cada quien es libre de ocupar el lugar que prefiera; sin embargo, los carretilleros o diableros se agrupan en el extremo derecho. De pronto, y sin anunciar la tercera llamada:

—¡Damas y caballeros, hace su arribo el jefe de Gobierno del Distrito Federal, Marcelo Ebrard Casaubón!

Todos se levantan de sus asientos. Los periodistas, con cámara fotográfica o de filmar, cercan al importante político de peinado de raya a lado, lentes, pantalón y corbata gris, chamarra *beige* y camisa blanca.

—¡Chiquitibum a la bimbom bá! ¡Chiquitibum a la bimbom bá! ¡A la bio, a la bao, a la bim bom bá! ¡Marcelo, Marcelo, rra, rra, rraaaaa! —vitorean los presentes para rematar con animados aplausos.

El aludido, sonriente, se abre paso hasta llegar al templete. Saluda a los presentes con las manos, para después hacer un ademán de que finalicen los aplausos. Ocupa su lugar en medio del estrado. Ahora nombran a cada uno de los miembros del gabinete de la Dirección General que, enfundados en sus respectivos trajes negros, sonríen con orgullo desde sus asientos al escuchar su nombre y cargo.

—Ingeniero Raymundo Collins Flores, director y administrador general —seguido de cada nombre suenan aplausos y, en algunos casos, porras que se incrementan según los simpatizantes presentes—; licenciado Alberto Carrasco Bretón, coordinador de Planeación y Desarrollo; licenciado Carlos Guerra y De Lachica, coordinador de Operación; Ricardo Adriano Morales, coordinador de Seguridad; Itzel Arizábalo Priego, director Jurídico; Sergio Jorge Rigoberto Saavedra Flores, coordinador de Normatividad Comercial; Claudio Aponte Rojas, director de Administración y Finanzas.

—Ahora cedemos la palabra al ingeniero Raymundo Collins Flores.

(Porras y aplausos.)

—Sabemos que el licenciado Marcelo Ebrard tiene una agenda muy apretada y se dio un tiempo para estar con nosotros. Por lo cual, ahora dará el premio a los ganadores del Concurso de Carretillas.* Les pido un fuerte aplauso para él.

(Porras y Aplausos.)

El jefe de Gobierno se levanta al abrigo de los aplausos, porras y el indomable calor. Los gestos de afecto parecen no tener fin, por lo que se ve obligado a exclamar en tono de chiste:

—Tomen sus asientos porque los de atrás también quieren ver.

* Aunque algunos aún conocen a los transportes metálicos como carretillas, la mayoría los llama diablos. A quienes trabajan con éstos se les puede llamar carretilleros o diableros. Sin embargo, en la presente crónica se les llamará diablos a dichos instrumentos de trabajo y diableros a quienes los utilizan.

“¡Ja, ja, ja, ja!” Risas desconcertadas por todos lados.

Otorga los premios empezando por el quinto lugar que consta de un reconocimiento y un sobre amarillo con dinero. Saluda a los ganadores con un ritual común, que en algún momento fue exclusivo de los barrios marginales, que exige deslizar las palmas abiertas, para luego cerrarlas y chocar los nudillos de los puños.

—¡Eso Ebrard! ¡El saludo de la banda! —grita con emoción un señor de gorra negra, ubicado en el lado derecho de la segunda fila.

—El primer lugar es para la carretilla titulada *Leidi USA*, de Margarito Valdez Martínez.

El ganador, como de unos 26 años, aparece con su majestuosa obra de arte que mide no menos de metro y medio. La hace avanzar impulsándola de los mangos metálicos y la coloca en la parte baja del templete. Ahora sube lento, serio y cohibido por el protocolo, pero a la vez orgulloso y dispuesto a recibir su premio de 20 mil pesos. Su largo cabello recogido se balancea ligeramente como péndulo. Su obra artística consiste en un diablo pintado de amarillo sobre el que hay tres filas de cuatro cajas de madera decoradas con imágenes en azul y rojo de la Estatua de la Libertad.

Los diablos ganadores, excepto el del primer lugar por su voluminoso tamaño, están sobre el templete. Los fotógrafos y camarógrafos se pelean la mejor toma. Una fotógrafa les pide que coloquen en forma diagonal sus diablos para tomarles una foto. Seguro mañana se verá en *La Jornada* a Marcelo Ebrard dirigiendo unas palabras a los ganadores. Por un lado aparecerá un señor de lentes, gorra y chaleco abierto, como de unos 55 años, tras su diablo que lucirá el dibujo de un elote que albergará un hombre y una mujer desnudos. Junto estará un joven de gorra y pantalón extragrande, abrazando el mango de su diablo, en el que habrá un guerrero azteca sobre un graffiti aerografiado en colores verdes con dimensión azul y contorno negro que dirá “GRABE”.

Ahora se anuncia la presentación oficial del libro *Los 25 años de la CEDA*. Se da un ejemplar al jefe de Gobierno, quien lo abre y pregunta mientras muestra las fotos a los presentes:

—¿Se les hacen familiares estos lugares? ¿Ven a algún conocido o amigo?

Muchos se entusiasman por la noticia del libro y las fotos, a pesar de que es muy poco probable de que les obsequien un ejemplar, pues dicho privilegio ha sido pensado sólo para políticos y empresarios.

(Aplausos.)

—La Central va a ser la sede el próximo año de un Congreso Mundial de Mercados en donde participarán 150 países. ¿Y por qué vienen aquí? Porque éste es el mercado más importante y bonito del mundo.

(¡Más aplausos!)

—Si van a venir de todo el mundo, debemos tener a nuestra Central bonita, limpia y segura. Y de esto nos encargamos cada uno de nosotros. A nombre del Gobierno de la ciudad: ¡Que viva la ciudad de México!

(¡Más y más y más...eufóricas porras y aplausos!)

Quizá Marcelo Ebrard al darse cuenta de que el tiempo de su agenda apremia, decide despedirse.

Pasados algunos minutos se despeja el templete para dar paso al mariachi Halcón de México. Sus integrantes portan sombrero de ala ancha, radiantes botas picudas, saco negro y pantalón ajustado con botones color oro en los costados.

*Guadalajara, Guadalajaraaaaa,
huelas a pura tierra mojadaaaaa.*

—¡La del *Marichi loco* dedicada para la casa Munguía! —gritan al unísono algunos jóvenes que ocultan, envuelto en papel de periódico, una botella de Jimador.

Deciden complacerlos. Pero le agregan un toque extra al mover sus trompetas arriba y abajo. Dan pasitos a derecha e izquierda para rematar con un saltito sexy hacia atrás.

*El mariachi loco quiere bailar,
el mariachi loco quiere bailar,*

*quiere bailar el mariachi loco,
quiere bailar el mariachi loco.*

Mientras tanto, en unos baños públicos de la ST dos adolescentes charlan:

—¡Vamos a aventarnos otra chela!

—No, ya me voy, güey, mañana tengo que chingarle.

—Eres bien mamón.

Adentro del cubículo azul de un mingitorio se puede leer en el lado izquierdo la sugerente invitación de “Mamo verga. 5522123212. Llámame”; junto a “Puto *Chesman*. Att: *El Calaco*”. En la puerta rota aparece el dibujo de una mujer desnuda de enormes pechos y piernas abiertas, lo suficiente como para apreciar su sexo, en el momento en que un majestuoso pene erecto está a punto de penetrarla. Alguien escribió en alusión a este ingenioso artista del plumón: “Así ponen a su jefa del que la pintó”.

Afuera, un grupo de jóvenes desciende del puente que comunica con la UV, cada quien lleva en la mano una lata de New Mix. El más alcoholizado salta, baila y lucha por mantener el equilibrio.

—¡Salud, compa! ¡Salud! —dice una chica que se había quedado rezagada, con ojos desorbitados, pero amigables, a un desconocido que pasa junto a ella.

En los pasillos aparecen, amarrados de una bodega a otra, festones de diversos colores. Aunque aún es de día, en muchas zonas predomina la oscuridad, ya que todo está techado y la única iluminación que hay proviene de algunas lámparas y del final de cada pasillo. Da la sensación de estar encerrado en un largo cuarto. Las tiendas de vinos y licores se encuentran repletas. En las paredes mugrientas se contemplan algunos graffitis como el que dice: “45. *Crew*”. También figuran manifestaciones amorosas al estilo de “Julio y Carmen 100% amor” encerrado en un corazón. O carteles con la imagen de la virgen de Guadalupe que invitan a una peregrinación para el 12 de diciembre.

Continuamente se aprecian figuras masculinas parapetadas en rincones, con la cabeza gacha, las piernas un poco abiertas y las dos manos ocupadas al frente, de donde brota un tibio líquido amarillo con una gran cantidad de alcohol. Por todos lados, aquellas víboras amarillas descienden como plaga hacia alguna pendiente.

—Bis...Bis...¡Biscocho! —le grita un joven a una señora de mallas negras y abultado vientre, mientras cierra su cremallera, con gesto de satisfacción luego de haber experimentado el pequeño placer orgásmico que le generó el vaciado de su vejiga.

Por todos lados brotan grupos, conjuntos, mariachis y sonidos. Dentro de algunas bodegas y puestos se escuchan guitarras, violines, marimbas o simplemente un estéreo con salsa a todo volumen mientras los trabajadores bailan o disfrutan de tacos, tostadas, quesadillas o pollos rostizados. Quienes no tienen un lugar preciso dónde festejar o que simplemente deciden hacerlo lejos de su bodega de trabajo, se encaminan en busca del género musical con el que se identifican. Hay espacio para todos los gustos: salsa, cumbia, tecno, reggeton, rock, son, pasito duranguense y hasta para la música norteña con “Los hermanos Bautista. El orgullo de la mixteca”.

Entre las personas que se pueden encontrar figuran los vendedores de tacos de canasta, pepenadores o *marías*, policías auxiliares en bicicleta o a pie de la Secretaría de Seguridad Pública, el Grupo Maya de vigilancia, diableros y quienes venden cervezas de lata donde hay baile.

Frente al Sonido Fantasía se halla una señora minusválida que logró adaptar su silla de ruedas como puesto de dulces ambulante. Fuma pausadamente mientras, con el seño fruncido, contempla meditabunda a los presentes pensando sabe Dios qué cosa o quizá a la espera de un cliente. Hay un letrero colgado de su silla en el que se lee: “Hola bola de parásitos, no fío, no presto, ni regalo, para que ya no me sigan chingando la madre en pedirme fiado porque los voy a mandar mucho a chingar su madre, ni tampoco fío a los que se sienten Juan Camaney”.

Al caminar hacia el tercer pasillo de la MN, se puede distinguir un numeroso grupo como de 400 personas bailando al ritmo del Sonido Sueño Antillano. Dos grandes banderas de Puerto Rico adornan la plataforma de operaciones. Las fuertes ondas sonoras de las bocinas de dos metros recorren el cuerpo vertiginosamente produciendo una sensación cosquillosa, iniciando en las plantas de los pies para luego girar en remolino por el pabellón auditivo, seguir en el conducto, llegar al tímpano y hacer vibrar el martillo, el yunque y el estribo hasta el nervio auditivo y viajar a lo largo de las múltiples curvas cerebrales activando los impulsos eléctricos en los 100 mil millones de células nerviosas y regresar en forma de pasos de baile a la pista.

De las pistolas de humo colocadas en el suelo, brotan profusas nubes blancas que se elevan hasta encapsular a los bailarines, manteniéndolos lejos de todo lo demás que sucede en la CEDA. ¡Bendito Leteo que permite olvidarse de las truculencias diarias! Las luces estroboscópicas iluminan de diversos colores rostros ebrios y sudorosos que se mueven al ritmo de la música por doquier. Quienes no bailan están recargados en las cortinas de las bodegas cerradas, en las bocinas, o bien, forman círculos en torno a la pista de baile. En uno de los círculos destaca un travesti, de largo cabello decolorado y minifalda por la que asoma su tanga blanca, que se turnan entre tres caballeros.

—¿Se te ofrece algo, papi? ¿Quieres bailar? —le dice un sexoservidor, con lento tono sensual que pretende ocultar la voz originalmente masculina, a un señor que está recargado en una bocina y que se hace el sordo.

Está repleto. Por doquier se ven caminar jóvenes con la mano en la cintura de su novia. Al intentar abrirse paso entre la masa compacta, de repente aparece un círculo en el que hay varios gays bailando de forma espectacular. Muchos tienen su cara picada por el acné, y el *botox* mal aplicado hace que sus pómulos parezcan desinflados.

—¡Atención todos los presentes! Acomódense... porque la *Cumbia Samaria* va a sonar... —anuncian los del sonido.

Los bailarines gays forman tres filas. Empiezan a sonar las maracas, el güiro y el acordeón.

*Cumbia, cumbia, cumbia Samaria
alegre cumbia para gozar...*

Dan tres pasitos coordinados a derecha y tres a la izquierda para luego extender un pie y ambas manos.

(Sonido: “¡Ahí va para Carlos y todo el sabor presente hoy!”.)

*Que sabrosa que es esta cumbia
por ser de la virgen del mar...*

Pasito derecha e izquierda y levantan la mano.

*Reina de los maareeees,
a ti te cantamos
para que nos saalveeees
de todos los males...*

Derecha e izquierda. Mover cadera. Adelante, atrás y saltito sexy.

*Esta cumbia se la cantamos a la virgen
reina del mar...*

Ahora se abrazan. Continúan a derecha e izquierda y levantan el pie.

*Con honor se la dedicamos los marinos
en altamar...*

Derecha, izquierda y vuelta rápida.

Sonará esta cumbia en la gloria por

ser de la virgen del mar...

Un señor de suéter café enciende un cigarrillo de mariguana y lo pasa por la derecha a sus tres jóvenes amigos. Uno de ellos ostenta camisa holgada con dibujos de playa y los otros camisetas que dejan al descubierto sus poderosos bíceps y tríceps. A cuatro metros de distancia, tras una bocina, otro señor saca un papel arroz o *cana* para hacer lo propio.

—¡Haber... un saludo para *El Chiles!* —piden los del sonido.

Los asistentes responden eufóricos con un mismo chiflido acompañado de atronadores “¡Chinga tu madre!”.

—Claro que sí, jóvenes —agregan—, vamos a dar paso al siguiente tema musical que dice... dice... dice... *Sufrimiento de amor*. ¡Sonidooo... Sueño Antillano!

Siéntate, dime qué te sucedió.

Háblame, quién ha causado tu dolor.

Repentinamente, los bailarines empujan a los observadores, entre los que figura un atento niño como de 10 años, con la intención de hacer más amplio el círculo. Preparan el espacio para los duelos.

(Sonido: “¡Vamos a echarle sabor! ¡Sabor y salsa! ¡Aia!”.)

*Sabes bien, que si tú sufres sufro yo,
recuerda que te amo tanto aunque soy
tu amigooo.*

Un señor de bigote y aspecto juvenil, que viste playera color vino y pantalón azul, salta a la pista acompañado por un joven gay moreno de cabello pintado color cobrizo, cejas depiladas, pantalón azul a la cadera con flores blancas bordadas en los costados, ombliguera con el número cuatro en verde y chamarra de mezclilla de tres cuartos de manga que le cubre apenas abajo del pecho. El

señor se planta en medio de la pista y gira sobre su propio eje mientras su pareja, agarrada de sus dedos y con una amplia sonrisa, camina veloz por toda la orilla de la pista rozando, en algunas ocasiones, a los demás duelistas o a los espectadores.

*Dime si él ha lastimado tu pudor,
cuéntameeee si estás llorando por su amor,
te direeeé que si él ahora te abandonóoo,
no debes sentirte sola cuentas conmigoooo,
él ni siquiera imagina lo que ha perdidooo.*

Antes de que concluya la pareja anterior, otro duelista anuncia su turno. Camina, agarrado de la mano derecha de su pareja y con la otra mano extendida, por toda la orilla. Su respiración y aliento alcohólico se pueden percibir por quienes están en los márgenes del círculo. Porta chamarra negra con estoperoles en la espalda que forman una calavera con dos huesos cruzados. Su pareja, de copete rubio que enmarca su moreno rostro cacarizo, porta pantalón acampanado a la cadera, que le marca con exceso los genitales y las nalgas, y una sudadera blanca de gorro que deja admirar el *piercing* que cuelga de su ombligo.

(Sonido: “¡Sonidooo... Sueño Antillano!”)

*Porque una pena de amor pronto se olvida
y yo te sabré ayudar con mi ternuraaaa,
apóyate en mi ser porque si él no te supo querer,
te entrego mi corazón y toda mi vidaaaa.*

Las demás parejas esperan con ansias su turno de hacerse notar. Sobresalen dos jóvenes. Uno de ellos usa una banda negra que recoge su cabello chino. Muy pegadito a su espalda está otro de cabello corto con puntas color oro. Aunque por sus gestos se adivina que son gays, no visten ombligueras. Es tanta su ur-gen-cia por ingresar a la pista, que el de atrás jala de la cintura a su

acompañante para embarrarse aquellas nalgas en celo, y el otro, responde acariciándole el sexo para animarlo.

*Porqueee mereces ser feliz,
como cualquier mujer,
porqueee él te destruyó la vidaaa,
porque para él fuiste un jugueteeee,
el cual se toma y se deja cuando se quiere.*

En cada descanso, las parejas aprovechan para llenar sus tanques estomacales de cerveza, tequila o vino. En el ambiente se percibe un penetrante olor. Un microscopio con seguridad mostraría millones y millones de partículas flotantes de alcohol, marihuana, orines, excremento, sudor y semen. Es una atmósfera cargada, densa. Parece un remedo de las Bacanales en donde los bailarines de rígidos penes y pezones representan las delirantes Ménades postmodernas.

(Sonido: “¡Dice el sabor!”.)

*Sufrimiento de amor,
que debe terminar.
Diiiimee, dime que te sucedió,
si sufres tú es que sufro yoooo.*

El intentar salir de aquel lugar de algarabía representa un caminar lento para abrirse paso entre la bulliciosa multitud. Al hacerlo se aprecian parejas de esposos y novios; quienes esperan la oportunidad para conquistar a alguien; ebrios luchando por mantener el equilibrio; señoras con niños; un señor sin una pierna sentado sobre una caja de madera dando sorbos a su vaso de vino; sexoservidores y mujeres con el rimel corrido por el abundante sudor; en fin, gorras, cabellos largos o cortos girando animados de un lado a otro, manos en las nalgas por doquier...Pero todos, a final de cuentas, hijos de la madre CEDA.

Al mismo tiempo en que el sol se oculta dando paso a la luna y en el cielo aparece la primera estrella para, quizá, que cierta pareja de enamorados en algún lugar lejano pida un deseo, un señor, en uno de los pasillos desiertos destinados para los zombis proscritos, a cuatro patas emite una violenta arcada antes de arrojar sus restos de tacos envinados. Los espasmos son interminables. Su abdomen parece contener algún monstruo desesperado por salir. Más adelante, en una escalera que conduce a los *estacionamientos aéreos*, se puede ver un helado de excremento en medio de un lago amarillo, del que emerge una pequeña capa de vapor, dejado por un joven que se aleja aliviado de aquella molesta carga. En los puentes aparecen parejas besándose con urgencia, a quienes de vez en vez se les escapa una mano bajo la ropa y sus muslos se encajan en los del otro para estrujar con fuerza sus inflamados sexos. En una esquina, dos jóvenes muy ebrios, uno con sangre en la nariz y otro en el labio, discuten mientras sus amigos intentan tranquilizarlos.

Al acercarse a un grupo de bailarines en el primer pasillo de la QR, la voz de Valentín Elizalde, *El Gallo de Oro*, asesinado hace poco más de un año, va cobrando fuerza.

*¡Aaaaay! como me duele,
como me duele,
como me duele que te saquen a bailar.*

Varios pares de botas, pantalones vaqueros y sombreros se mueven animados. En una pared está recargado un joven que tiene sangre en la cara, pero al parecer esto es lo de menos, pues lo único que desea es dar otro trago a su lata de cerveza y bailar aunque sea con el viento, ya que está solo. A lo lejos se ve acercarse a un joven como de 18 años de abundante cabello largo y con una

herida aún fresca en la mejilla. Viste enorme camisola roja a cuadros manchada de vómito y pantalón azul deslavado igual de grande. Pasa, indiferente, muy cerca de algunos puestos de refrescos, golosinas y cervezas, sólo para bajar por una pendiente lodosa y alejarse.

—¡Cigarros! ¡Cigarros! —grita una señora, a quien se aferra su pequeña hija del encaje inferior del suéter, manteniendo en lo alto un largo y visible muestrario de apetecible nicotina que consiste en ocho cajas de Marlboro pegadas por los costados.

—Bien amigos, continuamos con el festejo al ritmo del grupo de pasito duranguense del momento: *Mi Credo* de K-Paz de la Sierra.

(¡Oi no más! ¡Échale K-Paz!)

*Por donde vayas iré,
con una venda en los ojos...*

(Sonido: ¡Sonidooo... Ilusión!)

*Sin ti yo no soy el mismo,
eres mi credo pedazo de cielo,
abrázame fuerteeeeee,
mi trébol de buena suerteee...*

Varios ojos rojos y desorbitados por el alcohol se mantienen abiertos con dificultad.

—Hoy festejamos —recuerdan los del sonido— el 25 aniversario del mercado más grande de la República Mexicana. Bien, vamos a seguir adelante con una canción de quebradita. Pero antes mandamos un saludo para el amigo *Chiquis*. ¡Sí, sonidooo... Ilusión!

*Cuando vas al baile que te dice tu mamá...
No bailes de caballito que te voy a regañar...*

*Cuando llegas al baile que te dice tu papacito...
Vente mamacita a bailar de caballito...*

Un señor canoso de mirada lasciva baila con una niña ante la presencia indiferente de su madre. Mete su pierna derecha entre las de ella y le estruja con el muslo su tierno sexo. A su costado se encuentra aquel joven solitario de 18 años, sólo que ahora se divierte con una señora de pants blanco que parece triplicarle la edad. Se exploran la boca con sus filosas lenguas. Él lame ocasionalmente el cuello de su dama de baile con su voraz lengua de gato. ¡Que resistencia femenina, pues aquella insaciable hembra ha hecho lo mismo con otros tres machos en no más de media hora!

—Ahí les va esta chilena... para que den unos cuantos saltitos con su pareja. ¡Arriba Oaxaca y Guerrero!

*Negra linda, negra del almaaa,
escucha bien mi consejoooo,
si tu marido es celoso dale caldo de cangrejo
pa' ver si con lo caliente se le quita lo pendejoooo.
Arrincónamela para arriba...
arrincónamela vida mía...*

Todos saltan de un lado a otro. Parece como si hasta las mismísimas piñatas, que cuelgan de lazos dentro de un puesto enrejado, bailaran.

—Continuamos con este tema de salsa del gran Pepe Arévalo. *Urge.*

*Con mi dolor,
causando pena voy rodando por ahí,
no hay una frase de cariño para mí,
todos me miran con desprecio y con rencor.*

Si alguien con una cámara filmara lo que acontece fuera de la pista de baile, nos mostraría a un señor sentado a lo lejos en el oscuro puente que comunica hacia la ST. Está ebrio, aunque no tanto de alcohol como de soledad. Permanece con los ojos clavados al suelo. Se levanta, mira el cielo nocturno y se aleja. Hay muchas personas acompañadas, es cierto, pero también otras tantas solas. Quizás algunos sin mujer, sin novia, sin amigos o lejos de su familia que con seguridad viven en otro estado. Tal vez por ello muchos se hacen acompañar de gays y sexoservidores, para quienes es un día excepcional, pues hoy se les valora frente a todos y no se les grita o golpea como el resto del año.

(Sonido: ¡Échele sabor! ¡Échele sabor y dice...!)

*Mi corazón, está cansado tan cansado de sufrir,
que muchas veces lo he escuchado repetir,
esas palabras que me llenan de dolor.*

Un sexoservidor compra una cerveza que paga con un billete de 20 pesos. Su top negro, que apenas alcanza a cubrir sus tetillas, hace que resalten varias cicatrices en sus blanquísimos brazos y otras más formadas horizontalmente en la columna vertebral. Camina tambaleante con sus zapatillas de enormes tacones delgados. Trata de abrirse paso entre la multitud. Pasa junto a los bailarines por en medio de la pista con dirección al puente que comunica con la OP.

(Sonido: ¡¿Cómo dice?!)

*Urge, una persona que me arrulle entre sus brazos,
a quien contarle de mis triunfos y fracasos,
quien me comprenda y que me quite de sufrir.*

De pronto, un señor gordo como de 34 años dobla en la esquina proveniente del tercer pasillo. Camina tan veloz que con su enorme cuerpo de paquidermo empuja del hombro a un joven que lo mira perplejo mientras sostiene una libreta en la mano. Clava su mirada en el sexoservidor y se abre paso entre la

multitud. Empuja a uno y a otro como si fuesen muñecos de papel. Su aspecto regordete y su gran altura, su cara oscura y su bigote, su mirada seria y su caminar decidido, lo dotan de una personalidad varonil y temible.

*Urge, que me despierten con un beso enamorado,
que me devuelvan el amor que me han negado,
porque también tengo derecho de vivir.*

Cuando logra alcanzar al sexoservidor, le aprieta el brazo y lo voltea hacia sí. Lo arrincona contra una pared del puente encerrándolo con las dos manos a cada costado. Discuten un poco. Hace gestos como de estar tratando de convencerlo de algo ante los ademanes displicentes del sexoservidor. Intenta darle un beso, pero el sexoservidor echa hacia atrás la cabeza. En ese punto aprovecha para besarle el cuello y el nacimiento del escote. El sexoservidor deja de lado su gesto adusto trocándolo por uno más afable. Le ofrece de su cerveza. Después de dar un trago, le introduce la lengua en la boca y le aprieta las tetillas. Lo estrecha hacia sí y le estruja violentamente las nalgas. El sexoservidor se voltea y el señor gordo aprovecha para lamerle el cuello y la nuca. Resbala las manos por su espalda en busca de las nalgas y el orificio. Le alza la falda mientras baja el cierre de su pantalón. El sexoservidor deshace los nudos de los costados de su tanga roja, se la quita en un rápido movimiento y se inclina un poco hacia delante recargando sus manos en la pared. El señor gordo deja la cerveza y empieza a embestir una y otra vez.

*Con mi dolor, causando pena voy rodando por ahí,
no hay una frase de cariño para mí,
todos me miran con desprecio y con rencor.*

El señor gordo voltea de un lado a otro para saber si los miran. Aquella mirada parece más instinto que signo de pudor. ¡No para!... por el contrario... ¡el mete y saca adquiere una velocidad inaudita! Es como si la locura se hubiese

apoderado de ellos. Pareciera que el golpeteo de la pelvis contra las nalgas fuese más potente que la música. Da la sensación de escuchar sus respiraciones agitadas y los gemidos de satisfacción: “¡Ohhhh! ¡Ahhhh!”. El sexoservidor tiene la cara enrojecida por el alcohol y la excitación. Con seguridad su cuerpo desprende un olor a sudor y sexo añejo, producto de las citas del día.

Hay quienes pasan a su lado dedicándoles una mirada absorta, y otros, de simple indiferencia. En la pista de baile muchos parecen no enterarse de nada de lo que pasa a escasos 10 metros de distancia, como la señora de pants a quien ahora besa un señor de bigote y, en un intento fallido de discreción, le acaricia los pechos. No así algunos que miran escépticos lo que acontece. Dos jóvenes sólo ríen y cuchichean entre sí, quizá haciendo algún chiste o recordando escenas similares que les ha tocado presenciar. Una señora que vende elotes, esquites y patitas de pollo ni se entera, pues su mirada denota que en su mente sólo alberga la preocupación de que alguien se acerque a comprarle para poder crecer y alimentar a su pequeña hija que permanece a su lado. Los del sonido miran a intervalos, se les nota nerviosos de que aquello signifique el fin de la fiesta.

(Sonido: ¡Sonidooo... Ilusión!)

*Mi corazón está cansado tan cansado de sufrir,
que muchas veces lo he escuchado repetir,
esas palabras que me llenan de dolor.*

De pronto, se acercan cuatro policías y les hacen parar, justo en el momento en que sus cuerpos parecían estar a punto de alcanzar el éxtasis. El señor gordo recobra su antigua apariencia temeraria y masculina que acentúa con movimientos desafiantes de los brazos. Lanza miradas letales a quienes osaron interrumpirlo en tan sagrado momento. Se lo llevan.

*Urge, una persona que me arrulle entre sus brazos,
a quien contarle de mis triunfos y fracasos,
quien me comprenda y que me quite de sufrir.*

Por su parte, el sexoservidor baja de nuevo el puente con su tanga en una mano y su cerveza en la otra. Llega al margen del círculo de baile y en un puesto de dulces pide un cigarrillo. Tras de él, un señor como de 60 años le explora con su mano derecha bajo la falda, como si de miel se tratara. El sexoservidor parece no darse cuenta, quizá el momento provocó que perdiera la sensibilidad. Luego se dirige hacia el puente contrario al de donde protagonizó aquella patética escena. Parece desorientado y con el ánimo por los suelos. En la parte media se detiene a pensar por un instante. Saca un espejo. Acomoda su cabello, se limpia el rimel corrido y pinta sus labios de rojo. Da media vuelta y echa a andar hacia la multitud enarbolando una radiante sonrisa renovada. Le es imposible abandonar el templo de Sodoma; quizá porque es mejor estar acompañado, aunque en el fondo solo, que en casa sin compañía. Se aproxima a un joven que intenta agarrarle la mano a su pareja y lo contempla con ojos cansinos, entornados de manchas negras por el rimel mal limpiado; luego mira a la novia sólo para decirle sin detenerse:

—Si tú no quieres a tu hombre, yo sí.

Cuatro hijos de la madre Central de Abasto

Martha (peladora)

MIERCOLES/19/12/07

“Me llamo Martha y nací el 30 de mayo de 1968 en Iztapalapa, ahí por el Escuadrón 201. Mi mamá todavía vive y mi papá murió hace 18 años. Tengo nueve hermanos y cinco hijos. Tuviere seis pero mi primer niño no nació, me resbalé en unas escaleras a los cuatro meses de embarazo y lo aborté.

Desde chiquita me iba a trabajar con mi papá a los basureros. Le decían *El Mil Usos* porque sabía hacer de todo. Íbamos a recoger vidrio, cartón, aluminio, periódicos y revistas. Yo era chaparrita, pero me cargaba mis dos costalotes de vidrio y los vendía. También me iba con él cuando le hacía a la plomería, pero me tuve que cortar el pelo para parecer hombre. Mi papá murió de cirrosis. Se envinó él.

Estudí hasta tercero de primaria. Mi mamá me sacó porque yo era la mayor y tenía que ayudar con lo del gasto y la renta. Me metió a trabajar a un departamento. Yo tenía ocho años y ya cuidaba a tres niñas. Vivía ahí y salía cada 15 días a visitar a mi mamá. También trabajé en una fábrica de botellas para aceite y en otra de camas. Pero ahí yo ya tenía 20 años.

Mi mamá siempre ha sido bien estricta. Me acuerdo que una vez me fui con mis hermanos de pinta y ¡n'ombre!... que nos va a traer. La maestra ya le había avisado que sí entrábamos a la escuela, pero no a clases. Nos íbamos a las canchas a jugar futbol, canicas, bolillo, yo-yo, trompo, hoyitos y doña Blanca.

Yo lavaba ¡ti-nootas! de ropa de todos mis hermanos. Cui-da-di-to con que la ropa blanca tuviera una mancha, porque mi mamá me pegaba en las manos y me hacía que la lavara otra vez. Me pegaba con palos, cables de luz o con la cuchara de la comida. A veces me daba en las manos con una vara hasta que terminaban todas hinchadas. Yo pensaba: 'A lo mejor no soy su hija.' Una vez le dije: 'Oiga, dígame si soy su hija, porque sé que cuando no son sus hijas pues las maltratan.'

Si me tardaba cinco minutos en las tortillas, me decía: '¡¿Qué te dije?!' 'No me tardé' '¡Cómo fregados no!' Corría a meterme debajo de la cama, pero me aventaba agua caliente. '¡Y órale, sálgase de ahí, cabrona!' '¡Ya, mamá, ya no me pegue, sí me salgo pero ya no me pegue!' '¡Pues órale!'. Agarraba el palo de la escoba y me picaba las costillas. Yo me agarraba del tambor y no salía. '¡Salte porque te va a ir peor!' ¡Nooo pues me iba peor! '¡Ahora sí hija de la fregada!' Y ¡molas! Me sacaba sangre de la nariz, luego me arrastraba al patio y me echaba agua fría. Ya me había fastidiado.

Entonces conocí a mi esposo. Nos empezamos a tratar cuando yo tenía 13 años. Un año después, en vez de irme a trabajar, me fui con él. Me llevó a vivir a Acapulco. Allá estuvimos nomás 15 días y mejor nos fuimos con su familia a Santiago Tianguistenco, Toluca. Pero nos enojamos y duré cuatro años sin estar con él. Pero un día platicamos y nos venimos a rentar a Tepito. Ahí vivimos casi como medio año. Luego nos regresamos para Toluca de nuevo y me dediqué a lavar ropa ajena.

Hace como mes y medio me enojé de nuevo con mi esposo y mejor me vine con mis hijos a trabajar a la Central de Abasto. El primer día anduvimos buscando a un pariente que es policía aquí, pero como no lo encontrábamos, nos quedamos a dormir en el Albergue de la Subasta. Cuando encontramos al familiar, nos consiguió un cuartito aquí cerca para vivir.

Primero trabajamos descolando chile en el tercer andén de la Subasta. Al otro día una señora nos avisó de esta bodega de don José: 'No, en la bodega A14 de Aves y Cárnicos pagan tempranito y sí hay mercancía del diario. Vámonos para allá mañana'. Y sí, nos fuimos. Ellos abren a las seis de la mañana, pero nosotros

llegamos a las siete. Salimos a las cinco, seis de la tarde. A veces nos vamos a otro lado a trabajar, pero gracias a Dios y al patrón tenemos qué comer. Cuando nos venimos, quienes primero llegamos aquí fuimos yo, Julio y mis dos niñas.”

—Yo estaba en Cancún —interviene su hijo Germán con su característico parloteo y jovialidad— luego me vine para acá con ellos. Vine por un billete. Estoy un rato allá y luego me vengo otra vez. Allá no me acostumbro porque hace un chingo de calor. Sí, por eso también no me gusta estar allá mucho tiempo. Es lo que le digo a mi vieja que si yo llevo a mi mamá allá una semana, no aguanta.

—Pus no —dice Martha lacónica.

En todas las mesas y cajones hay grupos que conversan animados mientras esperan a que llegue otro camión con más carga. Las mesas se forman colocando cajas y sobre éstas la zaranda o tabla; los cajones son estructuras de madera rectangulares que tienen una profundidad de un metro. Ambas sirven para vaciar la mercancía que se pela.

En esta mesa, que se ubica hasta el fondo, pegada a la pared, se encuentra Martha junto a su hijo Julio de 19 años, Germán de 18, dos señoras y un muchacho que no tiene un brazo, a quien apodan *Sin Mano*. Las dos hijas de Martha, Guadalupe de 14 años y Libertad de nueve, juegan afuera de la bodega con otros niños. Tiene otro hijo, Héctor de 17 años, pero se fue a los Estados Unidos a trabajar. Martha es de tez muy morena, quemada por el sol, robusta, ojos café y boca pequeña; porta una gorra de la que escapa parte de su cabello corto, playera negra, suéter azul marino, pantalón gris y babero de mezclilla; de su cuello pende una cadena con la imagen de la Santa Muerte.

—Si yo que acá...no aguanté por el calor —continúa Germán, quien es de tez morena, alto, muy delgado, grandes ojos café claro con largas pestañas, labios gruesos y cabello quebrado; viste pantalón azul fuerte deslavado y playera gris de manga larga; su cabeza la cubre un paliacate negro con el dibujo de una hoja de marihuana y sobre éste una gorra del mismo color—. Me la pasaba en la orilla del mar. Yo no aguanto el calor, porque antes vivíamos en Toluca y ahí estaba el Nevado. No me acostumbro. ¡Nooo... en la playa el calor está bien gacho! Lo mínimo que llegó cuando yo estaba ahí fue a los 45°. ¡No inventen! Me tapaba en

la madrugada con una sábana mojada y en menos de dos minutos ya andaba seca.

—Yo todavía no he ido —reitera Martha.

—No...ella no ha ido. La quiero llevar, pero a la playa o a Isla Mujeres.

En este instante, Pilar, quien se encarga de revisar la mercancía, vigilar la bodega y contar lo que cada quien pela, dice:

—¡Ahí hay cebolla para que pelen en lo que llega el camión con tomate!

Hay pocos bultos. Fueron los que sobraron de la madrugada. Ya nadie los quiso pelar porque las cebollas están muy podridas y con lodo. Quienes acaban de llegar no lo han advertido, por lo que se abalanzan con rapidez sobre la mercancía.

—Ahorita todos están agarrando cebolla bien machín —dice Germán enarbolando una sonrisa maliciosa—. Ese güey de azul es la pura envidia. Cuando la vacíen en los cajones y se den cuenta que está bien culera la van a mandar a la chingada.

—Yo nací como Dios nos echó al mundo. Cuando nos muramos nada nos vamos a llevar —agrega Martha.

—¡A quienes no pelen aunque sea un bulto de cebolla no les voy a dar tomate! —advierte Pilar enojada, haciendo que resalten mucho más sus de por sí ojos saltones y su exuberante papada.

—¡Vamos a checar si va a haber tomate allá, Güero! —le indica Germán a su hermano Julio señalando hacia otra bodega—. Te encargo mi mesa —le dice de broma a su mamá— porque aquí hay un güey que me la quiere chingar —voltea a ver el rostro moreno de *Sin Mano*, quien porta una playera con la imagen de la virgen de Guadalupe.

Ambos hermanos salen rápido, pues no desean pelar cebolla. Lo último que se alcanza a escuchar es que Julio le dice a Germán: “¡Caminas como salvaje!”. Julio es más bajo y robusto que su hermano, de piel ligeramente más clara, sin perder el tono tostado que los caracteriza, de nariz prominente que resalta sobre las demás partes de su rostro, continuamente lleva su lengua a una herida reciente del lado superior derecho del labio; viste pantalón azul marino guango a

medias nalgas, lo cual permite ver su bóxer gris, playera azul de manga larga, gorra negra de gran visera con las letras abreviadas del equipo de béisbol Los Ángeles, y bajo ésta un gorro tejido de múltiples colores.

Por su parte, Martha, resignada, va por un bulto de cebolla y, con cierta dificultad por su baja estatura, lo vacía en su mesa. Se desprende un fuerte olor que pica en la nariz y la garganta. Martha estornuda: “¡Achú!”. Coge una cebolla, los dedos se le hunden por lo podrida. “Parecen agua”, le dice a una de las señoras que estaba junto a ella y que ahora ocupa una mesa detrás. Prepara su pequeño cuchillo curvo. Encaja la punta, rasga y con el dedo pulgar desprende varias capas. De los ojos, aunque ya acostumbrados, escurren algunas lágrimas. Después de unos minutos, las palmas de las manos se le cosen; y con el tiempo, las uñas de los dedos se le han abierto de tanto despatar chile y pelar cebolla. En ocasiones el ardor es insoportable. Hay hasta a quien se le ha hecho una gran herida a lo largo de la yema del dedo pulgar. Por eso muchos protegen sus dedos con cinta adhesiva o de aislar.

A dos mesas, una señora arma un tren con cajas de plástico. Mete a sus dos niños pequeños y los jala con un lazo. Ellos ríen a carcajadas. En otra, una muchacha embarazada, como de 25 años, acaricia su estómago cada vez que pela una cebolla.

Pasada media hora llegan Julio y Germán comiendo pepitas, habas enchiladas y cacahuates. Ayudan desgastados a su mamá por unos cuantos minutos.

—¡Ya llegó el tomate! ¡Ya llegó el tomate! —exclama Julio feliz al ver que un camión se está estacionando.

Todos se mantienen a la expectativa del torton. Algunos apresuran el paso para terminar su cebolla. Otros la vacían junto con la basura en un costal y la llevan discretamente al contenedor de basura que se encuentra a un costado de la bodega. Los que agarraron muchos bultos los esconden en algún rincón o bajo sus mesas.

—Ya se estacionó el torton. Vamos a formamos para bajar —dice Germán ansioso.

—¿Si está bueno? —le pregunta Martha a una señora.

—Pus quién sabe, ahorita hasta que lo bajemos lo vemos.

Pilar se acerca lentamente al torton enfundada en sus mallas negras. Mientras lo hace, deja ver su espalda amplia, sus piernas delgadas como fideos y “sus nalgas de tabla”, según la expresión de Germán. Ahora se entiende por qué Julio la llama *Patas Verdes*, en alusión a un personaje de *Odisea Burbujas*. Abre una de las puertas traseras del camión y muchos corren a formarse, pues pretenden ser los primeros en la fila.

—¡Todos los que acaban de llegar me van a hacer cebolla al final! — advierte Pilar con el ceño fruncido.

Aquellas filas recuerdan a las que se hacían en la primaria después del recreo. Unos se empujan, otros meten a sus familiares o conocidos. Hay hasta quienes se avientan tomates o chiles.

—¡Hey! ¡Hey! ¡Mari fórmate! —reprende un señor a una señora como de 32 años. Ella se ríe y, sin hacer caso, baja con una caja desbordante de tomate dejando un camino verde a su paso.

—¡Agárrele de aquí! —le ordena un cargador a una señora de la tercera edad, a la par que le señala la caja que debe bajar—. Nomás con cuidado no se vaya a lastimar...porque luego me las quieren cobrar nuevas. ¡Ja, ja, ja, ja! —a su carcajada se le une la de su compañero.

Pilar se encarga de dirigir las acciones mientras cuatro cargadores reparten mercancía. Todos se arremolinan aquí y allá. Lo mismo se puede ver a una niña de escasos siete años arrastrando una caja, que a una anciana haciendo lo mismo o un niño de tres años jugando a escalar el camión. La fila parece no avanzar. La causa es que muchos bajan de a dos o más cajas, van a su mesa, las dejan rápido y de nuevo los meten sus familiares o amigos. Un señor acerca su diablo y lo carga velozmente. Pilar, que está en la puerta trasera del torton, parece no darse cuenta o simplemente los encubre por ser sus conocidos. Martha observa impaciente desde casi el final de la fila, sabe que su turno va a tardar, que le queda esperar “las sobras”. Sólo se reconforta pensando que “son envidiosos,

ambiciosos. Se supone que hay bastante mercancía para todos”. Hay quienes se desesperan y gritan:

—¡Fórmense, fórmense!

—¡No se metan!

—¡Vamos formados!

Pero es inútil protestar.

—¡Apúrele señora que no estoy en báscula! —le grita una joven, que lleva cargando dos cajas, a una señora instándola a que baje rápido del camión y deje libre el paso.

—El señor de camisa amarilla no puede ni con una caja, pero ahuevo bajó tres —le dice Germán a su mamá y a su hermano.

—¡Nada más dos cajas por persona! —advierte Pilar y luego agrega—: ¡Nada más saquen el reventado y el picado! —estas instrucciones quieren decir que además de quitarle la cáscara al tomate, también tienen que apartar en otra caja el reventado y el picado—. ¡Se les va a pagar de a 10 pesos por caja!

Después de aquel alboroto, Martha y sus hijos sólo pudieron agarrar ocho cajas.

—No nos va a alcanzar el tomate hasta las seis de la tarde —dice Julio preocupado.

Pero aquello no parece tan grave, ya que la noche anterior la familia de Martha se quedó a velar, es decir, pelaron cebolla y tomate durante toda la noche hasta la madrugada, lo cual les permitirá irse a descansar un poco más temprano, ya que llevan más de 24 horas casi sin dormir.

—¿Ya dormiste? —le pregunta Germán a su hermano.

—Sí, como una hora porque está cabrón, ¿y tú?

—No.

Poco después, Guadalupe llega cargando una bolsa de plástico con la comida: medio de carnitas, salsa roja, pico de gallo y agua simple. Cada quien se hace su taco y lo devora. Julio con la mano izquierda sostiene el suyo y con la derecha continúa pelando los tomates. Para el postre, parten en cinco pedazos un

melón que Libertad recogió de un contenedor de basura. Al terminar, Martha decide irse a dormir un rato con las dos niñas.

Guadalupe y Libertad son casi idénticas a su mamá, sólo que ambas tienen el cabello largo y lacio. La primera sacó el color de piel y la seriedad de Julio; y la más pequeña, aunque es muy callada, es igual de risueña que Germán. Guadalupe viste pantalón de mezclilla azul y sudadera negra de cuello redondo. Libertad trae pants rojo y chal de franjas café y *beige*.

Julio y Germán se quedan a pelar el tomate. Con ellos se integra *Sin Mano*. Mientras tanto, en el escritorio, Pilar platica muy a gusto sentada junto al hermano del patrón, quien se empina una botella de cerveza Corona clara. Ambos por momentos cantan la canción de *Devórame otra vez* de Eddie Santiago que suena en el modular:

*Hasta en sueños he creído tenerte deeevorándome,
y he mojando mis sábanas blancas... recordándote.
Y en mi cama nadie es como túuu,
no he podido encontrar la mujeeer,
que dibuje mi cuerpo en cada rincón
sin que sobre un pedazo de piel...*

—¡Paletas! ¡Cigarros! ¡Chicles! ¡Pepitas! ¡Huevos cocidos! ¡Cacahuates! — grita de pronto un señor que entra con su canasta para ofrecer sus productos.

—¡Santiago! ¡Chinga a tu madre! —le dice a *Sin Mano* un señor de bigote y gorra roja.

—¡Brrrrrrrrrp! —eructa potentemente Germán, formando con sus amplios labios una enorme trompeta.

(Los tres se ríen: “¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Oi esa mamada! —le dice Julio a *Sin Mano*.

—Anoche estábamos cheleando y tomando pulque —le dice Germán a *Sin Mano*—. Te hubieras quedado ¡pinche pendejo! Lo que te perdiste. Al ratón vamos a tomar del bien espumoso —se refiere a un Vino Italiano Espumoso que se vende

a dos por 150 pesos—. Pero está bien potente y mañana no te vas a querer ni parar.

—Neel, pero ese está bien caro —le dice *Sin Mano* como despertándolo de su fantasía—. ¿A poco tú traes para una?, si estás igual de jodido que yo.

—¡Pendejo! Ahorita me ves así, pero en Cancún tengo mi cantón chingón, mi Jetta, mi ruca y mi hija...

—Con los hongos vuelas, ves un chingo de mamadas —lo corta Julio enarbolando una sonrisa.

—Ya se me antojaron unos tacos de carne —dice Germán cambiando bruscamente de tema, como suele hacer.

—Desde que probaste la carne, ya eres adicto —le dice Julio a Germán—. Luego andas correteando a los camioneros. ¡Puros bigotones y velludos!

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—Nooo... —dice riéndose German y, para cambiar el blanco de las burlas, señala a una muchacha que pasa frente a la bodega— es que al chile ahorita voy a ir con aquella morrita y le voy a pedir el culo. Nooo... y ¡es que no mames! al chile sí se carga buen acá, güey.

—Al rato hasta la vas a soñar —le dice Julio.

—Sí, voy a estar así —con tres tomates forma un pene a la altura de la pelvis y con la mano derecha finge masturbarse.

Se hace un silencio prolongado. En la bodega la mayoría parece absorto con su trabajo. Después de un rato, Germán decide callarle la boca al silencio de una manera extraña, delirante, vertiginosa y, como siempre, abrupta.

—¡Pinche *Sin Mano* le gusta el tieso! ¡Le gusta que le metan la verga *Sin Mano*! ¿Eh? ¡Baisas, baisas, le gusta el miembro y el venudo! —“¡Ja, ja, ja, ja!”, risas estrepitosas de los dos hermanos—. No nos quiere —dice en alusión a la cara de furia del aludido.

Germán no hace caso al enojo de *Sin Mano* y agarra un tomate para luego acercárselo a la boca como si fuera un micrófono:

—¡Bueno, bueno! ¡Probando, probando! ¡Aquí a *Sin Mano* le gusta la reverde! ¡Hey *Venancio*, *Venancio*, llamando, llamando a *Venancio*, llamando a

Venancio, Venancio, Venancio, Venancio! Baisas, baisas... ¡Baisas! Le gusta el *Venancio*. El Julio se coge a los trailers peludos. ¿Te gusta la familia peluche? —le pregunta a *Sin Mano*—. Las pepas son buenas. ¿O no? ¿Vas a decir que no? ¡No maaa...! Al chile al rato me voy a ir a comprar una película porno.

—¡Ya estuvo, no mames! —le dice *Sin Mano* a Germán.

—¡Uuuuuuuuh! Si estamos en el cotorreo —se defiende Germán—. No te emputes.

—Ya hasta dicen que venden unos lentes para ver a través de la ropa —dice Julio para no dar importancia al enojo.

—Eso ya es mucha mamada. Al chile yo no los he encontrado, he preguntado y no —dice Germán.

Libertad llega sonriente comiendo unos Doritos:

—¡A ver dame uno! ¿Quién te los compró? —le pregunta Germán mientras agarra un puño de frituras.

—Me los compró la Aleida... me dio cinco pesos.

Atrás viene Martha acompañada de un policía, quien es primo de su esposo. Les ofrece una mandarina a sus dos hijos y a *Sin Mano*. Se arrepintieron de irse a dormir, a excepción de Guadalupe, y mejor fueron a buscar fruta a algún contenedor de basura. Martha le da la queja al policía de que sus hijos tomaron ayer y que Germán tuvo un altercado con otro pelador. Entonces el policía les suelta una larga perorata:

—No hay que tomar, porque toman y le faltan al respeto a la gente. Yo digo: tomar, pero tranquilo. Hubo un tiempo en que yo tomaba mucho y ya entrado hasta me quise ahorcar. Cuando se ven borrachos tranquilos, hasta uno los defiende. De los borrachos insultativos uno dice: “¡Que chinguen a su madre!” Un día me gustaría que tomaran conmigo. Yo borracho soy buena onda, alegre, no le faltó al respeto a nadie. Y no soy aleluya, les digo claro: ¡No soy aleluya! A ustedes les falta mucho por vivir. Tú —le clava la mirada a Germán— debes de ser más consciente y apoyar a tu familia. Yo los estimo y no me gustaría que hicieran una pendejada. Quizá son locos porque se han acostumbrado a ver borrachos insultativos.

—Yo cuando tomo soy tranquilo. Es más, ni me empedo ¿Verdad, carnal?
—le pregunta Germán a Julio lanzándole una discreta sonrisa de complicidad.

Antes de irse, el policía le dice a Martha:

—Al rato hay que lavar la ropa para que se seque. Se van pa'l carro.

—Sí —contesta Martha.

En ese momento llega el dueño de la bodega, don José, con su hija. Él es muy obeso y tiene como 50 años de edad. Su hija es blanca, delgada, como de 22 años, luce trenzas en todo el cabello y pantalón blanco pegadísimo.

—La hija de don José está bien rica —dice Germán.

—¡Ay madre! —exclama de pronto Julio mientras señala a dos muchachas de falda de mezclilla corta, que caminan por el andén frente a la bodega.

Martha se ríe y mueve de un lado a otro la cabeza en un signo de desaprobación.

—¿Cómo ve que me querían pagar de a 20 varos el bulto de chile? —le dice Germán a su mamá, refiriéndose al chile serrano que pelaron durante la noche, del cual, por cierto, hicieron 16 bultos—. Y que vamos en la mañana yo y los otros chavos que nos quedamos en la noche, y le dijimos al patrón: “Que tranza, patrón, estaba medio podrido el chile, háganos un paro y páguenoslo de a 25”. “Pues se les va a pagar de a 25. Ya le dije a la secretaria”, nos respondió el patrón. La secretaria quería clavarse los cinco pesos, pero nos la peló.

Martha y sus hijos ya terminaron de pelar el tomate. Ahora sólo les resta esperar a que Pilar decida empezar a contar las cajas para que les haga los vales y puedan cobrar. Germán sale de la bodega y regresa después de 30 minutos:

—¡Va, Martitha! —le dice a su mamá al tiempo que coloca en la mesa un Barrilito sabor tutifruti, vasos de unicel, tortillas y medio kilo de recorte.

La mayoría ya terminó de pelar, por lo que se reúnen en sus mesas para comer mientras esperan a que Pilar empiece a contar. Don José también está comiendo en su escritorio. Frente a él tiene un enorme coctel de frutas, cuatro tacos de carnitas, una gelatina, un jugo de naranja y un pastel que le dieron los de la Fundación Sólo por Ayudar, del que sólo se come las nueces.

—¿Quién crees que está en el primer andén? —le dice Germán a Julio.

—¿Quién?

—Juan Querendón. ¡Hay un chingo de viejas bien buenas y están todos los de Televisa!

—¡Vamos!

—No. Espérate, ahorita está todavía en la IJ, dice que ahorita va a ir al andén.

—¡Oi! Que Juan Querendón está bien trabado —le dice Julio a su mamá, a la par que inflama el pecho.

—Dice que ahorita se va a mochar con el refín chido —insiste Germán sin hacer caso a la burla de su hermano.

—¡Oi! Que se va a mochar. Has caído taaaan bajo.

En la mesa de Martha sobresale, de entre la comida y los restos de tomate, una muñeca sucia y pelona con la que Libertad juega mientras come.

Por fin Pilar empieza a contar. Cuando llega a la mesa de Martha, Julio le reporta:

—Seis de tomate, dos de picado y un bulto de cebolla.

—El picado no lo voy a pagar —le dice Pilar tajante, luego hace la nota y se la extiende.

Después de un rato, don José da la orden de que se formen para pagarles. Mientras Martha cobra, Libertad limpia la mesa y barre la basura de su lugar. Una vez que Martha tiene en sus manos la paga de su trabajo, les hace una seña con la mano para que se vayan. Julio y Germán agarran su babero, Libertad hace lo propio con su muñeca. Listo. Ahí van, bajando las escaleras del andén, ansiosos por llegar a descansar a su casa ubicada a cien metros de distancia en la vieja y descompuesta calle Datsun Color Vino placas #766-RPL, en la colonia Subasta y Productores de la Central de Abasto de la ciudad de México, delegación Iztapalapa.

Sergio (diablero)

VIERNES/21/ 12/ 07

“Me llamo Sergio, pero me dicen *El Gordo*. Tengo 14 años y nací en Zitácuaro, Michoacán, igual que mis papás. Voy en segundo de secundaria, en la tarde. Ya he reprobado seis materias, como español, matemáticas, artística, ciencias y otras que ya no me acuerdo. Me gustaría ser abogado para defender a las gentes. Mi mamá se llama María y mi papá Venancio. Tengo tres hermanos más chicos: Venancio, Maribel y Yolanda. Somos dos y dos. Ahorita vivimos en las Minas en colonia Degollado.

En Michoacán viví hasta como a los ocho años. A mí me tocaba cuidar a los animales de mis abuelos, los llevaba a un monte para que fueran a comer. Luego llegaba y les daba agua. Yo jugaba con borregos y caballos. Una vez estaba jugando con un caballo a echar carreras y no sé qué le pasó y me tiró en la tierra. Me salió sangre de la nariz, pero me divertía mucho.

Me gusta más Michoacán porque podía salir más que aquí. Además habían cerdos, borregos, caballos, pájaros, palomas y mariposas. Yo siempre traía mi resortera; luego mataba los pájaros y me los comía. Los días que íbamos a cazar conejos con mi abuelo, él llevaba su escopeta. Cuando les disparaba yo pensaba: ‘¡Que les dé en donde sea para poder comérmelos!’.

Mi primer día de clases en la primaria lloré. Cuando salimos al recreo pensé que ya nos íbamos a ir y agarré mi mochila, pero que me meten otra vez. Falté mucho en tercero y en cuarto porque me iba de pinta a nadar a una cascada o a jugar sobre los árboles de peras, tejocotes y duraznos.

Aquí me voy de pinta al Zócalo, a La Merced o a otras partes. Como ahorita que está la pista de hielo voy a patinar, aunque todavía no aprendo. Me acuerdo que cuando era más chico jugaba futbol, también me gustaban mucho los muñecos de Batman y Superman. Ahorita siempre juego con mi hermano a peleas.

En Navidad me la paso bien porque salimos un buen rato a jugar. Por mi casa hay sonido que organiza el presidente municipal. Ese día rompemos piñatas

y tomamos ponche. A mí siempre me toca pasar, pero a los chiquitos no les vendan los ojos, nada más a los grandes como yo. Voy con mi hermano y con mis amigos *El Moco*, *El Chino*, *El Greñas* y *El Flaco*.

Hace como un año que me trajo mi papá a trabajar a la Central. Él ya lleva trabajando como unos 20 años, también anda cargando, igual que yo y mi hermano. Por un viaje me saco 15, 20, 25 o 40 pesos. Depende. Tengo que completar dos o dos y medio para poder irme. En la organización que estoy afiliado nos cobran 13 pesos por prestarnos el diablo hasta la hora que queramos.

Las autoridades casi nunca nos molestan, pues las placas que tienen los diablos son para que no nos los quiten. Ahorita ya están dando hasta credenciales. Aquí del diario llego a las tres o cuatro de la mañana, y me voy hasta las 10, las 11... ¡Voy a cargar! “

—¡Llévame este bulto de limones! —le dice a Sergio una señora regordeta, de blusa azul rey y largo suéter blanco que le llega hasta las bolsas de su pantalón gris.

Sergio se apresura a subir la carga al diablo. Después agarra su instrumento de trabajo por los mangos, los sitúa detrás de su espalda a la altura de la cintura, y echa a andar. Ahí va, un niño moreno, de ojos negros pequeños, estatura baja y cuerpo rechoncho disimulado por su gran pantalón azul, su sudadera morada y su largo babero de mezclilla. Una fuerte preocupación domina en estos momentos su mente: “A ver si no se me cae la carga porque si no me descuentan”.

Más adelante se detienen. Sergio entra a una bodega por un bulto de cebolla, lo acomoda en su diablo y vuelve a arrancar.

—¡Por acá! —le indica la señora con la mano.

Sergio avanza veloz delante de la señora mientras ella vigila que no se caiga la mercancía. Hay que surcar los obstáculos de cajas, compradores, cafeteras, boleros, los carros de vendedores de CD'S, trastos, tacos, gelatinas, tamales, jarriería, dulces, jugos, ferretería, hierbas medicinales, zapatos... ¡Uf!... ¡El alboroto es mayúsculo! Los sonidos rebotan en las paredes y techos de los

pasillos cerrados, da la sensación de que un altavoz los agudizara. Aquí y allá se escuchan estruendos metálicos, chiflidos o el “¡pásele, pásele, sí hay bara, bara!”.

Al *pandemonium* contribuye el vaivén de diableros que llevan viaje, que caminan en busca de cliente o que simplemente esperan sentados. Lo mismo se observan niños que apenas sobrepasan los 10 años de edad, que jóvenes de 18, señores de 40, o ancianos de 60 o más. Hay quienes transportan el diablo repleto de carga y les pesa, más que a Sísifo su piedra, subir el puente que comunica con los demás pasillos; aunque en algunas ocasiones, no falta el bondadoso que se ofrece a empujar. Ya a la hora de bajar, muchos lo hacen corriendo y sólo chiflan o gritan: “¡Aguas! ¡Aguas! ¡Va el golpe!”, aunque exista el riesgo de caerse o de atropellar a algún transeúnte descuidado, más en tiempos de lluvia cuando se forman grandes charcos y lodo. No ha faltado quien al momento de resbalar se haya enterrado el mango en el abdomen o hasta desnucado. Por fortuna, Sergio muy pocas veces tiene que cargar su diablo hasta el tope y cuando lo hace, si sirve como falso consuelo, cobra 85 pesos.

—¡Allá! —la señora le señala hacia la M-123, donde le espera una caja de aguacate.

Sergio carga la caja y avanzan unas cuantas bodegas más:

—¡Allá! —la patrona señala ahora una caja de huevo con piñatas pequeñas que están en la M-129.

Sergio acuesta su diablo para reacomodar la mercancía con rapidez. Luego echa a andar.

—¡Güerita, lleve piñatas! ¡Buenas limas! ¿Quiere buenas limas o jícamas?
—le ofrece una vendedora de cabello decolorado a la señora.

—No se te vaya a resbalar —le advierte la señora a Sergio sin hacer caso al ofrecimiento anterior.

—No.

Sergio va veloz con su mercancía. Le cuesta mucho trabajo subir los puentes, pero después de un titánico esfuerzo lo logra. Va con la firme idea de juntar el dinero que le corresponde para poder irse a jugar a casa. De pronto, su temor se vuelve realidad, cae el bulto de limón y de inmediato piensa: “¡Chin! Ya

me van a descontar. ¡Vale verga!”. Con rostro serio y pasmado, se detiene a recoger el bulto. La señora espera impaciente. Luego reanuda la marcha con destino al andén ubicado fuera del tercer pasillo de la M.

—¡En la camioneta amarilla!

Sergio sube la mercancía y la patrona le paga 20 pesos. Con seguridad le iba a dar 25 pesos, pero debido al incidente le descontó cinco.

Resignado, Sergio se aleja empujando su diablo hacia su lugar base: la O-97. Pero antes de llegar, un señor de tez blanca, bigote y suéter de rombos, le hace señas con el dedo meñique para que le cargue.

—Son los de chiles —le informa el señor señalando cinco bultos.

Sergio acuesta su diablo y acomoda la mercancía con precaución. Echa a andar. El señor sostiene la mercancía de la parte trasera del diablo con una mano, cuidando que no se caiga nada, mientras con la otra llama por celular.

—¡Aguas! ¡Aguas! —le grita un diablero a una muchacha que obstruye el paso.

De repente un bulto resbala, pero el patrón lo alcanza a agarrar antes de que toque el suelo y lo acomoda con rapidez sin que exista la necesidad de que Sergio se detenga.

—¡Amárralo, pendejo, idiota! —le grita a Sergio un diablero como de 45 años que advierte el incidente.

Sergio voltea de reojo, primero a ver la mercancía y a su patrón, luego al diablero entrometido. De este último piensa: “¡Que se vaya a chingar a su madre, porque de seguro a ese güey también se le han caído!”.

Siempre que a alguien se le cae mercancía es motivo de carcajadas, chillidos o insultos entre los que figuran: “¡Tonto!”, “¡Como eres pendejo!”, “¡Pareces nuevo!” y adjetivos por el estilo. Hay ocasiones en que a algunos (no necesariamente “maleteros” como Sergio que carga poca mercancía, sino a diableros que se alquilan para descargar camiones) se les voltea el diablo con cajas de jitomates, aguacates, duraznos, uvas... en esos casos el diablero no sólo se tiene que preocupar por el gran trabajo que implica recoger la mercancía regada, sino porque tendrá que pagar toda la que se aplaste.

En unas escaleras del cuarto pasillo de la OP, que conducen a los *estacionamientos aéreos*, el señor le ordena que suba la mercancía. Sergio primero asciende tres veces con un sólo bulto, luego aprovecha la presencia de otro diablero quien sube cajas de tomate.

—Échame otro ¿no?

Le carga un bulto encima del que lleva sobre el hombro izquierdo. Transporta los dos bultos con dificultad, pero a pesar de su expresión seria, mirada perdida y de los pequeños gemidos de esfuerzo en cada escalón, sólo piensa en subir rápido la mercancía para que no le roben el diablo. Deja los bultos en una camioneta café, cobra, da las gracias y veloz, igual que su respiración, baja las escaleras.

Son las nueve y los crujidos de sus tripas le recuerdan la hora del desayuno. Decide detenerse en un puesto de tacos, jugos y licuados que está en la esquina del tercer pasillo de la OP.

—Me da un licuado. ¿De qué tiene?

—Hay de plátano, mamey, fresa y de todo lo que vez aquí —le responde un joven de bata blanca, al tiempo que con la mirada señala varios recipientes de vidrio.

—Me da uno de plátano.

—¿Le pongo chocolate?

—Sí.

Le dan su licuado y paga 25 pesos. Se para sobre la parte inferior de su diablo para hacer contrapeso y así poder recargarse en el respaldo. Mientras bebe su desayuno, se pueden ver escurrir varias gotas de sudor que van, como pequeños gusanos, lentamente desde sus patillas, doblan en el contorno de su rostro y llegan a su cuello para ser absorbidos por el suéter. Cualquiera diría que se ha aventado un chapuzón.

—¿Qué pasó? —le saluda de pronto un adolescente de pantalón guango, sudadera Adidas negra con rayas blancas a los costados de las mangas, gorra gris y babero, quien se llama Rodrigo, tiene 15 años y es su primo.

—¿Ya se fue *El Gordo*? —le pregunta Sergio sobre otro joven al que apodan igual que a él.

—¿Cuál *Gordo*?

—¡Ah! Pues el de allá de la KL.

—Ahí anda.

—¿Cómo ves? Allá me eché tres —le dice Sergio refiriéndose a los viajes.

—¡Ah!

—Ya me llené. ¿Quieres? —Sergio le ofrece licuado.

—No.

—¡Tómatelo!

—Estoy bien lleno —se justifica Rodrigo llevándose la mano al estómago.

—Eres puto entonces. ¿Cuántos viajes llevas aquí?

—Dos.

—¿Ya no has cargado?

—No.

—¡Medias! ¡Medias! —exclama Sergio repentinamente, dibujándosele una sonrisa de satisfacción que deja ver dos lindos hoyuelos en sus carnosas mejillas, luego de propinarle un puñetazo en el brazo a su primo y hacer la señal de inmunidad—. ¡No me acordaba, pendejo, hasta ahorita!

Medias es un juego en donde cada media hora el primero que se acuerde agarra descuidado al otro y le pega en el brazo. Para lograr inmunidad se debe alzar el dedo pulgar.

—¿Cuánto vas tú? —le pregunta Rodrigo después de sobarse el brazo.

—¡Adivina, güey! ¡Adivina! —pero sin esperar a los cálculos de Rodrigo, Sergio empieza a hacer los suyos con semblante meditabundo aunque en voz alta—. Fueron 40, 40 y 50. ¡Llevooooo... 130! 50 que llevaba primero, 40 que me hice acá, 40 de acá y de allá.

—¡Ya me vas ganando!

—¿Cuánto vas tú?

—50.

—¡Ahorita! Si hace rato ibas más.

—¡Culera, ven pa' aca! —se escucha que un señor bodeguero le grita a una muchacha que vende gelatinas.

Súbitamente, un señor de peinado militar, chamarra y pantalón de mezclilla azul, que está en la bodega más próxima al puesto de tacos, le grita a Sergio:

—¡Échale, chavito!

Sergio se despide rápido de su primo con un deslice de palmas y choque de nudillos. Emocionado piensa: “Ya agarré viaje y ya la voy a hacer, completar mis 200 para irme”. Carga una caja de pepinos, otra de guayabas y una bolsa de plástico repleta de epazote y cilantro. Trata de acomodar bien la carga para que no se le caiga de nuevo.

—¡Va a ser para acá! —le dice el señor señalando hacia el cuarto pasillo de la OP.

—¡Sí hay naranjas, jefe! —le ofrece un vendedor, a manera de informe, al patrón.

Se detienen en la P-238. El patrón entra a la bodega a pedir una caja de aguacate. Sergio espera con las manos dentro de las bolsas de su pantalón. Por fin le ordenan subir la caja para irse. El señor camina veloz comparando precios. En una bodega pregunta sin detenerse:

—¿A cómo la mandarina?

—Cincuenta la caja.

No se anima y le dice a Sergio:

—Quiero mandarinas, pero hasta la MN, porque donde pregunté están muy feas, muy aplastadas.

Para ingresar al andén de la M hay que pasar por un lugar estrecho donde tres jóvenes y un señor están pelando cañas.

—¿Si puedes pasar por aquí? —le pregunta el señor.

Sergio asiente con la cabeza.

—¡Pues jálale!

La basura de las cañas provoca que las llantas del diablo se atoren un poco. El patrón se detiene a preguntar precios en una bodega. Sergio se estaciona

junto a un montón de cajas estivadas de lima. Entonces, un señor de aspecto siniestro, de largo cabello despeinado, tez oscura y un visible diente plateado, le dice:

—¡Hey muchacho, aquí es la pasada, no dejas pasar! ¿A dónde vas a cargar?

Cohibido, Sergio señala hacia la bodega contigua, la M-177, donde se encuentra el patrón.

—¡Si vas a cargar allá, pus vete para allá!

Lo curioso es que en ningún lado parece haber sitio para estacionar el diablo. ¡Todo está terriblemente lleno! ¡Ya no hay espacio ni para un alfiler!

—¡Dulces! ¡Chicles! ¡Cigarros! —pasa ofreciendo un señor de peinado al estilo Benito Juárez.

Por fortuna, el patrón sale casi enseguida y le ordena a Sergio que cargue una caja de mandarinas. El aroma frutal envuelve el ambiente. Más adelante el señor se detiene en otra bodega y pregunta por los plátanos. Mientras acuerda el precio, Sergio se abstrae observando cómo un trabajador empuja naranjas desde la puerta trasera de un torton, haciendo que giren una a una por la marimba* con dirección a un contenedor subterráneo. El señor lo arranca de su embeleso pasándole una caja de plátano y otra de naranja, para luego decirle:

—Vamos por un taxi.

Una vez que se encuentran en la avenida Vialidad del quinto pasillo, el patrón le hace la parada a un taxi para que Sergio suba la mercancía; luego le entrega dos billetes de 20 pesos y se va. Sergio se queda enredando su lazo en el mango derecho del diablo. Listo. Decide ir a buscar a su papá, pues parece que también es su hora de irse.

En el camino se encuentra con otro primo y le da el característico golpe en el brazo para luego elevar el pulgar.

—¡Medias!

—¿Qué haces, *Gordito*? —le pregunta uno de sus tíos mientras le da una palmada de afecto en el hombro.

* Estructura rectangular de tubos muy largos.

—Aquí —responde Sergio sin detenerse.

Éstos son sólo dos de los muchos familiares de Sergio que trabajan de diableros en la CEDA, otros más son pepenadores.

—¡Ya ni hablas, culero! —le espeta Sergio a un muchacho de su edad que espera viaje, junto a otros, sentado sobre su diablo en medio del pasillo.

Más adelante, un señor sonriente, que viste pantalón negro, playera morada y babero gastado, come tacos al pastor en uno de los puestos que abundan en las esquinas de cada pasillo. Cuando el hombre advierte a Sergio se le dibuja una expresión de alegría mientras piensa: “¡Ahí viene mi hijo!”. Es consciente de la gran ayuda que representan sus hijos. Y aunque todos estudian, los dos varones se dan un tiempo para el trabajo, porque su sueño es poder acabar de construir su casa. Cada mañana los motiva diciéndoles en su lengua madre, el mazahua: *Randame a las 4 rama pefi para quera ju merio porque nistago para que ra otii nungumu porque mara enu ñieve ran guichi amvooo y ñari ju merio.**

—¡Ya apá! —le informa Sergio mientras estaciona su diablo.

Su papá le ofrece tacos, pero Sergio le dice que no tiene ganas. Con su papá está su hermano Venancio de 13 años y su primo Rodrigo, con el que ya había platicado. Venancio se parece a Sergio, aunque es delgado, sufre un leve estrabismo y le sobresale un diente que crece sobre otro; viste pantalón azul, suéter gris con una franja negra en los costados de las mangas y el tradicional babero de mezclilla. Es muy alegre, bromista y platicador.

—Él es mi monstruo —le dice Venancio a Sergio señalando a Rodrigo—. Me hace los mandados. Y tú eres *El Súper Porki, El Supertragones*.

—Y tú eres homosexual —se defiende Sergio.

Venancio le quita la gorra a su primo y se echa a correr con la intención de ser perseguido. Por momentos acerca la gorra a su primo y luego la eleva imitando las suertes de un torero: “¡Olé! ¡Olé!”

* “Al rato a las 4 vamos a ir a trabajar para traer dinero, porque lo necesitamos para construir la casa, porque si llueve va a gotear mucho adentro del cuarto y no tenemos dinero”. Cabe señalar que aunque el papá de Sergio no sabe escribir muy bien, amablemente accedió a hacerlo, ya que a mí me resultó imposible transcribir el mazahua cuando lo hablaba.

—¡Veinticinco centavos por la gorra! —grita Venancio como si fuese un vendedor.

Rodrigo lo alcanza y empiezan las luchas. ¡Rodrigo amaga a Venancio por la espalda! ¡Le hace manita de puerco! ¡Aprovecha la inmovilidad de Venancio para recuperar su gorra! ¡Lo remata con una ráfaga de golpes en la cabeza!

—¡No, no, no se valió! ¡Cálmate, cálmate! —¡Pide Venancio en tono de compasión!

—¡No seas gallina! —¡Le responde Rodrigo inflexible mientras le propina dos espectaculares patadas en las piernas!— ¡Puah, puah!

¡Los dos caen, pero Rodrigo lo hace encima de Venancio! ¡El primero mantiene amagada la cabeza del segundo en forma de llave! ¡Rodrigo aprieta fuertemente! ¡Ambos recuerdan aquellas encarnizadas peleas entre el legendario Santo, *El Enmascarado de Plata*, y su archirival Blue Demon!

—¡Espérate! ¡Espérate! ¡Deja me levanto! ¡Deja me levanto! ¿No?

¡Rodrigo no hace caso a las peticiones de tregua y coloca la columna del adversario sobre su rodilla mientras dobla pelvis y cuello! ¡El castigo parece inhumano! ¡El dolor debe ser insoportable!

—¡Me rindo! ¡Ya me rindo! —¡Grita Venancio!— ¡Ya... ya ve por un taco, ve por un taco, te lo discuto! —¡Ofrece con tal de que Rodrigo ponga fin al castigo!

—¡No quiero un taco!

—¡Ni porque te lo estoy disparando!

Después de un rato de tortura, Rodrigo por fin deja que Venancio se levante. Éste ve a un policía, lo señala y dice:

—Yo voy a ser policía de grande.

(Rodrigo, Sergio y su papá se ríen: “¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¿Hablo en f? —pregunta Venancio sonriente.

—A ver —dice Rodrigo.

De pronto, Venancio empieza con una extraña repetición de palabras a un ritmo vertiginoso:

—Efel efes ufun mefensofo.

—¿Qué dijiste? —pregunta Sergio.

—Que él —señala a Rodrigo— es un menso que ni siquiera hace nada y llega a las tres de la mañana y ahorita apenas lleva 50 pesos. Y quiere que le compre unos tacos de salchicha y de longaniza y una torta. ¿Verdad?

(“¡Ja, ja, ja, ja!”) Rodrigo le enseña la lengua.

—Les voy a contar un chiste —anuncia Venancio—. Un borrachito va pasando por la iglesia, n’tóns le dice Jesús: “Si me quitas un clavo te daré oro”. El borrachito se va limpiándose los ojos y dice: “Estoy imaginando o ¿qué?”. De regreso, le dice Jesús: “Si me quitas dos clavos te convertiré todo lo que tu quieras en oro”. Y n’tóns el borrachito le dice: “¿Y si te quito tres?” “¡Me caigo pendejo!”.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Ya *Burrancio*, cállate! —le dice Rodrigo a Venancio.

—En mi casa, un chavo también me dice *Zorrillo* —dice Venancio— en la escuela me dicen *Avatar*. A Sergio le dicen *Gordo*, *Cholo*, *Benito Bodoque* y *Porki*.

—A ti te dicen *El Querrequetazo* —le dice Rodrigo.

Su papá les indica que ya se vayan a entregar los diablos al sector que se ubica frente al Albergue para Niños y Adolescentes de la Central de Abasto. Ahí los diableros gozan de *lockers*, baños, regaderas y colchonetas por si alguien quiere quedarse a dormir. También les dan despensa de fin de año, o si lo prefieren una grabadora o una televisión en blanco y negro. El costo del servicio es de 13 pesos diarios. En ese sector son privilegiados, pues otros no cuentan ni con la mitad de estos beneficios. Además tienen una credencial que les sirve para identificarse con los inspectores, conocidos como los de Administración; pues si no la portan les quitan el diablo y tienen que pagar una multa para que se los devuelvan.

Los cuatro avanzan en fila. Hasta adelante va el señor, le sigue Sergio, luego Venancio y al último Rodrigo. Durante el trayecto, Venancio y Rodrigo se avientan los tomates, papas o calabazas que encuentran a su paso. Llegan a un lugar, entre el cuarto y quinto pasillo de la OP, en donde hay un grupo como de 20 diableros apodados *Los Querreques*. Muchos esperan a cargar y otros se quedan ahí un rato antes de irse a su casa.

—¿Ya, *Querrequebebé*? —le pregunta a Venancio un señor musculoso de chaleco rojo, a quien llaman *El Toluco*, mientras se empina una lata de Coca-Cola para luego morder su torta de tamal de mole.

—Móchate con un cacho —le pide Venancio.

El Toluco le acerca la torta a la boca para que Venancio le muerda.

Todos ríen animados. Los más grandes forman un grupo y los chicos otro. Platican sobre cómo les fue en la jornada. También hacen chistes tomando de conejillo de indias a cualquiera.

Sergio, por su lado, le aprieta las mejillas a un niño a quien apodan *El Querrequetortas*.

—¡Lo quiere besar! —se burla Venancio.

—¡Ya, pinche Sergio puto! —dice *El Querrequetortas*.

—Me lo chupas —Sergio se agarra el pene.

Mientras los niños juegan luchas o medias, los más grandes se distraen con los famosos *chapulinazos*, los *coscorriones** o golpeándose las nalgas con tablas. No falta a quien se le haga algún chichón o a los que se les hinchen un poco las posaderas.

—¡Ya este güey...ya va a seguir fregando el hijo de la verga! —dice un señor, a quien apodan *El Brujo*, sobre un joven que le dio un coscorrón.

Después de un rato, Sergio, su papá, su hermano y su primo se despiden y se alejan hacia la salida del quinto pasillo de la OP. Los tres adolescentes compiten en carreras de diablos. Antes de cruzar la avenida Vialidad del quinto pasillo su papá les grita:

—¡Fíjense de los carros!

Ya sobre la banqueta, se disponen a distraerse con un juego que su papá les enseñó, y que a éste a la vez le mostró el suyo cuando también lo trajo a la CEDA. Venancio viaja sobre un diablo casi acostado que tiene sujetos los mangos en los huecos de otro, en posición diagonal, que sostiene de la parte superior. Atrás, Sergio empuja con su diablo para lograr mayor impulso en la

* Los *chapulinazos* consisten en pegar con las puntas de los dedos en la frente. Los *coscorriones* es como tronar los dedos, sólo que el dedo medio va a parar en la cabeza o la frente con todo el impulso generado con el chistar del dedo pulgar.

bajada. La alegría de Venancio parece incrementar en la misma proporción en que lo hace la velocidad de aquel juguete improvisado.

—¡Me toca! —pide Sergio con ojos llenos del deseo de aventuras y diversión, como cualquier niño de su edad.

María (pepenadora)

SÁBADO/22/12/07

“No sé cuando nací porque no tengo mi acta siquiera, pero me llamo María de la Luz Mendoza Cerón, soy de Puebla y desde recién nacida me vine para México. Mis papás ya fallecieron. Tengo cinco hermanos: dos medios hermanos y tres hermanos, hermanos. Son tres mujeres y dos varones. Vivo en el predio Molino del Frente Popular Francisco Villa, en Iztapalapa.

De mi infancia recuerdo que siempre ha sido sufrir, pues mi mamá no tenía dinero y se iba a trabajar. Nomás fui a segundo año de primaria. Mi mamá me sacó de la escuela porque, como yo era la más grande, me tocaba cuidar a mis hermanos. Mi papá no trabajaba y tomaba mucho. Cuando llegaba borracho le pegaba a mi mamá hasta dejarla moreteada. Un día me empeñó por un jarro de pulque cuando yo tenía seis años; lloré mucho, pero en la noche mi mamá fue por mí. Luego se separaron y ya no supimos nada de él.

Después mi mamá se encontró a otro señor del que son los dos medios hermanos que tengo. Todos respetábamos al señor como papá, porque fue muy buena gente con nosotros. Cuando mi mamá cayó en el vicio del alcohol, él nos cuidó. Pero como mi mamá se desaparecía por días, acabaron por dejarse.

Cuando crecí más, mi mamá me metió a trabajar en una casa. Ahí lavaba trastos y trapeaba, pero cada mes ella era la que iba a cobrar. Un día, como la señora me dejaba encerrada, me escapé por una ventana. Me fui con una tía a Iztacalco, por Xola. Me llevé a mis hermanos. Yo ya tenía 10 años. Mucha gente tiraba comida en bolsas de plástico y yo las juntaba para darles de comer a mis

hermanos. También recogía cosas en el Mercado de Jamaica y puse un puestecito de fruta con chile.

Un día me fastidié y me casé cuando apenas iba a cumplir 15 años. Tuve cinco hijos con él. Pero mi marido empezó a tomar cuando conoció a mi mamá y a mi otro padrastro. Además de que me golpeaba y dejó de darme gasto. Cuando iban a verme mis hermanas, las corría. ¡Era bien malo! La misma vida de mi mamá ya la llevaba yo y mejor me separé.

Después me metí a trabajar aquí en la Central de Abasto como en 1984. Trabajaba en traspalear jitomate, pelar tomate, en la cebolla y luego empecé a recoger cosas. Traía a mi hija la más chiquita que tenía tres años, porque los demás niños, como ya eran más grandecitos, decidieron ante un juzgado quedarse con su papá. Aquí conocí a mi segundo esposo. Tiene 38 años y yo por ahí de 53. Ya llevamos juntos como unos 23 años. Con él tengo tres hijos. Uno de ellos estudia tercero de secundaria y los otros dos se salieron del Bachillerés para ayudarme con el gasto de la casa.

Mi esposo siempre que llega es a pegarme. Ahorita uno de sus amigos ya le consiguió a una señora que le ayuda en su puesto de verduras del tianguis. Esta última vez discutimos por chismes. Sí, porque los mismos vecinos iban y me decían: 'Está bien juntito en el puesto con la fulana'. Estábamos bien unidos, pero no falta quien se meta. Por eso puse un hasta aquí. Le dije: 'Es mejor separarnos'. Entonces se fue a vivir a otro módulo que tenemos.

Vengo a recoger a la Central dos veces por semana, porque también tengo que lavar ropa ajena. Cuando recogemos luego sí hay buenas personas. Vamos a suponer: si traen cosas y uno las pide hay quien sí las da, pero hay otros que cuando está uno adentro del contenedor recogiendo, van y las avientan encima. En las bodegas no recojo porque luego te dicen: 'Oye ¿no tienes una hermana?', o los mismos señores quieren que te vallas a acostar con ellos.

De los que recogen hay quien tiene puestecito. La otra semana que vine tiraron muchas calabacitas y una señora tenía cinco cajas y le dije: 'Señora ¿no me regala unas calabazas?' Y me dice: 'No, es que las junté y la verdad yo vendo'. Unos aquí mismo juntan y venden, pero yo creo que también tienen un permiso.

Yo nomás les vendo a las vecinas de mi casa. Antes las autoridades nos molestaban y nos quitaban las cosas, pero ahora ya no... ¡Tiraron reteartas uvas!"

Dos señores acaban de vaciar algunos botes con uvas y manzanas maltratadas en un contenedor verde ubicado en el segundo andén de la KL. El contenedor es una estructura rectangular de fierro grueso, que mide alrededor de cinco metros de largo, tres de ancho y dos de profundidad. Ahí los trabajadores de la CEDA tiran la basura y muchos productos perecederos que ya están aplastados o descompuestos. Se pueden encontrar todo tipo de verduras, frutas y legumbres, depende de la temporada del año. Por lo regular se llenan primero de la parte de atrás, que da al andén, para que así resulte más práctico escoger y pocas veces sea necesario meterse.

Muchos pepenadores o *marías** escogen en la orilla del contenedor. Llevan consigo botes, bolsas, arpillas, cajas o bandejas para echar lo que juntan. Hay quienes conversan en grupos, pues la mayoría de los pepenadores vienen con familiares, pero también se ve a muchos otros solos. Es inevitable recordar el documental francés *Los cosechadores y yo* de Agnès Varda.

María se coloca junto a una *Señora de Pantalón Café* y babero blanco, a quien conoce y que también viene sola, e intenta iniciar la plática:

—Nomás que luego hay vidrios.

La señora está demasiado concentrada en su labor como para percatarse de que alguien le habla.

—¿Las acaban de venir a tirar, verdad? —insiste María.

—Sí —responde *La Señora de Pantalón Café*, luego de voltear a ver a María, reconocerla y alegrarse por su presencia.

María mide como metro y medio de estatura, es robusta, de tez morena, cabello chino que recoge con un prendedor; viste pantalón azul de tela delgada, blusa blanca, babero verde a cuadros y zapatos café; de sus oídos penden unos aretes blancos y de su mano izquierda sobresale su anillo de compromiso.

—¿Qué deseo va a pedir de año nuevo? —le pregunta *La Señora de Pantalón Café*, a propósito de las uvas.

* Llamadas así quizá porque antes casi todas eran mujeres y hablaban algún dialecto indígena.

—¡Que mi esposo se vaya de una vez! —responde María sonriente—. Y ¿usted?

—¿Yo? Pus a ver qué de todo, yo todavía lo quiero retener otro ratito al mío...

—¡Ay, sí! —interviene otra *Señora de Pants Rosa*, babero azul y cabello cano.

(“¡Ja, ja, ja, ja!” . Las tres sueltan la carcajada)

—Un año más a ver cómo nos va —continúa *La Señora de Pantalón Café*—, hay la lleva, hay la lleva.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

María va al pasillo del contenedor* a dejar una bolsa con uvas junto a su carrito de mandado, y trae un bote para vaciar las manzanas.

—Sí hay mucha —le dice *La Señora de Pantalón Café* refiriéndose a la manzana.

—Sí, orita una señora llevaba tres cajas —dice María—. Éstas las tiran nomás porque unas están picaditas.

—¡Sí! En la caja se les pudren. N’tóns, o las prefieren no escoger o no hay empleados o van y las tiran a la basura.

—¡Ajá! Orita está buena, pero luego tiran la que ya ni sirve naaada.

—Es que a éstas ellos ya le sacaron ganancia —comenta *La Señora de Pants Rosa*—. “Bien vendidos o bien podridos”, dicen. Suponiendo las manzanas, miren —les enseña una que tiene un lado café oscuro podrido— prefieren tirarlas en lugar de dar barato.

—Sí —reafirma María— pero con éstas se hace la ensalada de manzana.

—Pus yo le estoy quitando un pedacito aquí de una vez —dice *La Señora de Pants Rosa* mientras con un cuchillo le corta la parte podrida.

—Pero con las paaasas y la creema, ya se hacen su ensalada —dice María riéndose.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

* Pasaje parecido a una larga bodega, que comunica los andenes con los pasillos y que se ubican en la parte media de cada uno de éstos.

—¡Ya! —dice *La Señora de Pantalón Café* para anunciar que terminó por hoy, mientras agarra sus dos bolsas de mercancía.

—¿Ya? —le pregunta María.

—Ya. ¡Hasta luego!

—¡Nos vemos, señora! —le dice María volteando a verla mientras se aleja.

En el contenedor, además de uvas y manzanas, también hay cañas y tejocotes. Si alguien pusiese atención a todo lo que contiene se encontraría con envases de Jumex, sustituto de crema, leche Alpura Clásica 2000, Gatorade, cajas de Zucaritas, una bolsa negra con papel de baño y toallas sanitarias, cartón, vasos de unicel, lasos, periódicos, costales repletos de más basura, bolsas de plástico, papas, pepinos, hojas de lechugas, chiles secos, berenjenas, aguacates, hierbabuena, cáscaras de naranja y tomate, zumo de zanahorias y betabel, etcéeeeeeeeeeeeeetera... ¡Ah! Y hasta una chamarra vieja y rota del equipo de los Packers, una rata y una enorme araña.

Aunque las manzanas ya están escogidas, las mujeres buscan y buscan con la esperanza de encontrar alguna en buen estado mientras traen las demás. María, por su parte, prefiere escoger cañas.

—Ahorita está viniendo a tirar más el muchacho, ma —le dice una *Muchacha de Sudadera Morada* y pantalón rojo a su mamá, refiriéndose a las manzanas.

—¿Está trayendo más? —le pregunta su mamá, quien porta un largo suéter anaranjado de botones al frente.

—¡Ajá! Este...hace un ratito ahí estaba un mucha...

—Oye —la corta su mamá— mejor me voy yo y te quedas tú ¿no?

—Ahorita viene el muchacho con más. Cada media hora viene. ¿Para qué me quieres dejar aquí?

—Mejor me voy por unos romeritos por allá —la mamá señala con la cabeza en dirección a otro pasillo— que dicen que están buenos.

—¡Ah, sí!

—Oye ¿te quedas? —le pregunta su mamá.

—Sí —le responde su hija— éstas todavía están más o menos... para agarrar más ¿no, ma? Porque —agarra una manzana y una caña— quiero una ensalada...quiero ponche... ¿Qué más? —Busca con la mirada.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Ah! bueno —le dice su mamá y se va.

—¡Quiere ponche y ensalada! —dice María sonriente.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¿Irán todavía a traer más? —le pregunta María a *La Muchacha de Sudadera Morada*.

—Sí, cada media hora, cada media hora.

—No, es que ésta ya está muy escogida, ya no —se queja María.

En ese instante llega un *Muchacho de Gorra* cargando dos cubetas con uvas. Le hacen espacio para que las vacíe en el contenedor.

—Ésta si llegó buena —dice María—. Éstas con harta agua y unas gotitas de cloro.

Se hace un silencio sepulcral. Cada quien permanece concentrado en escoger las mejores uvas. Sólo se escucha el sonido húmedo de las manos al sumergirse en el montón de fruta, el ¡frufú! del roce de la ropa, el crujido de las bolsas de plástico, el ¡ruuuuuuuuum! de los carros, el ¡splash! de los neumáticos mientras caen en algún bache con agua, y los gritos de los vendedores: “¡Pásele, pásele por este lado!”. María decide romper el silencio y le pregunta a *La Señora de Pants Rosa*:

—¿Verdad que están bien buenas?

—Sí. No tienen semilla, es de la que le llaman la Globo.

Cuando María ve que la mercancía está en buenas condiciones, la primera idea que acude a su mente es vender, luego se dice: “Es una bendición, Dios no nos deja morir de hambre”. Sin embargo, muchas veces, a pesar de no obtener ganancia, decide regalarles a las vecinas de lo que recoge.

—Mi hijo me dice: “Ay mamá, eres bien tonta porque en lugar de que te las lleses a juntar”. ¡Pero no quieren! Ya había agarrado una vecina que siempre: “¿Me regalas una cebolla? ¿Me regalas jitomate?” Le tuve que decir: “No. Ahora

ya no”. Pus es que yo les estoy diciendo que vengan, pero son huevonas, prefieren estar ahí sin comer.

—Nooo... Peladito y a la boca. ¿No? —dice *La Muchacha de Sudadera Morada*.

Llega de nuevo *El Muchacho de Gorra* con dos cubetas repletas de uvas y, en lugar de vaciarlas en el contenedor, las tira en el suelo sin avisar. Las uvas se llenan del lodo que se forma con la tierra de las papas cuando las lavan y que también tiran aquí.

—¿Ahí está mi bolsa, no seño? —le pregunta *La Señora de Pants Rosa* a María.

María hace gesto de que no sabe. Se coloca a su lado una *Anciana de Pañoleta Café* y cabello blanco, de largo suéter azul, pants negro y falda roja que le llega debajo de las rodillas. María le pregunta:

—¿Ahora sí están sacando mucho?

—Como no hay venta —responde con voz lenta y rasposa *La Anciana de Pañoleta Café*.

—Agarro de éstas, aunque ya no lleve jitomate —dice María riéndose.

—¡Ay! no sea mala, deme esa bolsita ¿no? —le pide *La Anciana de Pañoleta Café* a María, en busca de algo para vaciar sus uvas.

—¡No, es mía, es mía! La acabo de poner aquí —le responde una *Señora de Pantalón de Mezclilla* azul y suéter negro con rayas rosas y amarillas, quien sostiene un cuchillo para quitarle las partes podridas a la fruta.

—¡Seño! ¿No hay una bolsa que me dé? —le pregunta *La Anciana de Pañoleta Café* a María.

—Es que “viera” abierto el otro que tenía —le contesta María refiriéndose a un costal que *La Anciana de Pañoleta Café* guardó junto a su demás mercancía.

—Oiga seño, présteme su cajita y ahorita se la doy —le dice *La Anciana de Pañoleta Café* a *La Señora de Pants Rosa*— ¿sí?

—No, porque la voy a ocupar.

Desde lejos del andén, se acercan hacia el contenedor dos jóvenes que cargan cuatro botes con manzanas. En los andenes no sólo se descargan los

camiones, también se vende por mayoreo, contrario a los pasillos donde por lo regular es por kilo. En la bodega más próxima al contenedor, los trabajadores, mientras esperan clientes, se distraen aventándose cosas, vacilando a las muchachas que pasan, pegándose en la cabeza, *torteándose** o echando bolados. Sus risas, los festejos o las protestas suenan estrepitosamente.

—¡Aguas, jefas! —advierde a las pepenadoras uno de los muchachos, de *Babero Azul* y pantalón de mezclilla negro, que trae manzanas.

—¡Aguas! ¡Aguas! ¡Aguas! ¡Aguas! ¡Aguas! —grita fuertemente el otro que viste *Sudadera de Gorro* y pants negro.

—¡Ahí están las manzanas! —dice visiblemente contenta *La Anciana de Pañoleta Café*.

—¿Dónde la tiro? —les pregunta *El Muchacho de Sudadera de Gorro* al momento de estacionar el diablo.

—¡Aquí déjala! ¡Aquí déjala! —le pide *La Anciana de Pañoleta Café* en tono de súplica—. ¡Por favor aquí!

Pero *El Muchacho de Sudadera de Gorro* vacía los botes en la esquina contraria a donde se encuentra *La Anciana de Pañoleta Café*, por lo que ésta le reprocha:

—¡Ay señor, aquíii!

—¡Ooooh! —rezonga enojado *El Muchacho de Sudadera de Gorro*— ¡Pus si es iguaaaal señoraaaa! ¡No se enojeeee! ¡Chingaaaa! ¿Pus ora?

El Muchacho de Sudadera de Gorro intercambia algunas palabras, que no se pueden escuchar, con *La Señora de Pantalón de Mezclilla*. Pero por los gestos se adivina que se trata de una breve discusión.

—¡Limosneras! —les grita *El Muchacho de Sudadera de Gorro* cuando se aleja.

Mientras, *La Anciana de la Pañoleta Café* vacía sus uvas en un recipiente cilíndrico de palma, de los que comúnmente utilizan para fresas, e intenta meterlo en un costal.

—Mejor debería buscar una cajita porque no va a entrar —le advierte María.

* Agarrarse las nalgas con las palmas de las manos.

—¿Eh?

—¡Que mejor busque una caja! ¡Luego ahí hay tiradas!

Pero no hace caso. Después de unos minutos y mucho esfuerzo, por fin consigue su cometido.

—Si hasta se enojó orita uno de los que trajo las uvas —dice María.

—¡Síiii! —exclama *La Anciana de Pañoleta Café*.

—¿Qué le dijo? —le pregunta María a *La Señora de Pantalón de Mezclilla*.

—“¡Hágase a un lado porque voy!”, me dice y me empuja. “Yo también voy”, le digo. ¡A chinga, por qué me va a aventar! Se creen dueños o qué onda, no saben cargar o qué.

—Es como usted le dijo: “Es su trabajo” —le dice María.

—Sí, por eso yo los mandé mucho a la fregada —dice *La Señora de Pantalón de Mezclilla* con el seño fruncido y visiblemente indignada—. ¡No les estoy pidiendo nada! Por eso venimos aquí a juntar para que la gente no nos diga nada, porque luego en las bodegas hasta avientan cosas.

Se supone que existen organizaciones, como la Alianza de Pepenadores de Desperdicios Industriales Reciclables y Orgánicos del Distrito Federal, encargadas de que nadie les “diga nada”; pero en la práctica son muy pocos los afiliados, pues no se informa sobre la existencia de la organización.

—No sea malita, ahí le encargo —le pide *La Anciana de Pañoleta Café* a María— voy a buscar una cajita. ¡Orita vengo!

La Anciana de Pañoleta Café se introduce, con el esfuerzo propio de sus aproximadamente 80 años, a buscar en el contenedor una caja más para sus uvas, pero no encuentra nada. Después inspecciona entre la basura que hay bajo los trailers. Luego de unos minutos regresa con otro latoso recipiente de palma. Vacía ahí sus uvas y de nuevo intenta meter el recipiente en un costal.

—Se va a atorar mucho con eso —le dice María—. Otra vez le va a dar mucho trabajo.

Pero *La Anciana de Pañoleta Café* vuelve a insistir y luego de unos minutos de batallar con la lógica, le anuncia con gesto triunfal a María:

—Ya quedó. Y así no se maltrata ¿no? Ora sí nomás voy a juntar otras.

—¡No me pasa aquella bolsa! —le pide *La Señora de Pants Rosa* a *La Anciana de Pañoleta Café*.

—¡Esa es mía! —dice *La Señora de Pantalón de Mezclilla* a la defensiva, quizá pensando que desde hace rato le quieren quitar sus cosas.

—¿Qué... dice?! ¡Ya me encontré una bolsa llena de uvas! —comenta burlona María.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Qué fregona, eh! —dice *La Señora de Pantalón de Mezclilla*.

—Sí pus vi la bolsita y pus...vi la oportunidad fácil —dice *La Señora de Pants Rosa* bromeando sobre el incidente.

—No me da mi bolsa de manzanas —le pide *La Anciana de Pañoleta Café* a María.

María se la facilita.

—¡Gracias! —dice, y se va.

Mientras se aleja, llega un muchacho de bermuda verde, gorra y mochila en la espalda, que se mete al contenedor a escoger también.

Después de un rato, María lleva su mercancía a una esquina del pasillo del contenedor. Luego va a buscar una caja bajo los trailers y de paso recoge un tomate que encuentra tirado. Curiosamente hay un pequeño gato hambriento que busca comida en el mismo lugar; entre los charcos de lodo, hules, botellas de Coca-Cola llenas de orines, fruta podrida, papel usado, costales, cartón, envolturas de donas Bimbo... El ¡zzzzzzzzzzzzzz! de las moscas resulta atronador y el olor es indescriptible.

María llega al pasillo del contenedor con una pequeña caja de cartón. La coloca en el suelo junto a su carrito de mercado, un trapo, un cuchillo y toda la mercancía que juntó: dos papayas, uvas, romeros, mandarinas, naranjas, manzanas, limones, tomates y cañas. Le pide un cono de cartón para huevo a una señora que tiene varias filas apiladas. Luego forra la base y las paredes de su carrito para, ahora sí, empezar a limpiar y acomodar. Mientras limpia, un policía pasa junto a ella, ve el cuchillo y le dice sin detenerse:

—Guardé su cuchillo porque en la mañana acaba de haber un muertito.

María lo ve de reajo, envuelve su cuchillo en un trapo y lo guarda. El policía se refiere al asesinato de ayer por la noche del indigente Eloy Medina Cruz, de 50 años, quien recibió tres puñaladas en el abdomen y fue encontrado en el pabellón ubicado entre Subasta y la avenida Vialidad del quinto pasillo, a la altura de la MN. Pero se le olvidó mencionar que días antes, la madrugada del 14 de diciembre, también hubo otro muerto en el cuarto pasillo de la OP, cuando el diablero Sotero Alfonso, apodado *El Chupes*, intentó asaltar a un comprador, Apolonio Flores Martínez, y le disparó con un revólver 38 especial. Su cómplice era el pepenador Gerardo Villegas Sabino. Curiosamente la pistola se la compró a un trailerero en dos mil pesos.

Una vez que María termina de acomodar sus cosas, agarra su carrito y le dice a *La Señora de Pantalón de Mezclilla*:

—Voy a la QR por jitomate.

Durante el trayecto recoge un chile habanero. Cuando llega al otro contenedor, en lugar de toparse con lo que esperaba, se encuentra con un poco de aguacate. Sólo hay una señora comiendo un aguacate encima del montón de basura del contenedor.

—¿Está bueno? —le pregunta María.

—¡Está bueno!

Después de recoger cuatro aguacates, María decide que ya es hora de irse. Parte un limón, lo exprime en las palmas de sus manos y las lava como si fuese agua. Se sacude la ropa, limpia sus zapatos con un periódico y se quita el babero. Lista para irse. Agarra su carrito y emprende la marcha.

María camina anclada en sus pensamientos, quizás ansiando llegar a casa para ver a sus hijos o vender lo que juntó, o más probablemente, soñando que su marido por fin la valora de nuevo para que vuelvan a estar como antes: enamorados y todos “unidos”. Cuando pasa por un puesto de CD’S, ubicado en la joroba del puente de la QR que comunica con la base de microbuses hacia la que se dirige, suena la canción *Aliado del tiempo* de Mariano Barba:

No encontraba la manera de hacerte extensos,

*todos mis deseos y mis más bellos sueños.
No sabía cómo decirte cosas hermosas
y por eso te lo digo en esta canción.
¡Te amoooo!
y espero que también tú sientas lo mismooo
que necesites para vivir mis besos...*

Joaquín (camionero)

LUNES/24/12/07

“Me llamo Joaquín Torres Bravo y me dicen *Rencoroso*. Nací el 26 de agosto de 1965 en Xicotepec de Juárez, Puebla. Mi mamá se llama Paulina Hernández y mi papá Concepción Torres. Tengo nueve hermanos y somos de familia acomodada, bien acomodada pa’ que quepan, si no, no caben. Todos vivimos en Puebla.

Estudí hasta cuarto de primaria. Ahí jugaba con los chavos futbol. Era travieso como todos. A veces les jalaba la falda a las chamacas y ellas me correteaban o me acusaban con la maestra. Cuando estaba en la primaria ya hacía trabajitos, como ir al mercado a ayudarles con las bolsas a las señoras o lavar algún carro. Mis papás ya no quisieron que fuera a la escuela.

Mi primer trabajo formal fue cargando costales de café, así empecé a andar con los camioneros. Ya tenía como 13 años. En el café no había hora de trabajo, porque llegan los camioneros en la noche o en el día y te dicen: ‘¿Qué, vamos a cargar?’. Y como estás chavo no se te hace nada cansado. Además de que trabajas, pero tienes en mente: ‘¡Voy a ser chofer! ¡Voy a ser chofer!’ ¡Y vas! ¡Y vas!

La primera vez que me dieron la oportunidad de agarrar un camión tenía 15 años. El señor que lo traía me dijo: 'Oye, tú ya has ido conmigo a varios fletes, ya puedes mover el camión aquí. Si te vas solo ¿irás a poder?' 'Sí, yo creo que sí'. Pensé: 'Ora sí ya voy a ser camionero'. Me vine despacio. Ahí iba solo por aquí y por allá. Llegué y descargué el ganado en un rastro de Ecatepec. Cuando iba de regreso me sentía chingón.

A los 19 años me junté con mi señora Yolanda Hernández. Me la robé. Como yo siempre lavaba el camión afuera de la casa del chofer en Xicotepec, la vieja pasaba y pasaba. Tenemos cinco hijas. Dos estudian en el Politécnico y rentan aquí en el Distrito Federal. Otra estudió para maestra en Tulancingo. Las más chicas están en la secundaria. Uno les dice: 'Échenle ganas pa' que mañana no sean como uno'.

Desde que llegué a la Central me ha tocado traer pura naranja. Voy por ella a Poza Rica, Papantla, Gutiérrez Zamora... Por estos viajes me están dando más o menos 600 pesos. Es poco, pero te acoplas. El otro día veía una entrevista en la televisión. Un campesino tenía seis hijos enfermos y ganaba mil 400 al mes. N'tóns le preguntan: 'Oye, ¿pero cómo es posible que vivan? no lo creo'. Pus no porque están acostumbrados a todo el billete. Ellos se gastan mil varos en un restaurante. Muchos pinches gobiernos que tenemos dicen: 'Oye que la pobreza', pero no saben lo que es ser pobre.

Todas las carreteras tienen sus aventuras. En una Semana Santa a una camioneta se le salió la llanta y se volteó, traía una familia, y todos los que venían estaban regados en la carretera llenos de sangre. Cuando pasé ayudamos entre varios camioneros a juntar a la gente. Yo pensé: 'No, pues pobre gente, sin saber que iban a sufrir un accidente.' También no falta quienes ven a uno y piden aventón, porque se les descompuso su carro o porque llevan el mismo rumbo que tú. A veces no los llevas porque se ven medio malandros.

Una vez un compañero le dio un *raid* a un muchacho. Nos habló por radio, porque nosotros veníamos en otro camión, y dijo: 'Acabo de levantar a un chavo que viene herido, dice que tuvo un accidente.' 'Orita vamos a un hospital.' Al poco rato le hablábamos por radio y ya no contestaba. Cuando llegamos a Tulancingo

que lo vamos a ver, estaba bien blanco. ‘¿Ora qué te pasó?’ ‘Es que el güey que venía conmigo ya no viene.’ ‘¿Cómo que ya no viene?!’ ‘No, conforme íbamos llegando se iba desapareciendo. Primero venía en lo oscuro y no le veía bien las piernas, después nomás quedaba su cabeza, luego ya no estuvo.’ ‘¿Cómo se va a desaparecer, estás loco o vienes mariguano?’ ‘¡No, por Dios!’ ‘Oye y... ¿qué...?’ ‘No pus aquí está una tarjeta que me dio.’ ‘¡Hijo de la chingada! A ver.’ Un compañero habló por teléfono y le contestó una señora: ‘¡Ay señor! disculpe que mi hijo lo ande molestando, tiene cinco años que tuvo un accidente en esa parte y su alma todavía está penando.’

En la carretera también hay muchachas que nomás andan vendiendo amor. Van de faldita o de pantalón pegado o bien pintaditas; la cosa es que tienen que ir arregladas pa’ que le llamen la atención al cliente sino ¿cómo? Por tener una relación hay chamacas que cobran 100, 150, 200 o hasta 50 varos, dependiendo. Están en la orilla de la carretera, en paraderos o en gasolineras. Ellas solitas saben que si te estacionaste ‘este cliente quiere algo.’ N’tóns ya se acercan y te dicen: ‘¿Qué, no vas a querer?’ ‘Sí. ¿Cuánto?’ ‘150.’ ‘Ah pus órale’ o ‘no pus está muy caro, déjame en tanto.’ Es como en el mercado, hay regateo, hay regateo.

A veces nos aventamos varias horas sin dormir. Hay gente que aguanta una o dos noches y quien mejor se avienta un Red Bull. Otros se llevan un chile pa’ morderlo cuando se están durmiendo. Luego venden un vinito como crema, Cochumema le llaman; otros toman café con coca y limón; que chochos o un Sedalmerck, ‘te levanta porque te levanta.’ Hay cabrones que dicen: ‘No pus que yo traigo mota, güey’ o ‘vamos a echarnos unas chelitas o un perico’. Luego en la carretera venden que el peyote, que la chingada. Una vez nosotros tomamos de esa Dipamina para caballos: ‘No, pus chingón, ¿no?’. Yo ya no, como traigo el radio vengo echando desmadre y ¿cuál sueño?... que... ‘¡aguas que ahí está un bache!’ ‘¡Épale con este güey que va medio borracho o con aquel que va durmiendo!’ ‘¡Aguas porque ahí está un pinche maricón!’... Me hablan.”

—¿Qué dices *Chiquihuitl*? —pregunta Joaquín, quien es de tez morena, estatura baja y regordete, bigote y cabello cano; viste camisa color mamey de cuadros y manga corta, que abrocha apenas arriba de su protuberante abdomen,

pantalón caqui y botas café muy raspadas; en la mano derecha luce una gruesa esclava de plata.

—¡Que me invites un café, *Rencoroso!* —le repite un señor de bigote, que usa suéter café, pantalón *beige* y gorra gris.

—Pus vamos.

Caminan unos cuantos metros hasta un puesto de desayunos que se encuentra en el mismo andén que ellos, el cuarto, y *El Chiquihuil* le pide a la cafetera que atiende:

—Me da un café.

—¿Tiene tortas? —le pregunta Joaquín.

—No, pero se la mando a hacer —le responde la cafetera y manda a una muchacha a preparar dos tortas de jamón en una cocina ubicada al fondo del andén.

Los andenes de aquí, que son cinco, dan forma al Mercado de Subasta y Productores. Cada uno de ellos es una larga plataforma de concreto, de más de 200 metros de largo y seis de ancho, junto al que llegan a estacionarse los camiones por ambos lados. Sobre los andenes se erigen múltiples columnas verdes que sirven de soporte para los enormes techos metálicos en forma de medio punto que protegen del sol. En el cuarto andén, al que siempre llega Joaquín, sólo venden naranja.

—¿Cuánto le debo? —le pregunta Joaquín a la cafetera, luego de que ésta les da las tortas.

—Treinta y cuatro pesos.

Joaquín paga y ambos se alejan a desayunar junto a un torton rojo mientras esperan, quizá todo el día o hasta mañana, a que el coyote* venda la mercancía que trajeron.

La Subasta, como su nombre lo indica, es un mercado en donde se ofertan frutas, verduras y hortalizas. La operación completa, desde el lugar de origen, es la siguiente: cada camión tiene su dueño y el chofer es quien se dedica a buscar clientes que necesiten transportar su mercancía. Hay muchos que llaman por

* Intermediario que se encarga de conseguir quien compre la mercancía.

teléfono a los camioneros o van a un lugar especial, según la zona, en donde los encuentran estacionados. Los dueños del camión designan el precio que se va a cobrar por determinado viaje, ya que muchas veces hay que ir por la carga a distintos estados de la República. Al llegar a la Central, los choferes se estacionan en la Subasta con la defensa trasera pegada al andén y se reportan por teléfono con el cliente, mientras les marcan una de las puertas del camión con el nombre del coyote designado. Los compradores, que por lo regular son bodegueros, van a ver el producto y, si les convence, llegan a un acuerdo con los coyotes para después pasar al Servicio de Báscula y llevar la carga a las bodegas. Al final, el comprador le deposita al dueño de la carga en una cuenta bancaria y éste, a su vez, al del camión, hasta entonces le pagan al coyote y al camionero.

—Anoche ahí venías detrás de mí, ¿no? —le dice Joaquín a un señor, a quien apodan *El Chilaquil*, que se aproxima enfundado en una chamarra café de pana.

—Sí, ahí venía yo.

—¡Que trafical había! ¿Ve'a?

Chiflan y Joaquín dice:

—¡Te hablan, *Chilaquil*!

El Chilaquil se va con *El Chiquihuil*, mientras dos señores se acercan para ocupar su lugar. Uno de ellos, *El Potrillo*, de bigote y con el faldón de su camisa amarilla a cuadros por dentro de su pantalón azul; el otro, *El Chilacatrón*, es canoso, usa pantalón café, botas negras, playera blanca y sufre de abundante carnosidad en los ojos. Al fondo se advierte a una señora que vende billetes de lotería, un señor con su pequeña vitrina de gelatinas, un boleador empujando su carrito, a dos inspectores de Administración con sus *walkie-talkie* y a un muchacho que se encarga de lavar camiones.

—¿Qué *Chilacatrón*? ¿Ya descargaste? —pregunta Joaquín.

—Ya.

—¡Aquellos ya van a pesar! —dice Joaquín señalando a dos tortons que se acercan a la báscula frente al andén.

El Servicio de Báscula consta de largas estructuras metálicas con dos viguetas azules a los costados, en donde se estacionan los camiones para pesarlos. Hay semáforos para indicar su turno. En una caseta se encuentra el encargado de realizar la operación: a la suma total se le resta el peso, que ya se sabe, de cada camión para obtener sólo los kilos de la carga. Las tarifas por el servicio varían desde 15 pesos por las camionetas pick-up, hasta 25 por los trailers. La carga se pesa para que el comprador sepa si en realidad son los kilos que acordaron con el coyote, después, cuando se descarga, se verifica de nuevo. Los camiones se pueden clasificar en: rabón, que tiene un sólo eje; torton, de dos ejes; y el patín, de dos ejes, pero con una sola llanta atrás.

—¿Va a aplicar el no circula? —le pregunta Joaquín al *Potrillo*.

—Dicen que sí. Hoy no circulan las placas terminación cinco y seis —le responde *El Potrillo*.

—Anoche venía atrás de mí, venía un poquito duro —dice Joaquín, arrancando al *Chilacatrón* de su lectura de *La Prensa*.

—Venía marcando la aguja 80, 80 —responde *El Chilacatrón* refiriéndose a los kilómetros por hora.

—¡No, n'tóns yo venía como a 60, 70! —le dice Joaquín en tono de burla.

—Pus sí no venía muy duro.

—Primero venías tranquilo, tranquilo. Hasta dije: “Este viejito seguro ya viene durmiendo”.

—Pero después ¡tú te arrancaste duro! —le dice *El Chilacatrón*.

—Sí, ahí en ese tramo que viste sí porque está parejito como no sabe Dios. Pero yo te digo por radio: “¿No quieres cigarros?” “Nooo, yo no quiero nada”.

—Pus traía mi pancito.

—¡Eeeeh! ¡Se venía echando su chupirul! —dice Joaquín en referencia cifrada a algún tipo de droga para el sueño.

(*El Potrillo* y Joaquín se ríen: “¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡No, no! —dice *El Chilacatrón*.

—¿Qué tiene, eh? Dije: “¡Ora que chingados!”

—No, pus es que viniendo acá te da sueño, fácil te duermes.

—¡Arre aaaaaalacalacalaquí! ¡Nooo! Lo ponemos amarrado ahí —grita de pronto *El Potrillo*.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

En ese momento llega con ellos un muchacho de tez blanca, ojos vidriosos color miel, chamarra roja, pantalón azul de mezclilla, gorra blanca y botas café, a quien apodan *Piedroso*. Joaquín lo saluda con la cabeza y continúan la plática:

—Es que la licencia no me acuerdo dónde la dejé —dice *El Chilacatrón*.

—Ahí la traías —le indica *El Potrillo*.

—¡Nooo... güey! —le dice *El Chilacatrón*.

—¡Ya deja de estar comiendo puta verga chato! —le dice *El Piedroso* al *Chilacatrón* a una velocidad vertiginosa—. ¡Te está dando el Alzheimer! ¡Con esa madre quedas loco, se te olvidan las cosas! ¡Ya tómate unas pastillas!

—¡Andas perico, cabrón! ¡Te voy a dar pero corneta! —le dice *El Chilacatrón*—. ¡Más rápido te alivias!

—No, pus ya estás viejito —le dice *El Piedroso*.

—¡Peeendejo! —se defiende *El Chilacatrón*.

—Que ya no ande chupando eso —interviene *El Potrillo*.

—¿Quieres que te meta la verga?! —le pregunta *El Piedroso*.

—Miren, ese güey lleva una chamacona ahí dentro —dice Joaquín señalando un torton blanco que está en la báscula, en el que viaja un señor como de 60 años con una chica de aproximadamente 17 años.

—¡Ah cabrón hijo de la verga! —exclama *El Piedroso*.

—Es su novia —dice Joaquín satirizando.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—Ese güey ya tenía una allá en Mochis —les hace saber *El Potrillo*.

—¡Cómo le hace ese hijo de la verga, si está re araña el hijo de la verga! —dice *El Piedroso* con su característico ritmo acelerado.

—Pero aquél va de chismoso con las otras viejas, el otro día ya me dijeron —dice Joaquín en relación al *Piedroso*.

—¡Estás loco tú, hijo de la verga! —se defiende *El Piedroso*.

—Como luego cuando anda bien empastillado y dice que tiene una línea de trailers —comenta *El Chilacatrón*—. ¿Cómo se llama tu línea? —le pregunta al *Piedroso*—. Línea de trailers Tierra de qué...jala puro pal norte.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Te digo que por la puta vejez ya no vales ni puta verga! —le dice *El Piedroso*.

—¿Cómo dice que se llama? —Interviene Joaquín—. ¿El Rápido de la Sierra?

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—Ya cuando anda bien tronado, el güey ya no sabe ni lo que dice — agrega *El Chilacatrón*.

—¡Déee-jalo que se lo lleve la chingada! No es tu hijo —dice *El Potrillo*.

—Háganle el examen del *antidoping* —dice *El Chilacatrón*.

—A ver yo te voy a hacer un examen de la A a la V grande —dice *El Potrillo* en doble sentido, pues V significa “verga”.

—¡Qué pasó mi *General*! —le grita de pronto Joaquín a un señor moreno de corte militar, pantalón *beige* y botas, que está sentado en la parte trasera de su camión— ¡Ven, güey!

Mientras *El General* se acerca, Joaquín empieza a hablar de tal forma que todos lo escuchan:

—Fíjate que yo no sabía, apenas me enteré que a mi *General* le tocaron la corneta. Eso, a mi *General* le tocaron la corneta. ¡Placer de a madres! ¡Así debe ser! ¡No negarle el fierro a ningún güey!

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¿Cómo, mi *General*? —dice *El Potrillo*, dándole una palmada en el hombro al aludido.

—Levantó a uno y le dijo: “Échate unos *wawis*” —continúa diciendo Joaquín con tono aún más cáustico—. Pero a los borrachos se les perdona todo. No, si no vieron al mujerón que se levantó, si no ¡ummm!...sólo que tenía pelos.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Estás loco! —se defiende *El General*.

—Le hacías así —dice *El Piedroso*, mientras le aprieta las nalgas al *Chilacatrón*.

—No, mira le hacía así al joto —dice Joaquín echándose saliva en los dedos y aparentando masturbar a alguien.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Hijo de tu pinche madre! —dice *El General*.

—Un día estaba yo allá en Poza Rica —relata Joaquín en tono bajo, como si fuese una confidencia— y había un pinche maricón de faldita así —pasa su dedo índice muy arriba de la pierna derecha, para indicar que la falda era diminuta—. Piernudo el cabrón, con zapatillas y eso. Se agarraba las piernas el güey y me decía: “¿Qué? ¡Vente!”.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¿Estaba bueno? —pregunta *El Potrillo*.

—¡Sí! Estaba bueno, estaba bueno. Pinche morenote así ira —Joaquín hace señas de que estaba alto y de que tenía unas nalgas prominentes— y piernas parejitas. Un día que no cargué ya me quedé allá y...

—¿Allí se empezó a entronar este güey? —dice *El Potrillo* en alusión al *Piedroso*.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡A hueevoooo! —responde *El Piedroso*—. ¿Te da envidia o qué pendejo?

—¡Quiere que le piques el hoyo también! —señala Joaquín—. Yo te digo quien es el bueno.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¿Ya mi *Chiquihuil*? ¿Tu carro ‘onde está? —le pregunta Joaquín al señor de suéter café que se aproxima.

—Ahí, güey, qué no lo ves —le responde *El Chiquihuil* a la vez que señala hacía un rabón azul.

Los dos platican mientras los demás siguen en lo suyo.

—¿Dicen que se desvioló? —le pregunta Joaquín.

—Sí, porque le faltaba un litro de aceite —responde *El Chiquihuil*—. ‘Onde empezó a hacerle, güey, es en la pinche curva antes de llegar a la recta del mecánico. Como me andaba dando lata la abrazadera del turbo, güey.

—Pero un carro no se desvíela porque se quede sin aceite, sino porque se afloja con el uso —le corrige Joaquín—, pero si empezó a fallar ¿por qué no lo orilló luego, luego?

—Porque dije: “Todavía aguanta, a lo mejor aguanta a llegar al mecánico”.

—Noooo. Pero también es bueno aprender un poquito de mecánica. ¿Es el que trae?

—No.

—¿N’tóns apenas se chingó? ¿Está en la subida con el mecánico?

—Sí.

El Chilacatrón y *El Piedroso* deciden irse rumbo al Mercado de Frutas y Legumbres a comer tacos. *El Chiquihuil* se sienta con *El Potrillo* en la parte trasera de un torton. Y, por su parte, *El General* se queda a platicar con Joaquín sobre un incidente que le ocurrió en la madrugada mientras venía de Puebla:

—Me hicieron señas y me dijeron que me parara. No hice caso. Y luego echaron unos tiros pa’ bajo.

—¿Pero no viste quién? —le pregunta Joaquín.

—No bien. Como estaba baja la luna —dice *El General* indicando que el astro no alumbraba mucho— no vi si eran dos o tres pendejos ahí.

—¿Qué están asaltando o qué?

—Sí, yo me imagino que querían chingar. Pero detrás de mí venía un putito torton igual, güey. Yo cuando escuché ira...le pisé.

—N’tóns venían siguiendo al de atrás.

—Me imagino que sí, güey.

—¿Pero no les pegaron?

—No. Nomás les quitaron la poca lana que llevaban y los celulares.

—¿Pero no tenían coche o andaban así?

—Ahí estaba un cochecillo. El torton volanteaba de un putito lado a otro y me silbaba para pasarme, güey.

—No era sobre ti, era sobre el que venía atrás —insiste Joaquín—. A ti te alcanzó el camión en el momento en el que les tiraron, porque ha de haber dicho: “Aquí me acompaño con este cabrón, aquí ya vamos juntos”.

—Ajá.

—Mira, hay gente que dice: “¿Por qué no le rajaste su madre al ratero?” Pero a la mera hora no le rajan su madre. Tú puedes ser muy cabrón y te rajan la pinche madre bonito. Puedes estar así como ahorita y de repente un güey te dice: “¿Sabes qué? la lana”. Si te agarran así en frío, ni te encabronas.

—Te vas a encabronar ya que dijiste: “¡Hijo de toda su puta madre, le podía yo rajar su madre!”. Si primero te hace encabronar y ora si te dice: “¿Sabes qué? la lana” “¡Chingas a tu madre, órale!”. Estás caliente y le partes la madre.

—¿Pero así en sangre fría? No haces nada.

Se hace un silencio prolongado. Al echar un vistazo en los demás andenes se pueden ver algunas personas pelando chiles, mecánicos revisando los motores de los trailers, algunos contenedores de basura grafitados, palomas que se posan entre los huecos de los techos metálicos, posibles compradores que llegan en sus lujosos carros y camionetas acompañados por los coyotes. En los parabrisas de algunos camiones se leen frases como: “Primero Dios, volveré” o “Ilumina mi camino Dios mío”; o nombres de las novias, hijas o esposas de los camioneros entre los que figuran: “Karla” o “Clarita”. El estruendo de los motores es constante: “¡Ruuuuuuuuuum!” Pero a pesar de ello, todo el ambiente parece tranquilo, pues en realidad hay poca gente para tan amplio sitio.

Joaquín y *El General* se acercan con *El Potrillo* y *El Chiquihuil*. Con ellos también está un coyote canoso que viste chamarra y pantalón negro, Rodrigo; igual que un muchacho gordo de pantalón azul y camisa color mamey, a quien apodan *Pistón* o *Cachorro*. Tiene 17 años y maneja trailers desde los 15, ahorita trajo carga desde Baja California en un torton. Para romper el aburrimiento, Joaquín de nuevo agarra de conejillo de indias al *General* y dice con fuerte tono ronco:

—¡Saludos pa’ mi *General*! —coloca la mano extendida a la altura de la frente imitando a los militares— ¡Firmes! ¡Tocar mi corneta! ¡Sí, señor!

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—Más bien ya ando bien firmes, mira —le dice *El General* apretándose con la mano derecha la cremallera del pantalón.

—¡Firmeeees! —Repite Joaquín.

Pasa junto a ellos un muchacho pelirrojo de pantalón guango y gorra, y Joaquín le dice imitando la forma de hablar de algunos jóvenes:

—¡Pásale, ese!

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

Luego continúa:

—¡Rompan filas y toquen cornetaaas! ¡Huut!

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

Joaquín intenta cambiar de tema y le pregunta al *General*:

—¿Cuánto te van a dar de aguinaldo?

—No sé, yo creo que ahí lo van a dejar.

—¡Uuuuuuuuh! Puro camote, te van a dar pura de esta —con los dedos índices da a entender un largo pene—. Son más culo que pierna.

—¿Qué, *Güero*? ¿Ya mero? —le dice Joaquín a un señor como de 65 años que acaba de llegar y a quien también le llaman *Azteca*. Es de tez blanca, ojos verdes y cabello chino; viste pantalón gris y sudadera azul marino.

—Ya mero.

—¡Ya meeeero viene Nochebuena, ya mero viene la Navidad! —canta Joaquín.

El Azteca sólo pudo estudiar hasta primero de primaria. Hace seis años que llegó a la Central; aquí le enseñaron a leer, escribir y hacer cuentas. Le gustan mucho los documentales y leer sobre historia universal. Ahora la mayoría tiene rostro de fastidio y aburrimiento. Todo es silencio. Bueno, hasta Joaquín permanece callado, quizá pensando que si el coyote no logra vender la mercancía, tendrá que pasar la Navidad durmiendo en su camión. *El Azteca* por lo regular aprovecha estos momentos para hablar de lo que más le apasiona:

—En 1939 fue cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial por Checoslovaquia. Si la guerra hubiera iniciado cuando hacía calor, los alemanes

hubieran ganado. Es más, en ese tiempo Estados Unidos le dijo a los rusos: “Tiren todo, quemem toda su comida y yo les mando”. N’tons por eso Rusia le debía a Estados Unidos, que después le mandó a cobrar lo que le puso de comida. Por eso José Stalin quería invadir a Estados Unidos. N’tons vino la KGB a hacer una investigación y dijo: “Estados Unidos tiene comida como para 10 años, no le vamos a ganar”. Por eso Rusia no atacó estando José Stalin, quien murió en 1953. Pero antes, Stalin mandó a matar a León Troski con un piolet, porque le estorbaba. Diego Rivera fue el que hizo que entrara aquí, es más, ahí en Coyoacán le dio casa.

—¡Ya vas a empezar con esas mamadas! —le dice *El Potrillo*.

Con todo, *El Azteca* no hace caso y continúa impartiendo la clase extramuros a aquellos alumnos rebeldes...a aquellos hijos de la madre CEDA, mientras esperan un golpe de suerte que les permita llegar hoy a su casa.

Panorámica de un día cualquiera llamado San Valentín

—¡Súbale, súbale, hay lugares! ¡Plaza Oriente! ¡Rojo Gómez! ¡Central de Abasto!
—grita un checador moreno de cabello rizado, en la base de microbuses ubicada a un costado del metro Agrícola Oriental.

Luego echa un vistazo dentro del microbús para saber cuántos lugares quedan:

—El de atrás es para cinco, jóvenes. Se van recorriendo por favorcito. —
Se coloca en el bordillo de la puerta delantera—. ¡Hay un lugar! ¡Súbale, ya se va!

Abordan dos muchachos, pero al quedar sólo un lugar, uno de ellos está a punto de bajarse; aunque antes de que lo haga el checador le señala con el dedo índice el asiento del copiloto, junto al chofer, al tiempo que le dice:

—¡Pásale, carnal, aquí hay lugar!

El conductor le da tres pesos al checador y se arranca.

—¿Te cobro? ¿Te cobro? —pregunta a los pasajeros una muchacha de cabello pintado de rubio, a la vez que pasa a cada asiento—. Ahorita te doy tu cambio —le dice a un señor mientras a otro le extiende la mano—: Tenga, le debo dos pesos de cambio.

Una vez que la cobradora termina su labor, le entrega al chofer el dinero recaudado, quien, a su vez, le da cinco pesos. La chica desciende antes de subir el puente vehicular que cruza la Calzada Zaragoza. Desde el puente se puede ver al metro de la línea A desaparecer con lentitud por un túnel que lleva a la terminal Pantitlán. La débil oscuridad contrasta con la intensa luz de los vagones,

permitiendo distinguir los rostros apretujados de los usuarios. Aquel metro va tan saturado que da la impresión de ser un gran embutido con llantas.

El conductor del microbús es un amable muchacho moreno claro como de 27 años que luce hermosas rastas hasta los hombros. Sobre la parte frontal del microbús, que funge de guantera, pegó una bandera de Jamaica, el *sticker* de un niño rastafari y una hoja escaneada en la que figura junto a su séquito real, en clara adaptación de la última cena cristiana, el antiguo emperador de Etiopía, Haile Selassie, derrotado en 1974 y conocido como el Rey de Reyes o León de Judá.

—¿Qué pasó? —pregunta un señor por celular—. Le dije a Herminio que te despachara. ¿20 cajas me dijiste, no? Órale, pues nos vemos ahorita.

En el microbús no se escucha *reggae* como sería lógico. Por el contrario, hay una calma rayana en el silencio. Sólo se percibe el sonido monocorde del motor, los cambios de velocidades y la música de pasito duranguense que brota de los audífonos de un pasajero, quien, por cierto, parece que se vació la botella de un insoportable perfume dulzón. La mayoría aprovecha el viaje para pegar por unos minutos más las pestañas y recuperar fuerzas. Una muchacha que cabecea constantemente se golpea una y otra vez como pera loca contra el vidrio lateral de su asiento, mientras un señor ronca tan alto que cualquiera, aterrado, juraría que es el anuncio del juicio final.

En el horizonte, el intenso color rojizo sugiere una nueva victoria del sol, por lo que el mundo se ilumina y todo parece más cercano. Se ven puestos de tamales, amas de casa que van por su leche, adolescentes de secundaria lidiando con su pesado caparazón de útiles, y trabajadores, vestidos de rojo y cargando un regalo por el Día de San Valentín, que esperan transporte. El microbús avanza por la avenida Rojo Gómez y se detiene en Plaza Oriente para que algunos pasajeros bajen; pasa frente a un Vips, un Wal-Mart y el lujoso motel Rosso; dobla en el mercado de Jamaica para circular por Eje 5 Sur y dejar atrás una gasolinera, un Liverpool y varios restaurantes. A lo lejos se alcanza a distinguir el anuncio en letras fluorescentes del motel Central Inn. Por último, da vuelta en unas canchas de fútbol para quedar frente a la entrada principal denominada Peaje Acceso Norte.

Lo primero que se observa es un gran letrero, que funge de pórtico sobre las 10 casetas, en el que se lee: “Central de Abasto de la ciudad de México. Gobierno del Distrito Federal. FICEDA.” Del lado izquierdo se advierte en un rótulo: “Prohibido introducir basura o escombros. Horario restringido de 18:00 a 22:00 hrs.” Al lado hay dos esculturas, como de metro y medio, de un mango y un elote. Frente a las casetas se encuentra la tarifa de peaje que va desde los tres pesos para autos, hasta los siete para trailers sin carga y 110 con carga.

Hay enormes filas de autos, trailers, tortones, micros, camionetas, RTP, taxis... Al poner atención al reverso de los letreros de los demás microbuses, se puede saber la procedencia de muchos: los Tinacos, San Juan, Nezahualcóyotl y hasta de Santa Catarina. También hay quien viene desde Ixtapaluca o Valle de Chalco, sólo que ellos tienen que bajarse en la Calzada Zaragoza para tomar otro transporte. En algunos de estos sitios pasan combis desde las dos de la madrugada que transportan exclusivamente a trabajadores de aquí.

Después de pasar por fin las casetas, un muchacho se levanta y le dice al conductor:

—Bajo en el tope.

Varios descienden tras él.

—¡Gracias! —le dice una señora al amable chofer rasta.

—De nada.

Al bajar, aparece un enorme letrero del croquis de la CEDA junto a un estacionamiento sin pavimentar. Del lado derecho nos encontramos con el Mercado de Flores y Hortalizas. Cuenta con 20 hectáreas, se divide en cuatro andenes con ocho sub-naves o domos*. El primer andén está destinado para lechuga, col, calabaza, chícharo... El segundo es el de manejo, en él se encuentran hierbas, espinacas, romeros, cilantro, brócoli, hongos... El tercero es para nopal, zanahoria, coliflor, elote... En el cuarto hay flores y bases para florería, con un anexo para productores que traen carga. No obstante, en cada andén se pueden encontrar cosas muy similares a los otros, pues el único que aún respeta su giro es el área de flores.

* Enormes estructuras metálicas en forma de medio punto.

En la orilla del primer andén hay un puesto de quesadillas, junto a otros de chicharrones con chile, raspados y tortas. Por doquier se ven a diablos que esperan viaje. Dos de ellos duermen plácidamente sobre su diablo con un periódico que les cubre el rostro, quizá soñando en que se ganan la lotería o, persuadidos por el actual éxito de Vicente Fernández que suena a todo volumen en un puesto, que cantan frente a miles de personas:

*Estos celos me hacen daño, me enloqueceeen
jamás aprenderé a vivir sin ti
lo peor es que muy tarde comprendí
sí, sí
contigo tenía todo y lo perdíiii.*

Por todos lados se ven lechugas acomodadas en el suelo:

—¡Sí hay lechugas! ¿Cuántas, patrón? —le ofrece un muchacho de lentes oscuros sobre la cabeza a un comprador.

—¡Ya llegó *El Gráfico!* ¡*El Metro!* ¡*La Cancha!* —informa una señora que reparte el periódico, las revistas y los preciados cuentos eróticos.

A lo lejos se escucha el sonido de una marimba. Al acercarse se puede ver una pareja de sonrientes esposos tocar *La Tabasco*. Una compradora, igual de rubia y chapeada que ellos, les da una moneda y sigue su camino. Aquella música se mezcla con distintas palabras sueltas de quienes van y vienen:

—¡Ay amor, espérate! —se le oye decir a una muchacha mientras habla por celular.

—¡Plantillas para el calzado! ¡Plantillas! —grita una señora que carga una bolsa con agujetas y plantillas.

—¡Omboooo! ¡Omboooo! —grita un señor que no sólo tiene problemas de lenguaje sino que también cojea, al tiempo que con la mano derecha va mostrando una bolsa de bombones.

Muchos riegan su mercancía para que luzca fresca, lo que genera varios charcos de agua y lodo. Es imposible no terminar con los zapatos y la parte

inferior del pantalón enlodada. Ya son las 7:25 de la mañana y aún hay pocos compradores. La mayoría de puestos lucen vacíos, por lo que algunos juegan con su celular, comen o platican entre sí.

Fuera de los domos metálicos, cuatro trabajadores de Limpia y Transporte barren la basura con bielgos hasta formar enormes montañas, mientras uno de sus compañeros la recoge con el bote* de un minicargador Bobcat para luego vaciarla en un camión de volteo. Este es un trabajo de verdaderos héroes, pues, debido a que los contenedores de concreto resultan insuficientes, cualquier lugar parece ser ideal para los desperdicios. Junto a los trabajadores de limpieza, hay una llave de agua en la que un señor, de corte militar y pantalón originalmente blanco, lava su diablo ayudado de un costal verde que utiliza como zacate.

Más adelante, cerca de un altar de la virgen de Guadalupe y un carro de supermercado que funge de puesto de jugos de naranja, un indigente, de cabello enmarañado y larga barba, permanece sentado sobre un diablo disfrutando del sol a la vez que se empina una lata de refrescante cerveza. Luce tranquilo, a pesar de que a su alrededor pasan numerosas personas y de que hay taxistas esperando pasaje.

—¡Gelatinas! ¿Cuántas? —grita una señora de babero que empuja un carrito de vitrina.

Dentro del segundo andén, se encuentra el auditorio en donde los comerciantes agremiados cuentan con los representantes de su respectivo giro. Al entrar se pueden advertir varias secretarias que comen, charlan o leen revistas de espectáculos. Al fondo, una muchacha se mantiene con la mirada atenta al televisor, pues parece que el programa *Venga la Alegría* es más interesante que trabajar en la laptop que permanece hibernando frente a ella en espera del próximo tecleo.

Junto a la Coordinación de Flores y Hortalizas, un muchacho de manos muy maltratadas por el trabajo le ofrece serenata a una chica, a quien pretende para su novia, por ser Día de San Valentín y cumplir 17 años. Él esboza una amplia sonrisa al más puro estilo del Guasón, la penetra con la mirada más lujuriosa del

* Parte delantera con picos, parecidos a dientes, del minicargador Bobcat, que también se conoce como pala.

maestro Roshi y, eufórico, la abraza como Pepe le peu a la gatita Penélope. Ella no muestra la misma emoción, pues se siente abrumada y le da pena. La gente de alrededor se ataca de risa, quizá por el hecho en sí o porque ella es visiblemente más alta: ¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! ¡Je, je, je! No obstante, el encimoso pretendiente pide a un grupo norteño, de botas, sombrero y chaleco de piel, que interprete la canción de *Mi piquito de oro*. El acordeón, violonchelo y guitarra empiezan a sonar.

*Yo tengo un amorcito que la quiero más que a mi viiida,
por ella me muero y sabe bien que es mi consentiida,
a ella le digo con cariño mi piquito de ooro,
le gusta que la bese y que le diga mi lindo tesooooo...*

Al caminar hacia el área de flores, los zapatos se hunden en las hierbas desperdigadas en el lodo. En contraste, conforme uno se acerca se percibe un agradable aroma campestre que dota al espíritu de una sensación de tranquilidad. Ya en el primer pasillo, se pueden distinguir, uno tras otro, a múltiples vendedores de pie tras sus flores que yacen en el suelo, pues carecen de un local y de lona que los proteja del ardiente sol. Frente a ellos se encuentran puestos prefabricados cubiertos con lonas de diversos colores.

—Llévate este perro para el regalo de tu novia. Te lo voy a poner barato — le ofrece un muchacho, que carga una enorme mochila repleta de muñecos de peluche, a un vendedor de rosas.

Enfrente, un viejo con pocos dientes, de larga chamarra negra despintada, pants gris muy holgado, húmedos tenis rotos y mochila de mezclilla cruzada al pecho para echar los comestibles que recoge, camina pesadamente pidiendo limosna con tono lánguido:

—Una ayudadita.

Nadie parece hacerle caso.

Aquí el área privilegiada está destinada para los locales de concreto. Ahí todo es más limpio y ordenado; además de que gozan de varias llaves de agua

para regar sus flores. Todos los trabajadores de los locales de concreto parecen estar muy ocupados, ya sea barriendo sus puestos, limpiando flores, acomodando recipientes de vidrio con orquídeas, regando tulipanes o haciendo arreglos por si al rato aparecen los compradores enamorados.

—¿Qué pasó? ¿Ya? —le pregunta un joven a un señor que está acomodando su puesto.

—Ya.

A pesar de que es 14 de febrero, hay muy poca venta. Los locales con más clientes son los que venden material para envolver regalos y los de globos de corazones. Muchos trabajadores escuchan música en la Z, “¡salvajemente... romántica!”, o ven la televisión para matar el tiempo.

—¿A cómo está, don? —le pregunta una compradora a un vendedor, sacándolo de su letargo televisivo, al tiempo que señala un manojito de flores Blanca Espuma.

—De a 50 y 60.

La señora las examina con detenimiento por algunos segundos.

—A ver, deme dos.

Luego se acerca a las rosas y pregunta:

—¿N'tóns a cómo me va a dejar las rosas?

—Déjeme ver a este güey —el vendedor entra a preguntarle al patrón.

—¿No me da una ayuda para comprar mi medicamento? —le pregunta a la compradora una señora con diálisis y tapabocas; enarbolando una cansina mirada de súplica al momento de mostrarle su receta médica.

—Orita no tengo, señito, hay pa' la otra.

La señora se aleja y, surgidos de quién sabe dónde, la alcanzan dos pequeños niños que parecen ser sus hijos.

A unos cuantos metros a la derecha de aquel vil ejemplo de tacañería, nos topamos con el Mercado de Abarrotes y Víveres. El enorme cartel de un gato angora parece custodiar la entrada, cual Cerbero el Hades, en el que se lee: “8 de cada 10 gatos prefieren Whiskas”. Tras el cartel, un bolero se aplica a sacarle brillo con un trapo a los zapatos de un cliente, que permanece sentado sobre un

banco mientras utiliza de respaldo una caseta telefónica. Junto, un señor que vende pilas le dice a una señora:

—Aquí todo se sabe, si yo fuera prensa ¡ummm!

De pronto, se escucha un estrepitoso sonido metálico. Su origen proviene del enorme patín de carga sobre el que viaja un muchacho de gorra, quien, de vez en vez, impulsa el transporte con el pie derecho al más elegante estilo de Tony Hawk, mientras otro joven musculoso de camiseta sin mangas va tirando del tubo que funge de volante. ¡Sólo falta que ejecute un Varial Kickflip o, por lo menos, un Olli! Quizá con mucha práctica logre inventar un nuevo estilo de Skate.

—¿'Onde está la niña bonita? —les pregunta un señor que vende rosas a dos muchachas de una cremería.

—No vino —responde una de ellas.

En los pasillos de la GH hay muchas cremerías, entre las que figuran nombres como: La Tejana, Cuadritos y Alcalá. En todas, atractivas edecanes, con voz sensual, minifalda o provocativo pantalón pegado, pretenden seducir al comprador:

—¡Pruebe el jugo Ades!

—¡Tenemos salchicha Fud, pruébela!

Por un lado se pueden ver a algunos compradores acompañados de su respectivo diablero; por el otro hay quienes llevan bolsas de mandado o carritos repletos de duraznos en almíbar, crema, queso, chorizo, jamón o chantilly. Muchas amas de casa y dueños de tiendas se surten aquí por ser más barato, ya que se vende al mayoreo y al menudeo. Aunque tal parece que no es uno de los mejores días, como bien se lo hace notar un trabajador a su compañero:

—¡No hay ni madres de venta!

A lo largo de los pasillos y andenes hay numerosas cámaras de seguridad. No se pueden avanzar 10 pasos sin que aparezca una. Episodios como éstos son los que hacen preguntarse si ¿acaso tendrá razón Paul Virilio cuando plantea la *virtualización de la realidad* y la *televigilancia*? O tal vez el mundo no es más que, en sentido inverso al lógico, un remedo del filme el *Observador Oculto* de Michael

Haneke. Sea como fuere, no cabe duda que vivimos atrapados entre dos mundos: el de la realidad objetiva y el virtual.

En la joroba del puente que comunica con el pasillo de la EF, se escucha una canción de Banda Cuisillos que proviene del carro de compactos empujado por un muchacho gordo de pantalón negro:

*Miiiiil heeeridas, mil heridas
mil espinas me has clavado
y han sangrado por tu culpa qué ironía.*

Antes de bajar, lo interceptan tres supervisores de Administración: dos hombres y una mujer muy coqueta con sus compañeros. Mientras dos de ellos se entretienen con los CD'S, el otro le dice al vendedor:

—¡Muéstrame tu credencial!

El aludido busca en un morral verde que guarda bajo su carro.

—¡Híjole! —les dice con cara de angustia y preocupación—. Se me olvidó, pero sí la tengo. Usted ya me conoce y se la he enseñado.

Uno de los que observan los CD'S interviene con voz maliciosa:

—Por esta vez te la pasamos, pero nos llevamos éste —agarra un compacto de Alejandro Fernández. El vendedor asiente con un gesto de resignación y los supervisores emprenden de nuevo la marcha.

En el pasillo de la EF lo que más se vende son los abarrotos. Aquí también hay bellas y provocativas edecanes, quienes portan del cuello letreros o pequeñas cajas de los productos que promocionan.

—¡Ace, lleve su jabón Ace! ¡Pase! ¡Pase!

—¡Lleve chocolate Laposse, tengo promoción!

En la CD sobresalen los minisúper que ocupan el espacio de dos o hasta cuatro bodegas. En ellos se puede ver a los compradores llenando sus carritos con diversos productos de los estantes. Más adelante, en la esquina del segundo pasillo, una muchacha, al estilo Jennifer López, se contonea junto a un local en el que hay numerosos maniqués vestidos con lencería femenina, a los que opaca

con sus prominentes atributos. Dos trabajadores observan boquiabiertos aquella proeza de la naturaleza.

—¡Está bien culona! —exclama uno de ellos al tiempo que se propina una cachetada como si quisiera despertar.

En los andenes de la A, varios trabajadores lejos de sudar a causa del calor hormonal que provoca una mujer, lo hacen por descargar tortons y trailers repletos de tamarindo, azúcar, bacalao y otros productos similares.

—¡Uno, dos y...tres! —cuentan al unísono tres cargadores a la par que encajan su gancho metálico en un enorme bulto de palma que contiene chiles secos, para luego subirlo en los hombros de un señor quien lo estiba en la esquina de una bodega.

Al pasar por el primer pasillo, se puede distinguir la larga muralla de láminas que cerca la edificación de la Plaza Central. El trabajo va muy avanzado, pues los cimientos ya están terminados y los esqueletos de las columnas, múltiples varillas verticales y anillos al descubierto, sólo esperan a que se les rellene de hormigón. Da la sensación de estar frente a la instalación *Zona en construcción* de Ricardo Rendón, aunque aquí cada sonido, material y forma, penetra con más fuerza.

En el lado opuesto, frente al Mercado de Flores y Hortalizas, muy cerca de la avenida Principal, hay unas escaleras con dos rampas a los costados que permiten acceder al cuarto pasillo de la IJ perteneciente al Mercado de Frutas y Legumbres. Un señor de mochila roja se le acerca a un viejo que vende agua de coco en una de las rampas y le dice:

—Le vendo una chamarrita de gamuza nueva... nuevecita.

—No tengo.

—Bueno...tráigase la televisión o la radio, recibo de todo.

—No tengo.

—¡Hijos! —exclama el señor de mochila roja en señal de que no hay nada que hacer y se va.

Al subir las escaleras e ingresar al área de Frutas y Legumbres, aparecen diversos puestos en cada costado. Venden ropa, barajas, fundas para celulares...Hay un ruido infernal. Es un ir y venir de gente. Al transitar por los

pasillos de la IJ, los vendedores suelen ofrecer al comprador algún pedazo de melón, sandía, piña o aguacate, sostenido por la punta de un filoso cuchillo.

—¿No vas a querer, amigo? —le ofrece un trabajador a un señor.

En cada esquina de los pasillos del contenedor se encuentran puestos de tamales, ramos de tés o jarciería.

—¿Qué no por aquí es donde están filmando una telenovela? —le pregunta una compradora, después de adquirir un abrelatas, a un vendedor de jarciería.

—Pus según era de la bodega 72 a la 75, pero aquí los números y letras están en negro y ahí aparecen en rojo. ¡Pinche telenovela, ni coincide! Nomás vinieron por un tiempo y ya.

La telenovela de la cual hablan es una producción de Televisa que reduce su trama a empalagosas historias de amor, amor y más amor. El lenguaje que utilizan parece un mal remedo de *Nosotros los pobres*. Abundan las locaciones mal diseñadas. Los extras no sólo carecen del mínimo conocimiento de cómo cargar un bulto, sino que son capaces de aparecer, los mismos, dos o tres veces en una misma escena recordando aquellas caricaturas ochenteras en donde el fondo se repetía hasta el hartazgo.

En la esquina del segundo pasillo hay un puesto de tacos muy singular. Lo atienden tres alegres señores. Dos de ellos despachan los tacos de bistec y al pastor, mientras el otro, quien dice ser el nuevo Fishman Júnior, los vigila tras la tierna mirada de sus ojos verdes. Las paredes se encuentran tapizadas de posters, trofeos, fotografías y máscaras de luchadores. Entre las imágenes podemos encontrar lo mismo a Blue Demon, El Santo, Huracán Ramírez, Mil Máscaras o Tinieblas, que al Rayo de Jalisco, Los Hermanos Dinamita, Blue Panter, Rey Misterio o Atlantis. En la orilla frontal de la lámpara está la placa del Consejo Mundial de Lucha Libre. En el techo hay distintos letreros que rezan frases al estilo de: “Para pedir fiado con una sonrisa, para cobrar con una ¡¡MADRIZA!!”.

Si miramos lentamente a lo largo de los pasillos podremos advertir un pequeño carro de banco sobre el que viajan tres custodios con armas largas; una niña que se acerca tímidamente a los compradores para ofrecerles cajas de

cerillos; un señor como de 70 años de cabello plateado, que está tuerto del ojo derecho, vendiendo botas de minero y plantillas; y el dueño de una bodega de sandías que cuenta un grueso manojito de billetes. Aunque la mayoría de locales lucen casi vacíos, afuera de las maquinillas hay varios diablitos estacionados en tanto que sus dueños se distraen con *The King of Fighter* o imaginando que manejan autos y motos reales.

—¡Órale haragán! ¿A ver a qué hora? ¡Pareces nuevo! ¡Así no vas a llegar a ningún lado! —le grita un muchacho a otro que jala un patín repleto de botes de yogurt.

—¿Cómo no? Dos metros bajo tierra —responde irónicamente el aludido.

—¡Aaaaah! Para allá vamos todos.

Resulta curioso que fuera de unos cuantos locales adornados con globos de corazones, apenas y se puede ver a alguien, como a la cafetera que en una mano lleva un termo y en la otra un regalo envuelto de rojo, con su obsequio por el 14 de febrero. Al parecer aquí es un día cualquiera llamado San Valentín. No obstante, en la KL hay una señora que aún cree en el amor, pues insiste en vender con su carrito repleto de globos, osos de peluche y ramos florales. Quizá la canción de los Ángeles Azules que suena en una bodega logre despertar el amor en estos hijos de la madre CEDA:

*Me enamoré
me enamoré
y yo no sé
ni como fue...*

Lo único que logró despertar la canción fue la lascivia de algunos, ya que en la entrada de una bodega en el quinto pasillo de la OP, un señor de paliacate azul y bigote mantiene los ojos pegados, sin pestañear siquiera, a las páginas interiores de una revista *Playboy*. En la portada, tres exuberantes rubias posan en ropa interior y a sus pies se lee: “Las novias de Hugh Hefner”. ¡Parece como si estuviera tocando a aquellas sensuales damitas!

Casi al mismo tiempo, en los andenes, algunos trabajadores descargan mandarinas; un perro schnauzer se asolea junto a su dueño que habla por celular; y un muchacho se afana en resolver un crucigrama. Los más cultos y sanguinarios leen en *La Prensa* notas rojas de cráneos rotos y partes corporales desmembradas; los de alma de Inspector Gadget, *El Gráfico*, en donde se anuncia el decomiso de un apocalíptico arsenal de armas de alto calibre y aprehensión de siete sicarios de Sinaloa; los que creen que Maradona es la mano de Dios, *La Cancha*; o, los más sensuales, se deleitan la pupila con las fotos publicadas en *El Metro* de la bella *porno star* Rhylee Richards, quien deja al descubierto sus apetecibles pechos coronados por dos rosados pezones que conjuga con una espectacular tanguita negra, y que participa en la candente expo Sexo y Entretenimiento que se realiza en el Palacio de los Deportes.

—Oye ven, ven —le llama un señor de chamarra negra, en tono de secreto, a un muchacho de babero que pasa junto a él—. Hoy tengo cristal.

—Ahorita no traigo dinero —le dice el joven y se va.

En la joroba del puente del tercer pasillo de la WX, a unos pasos de la Casa de Empeño Monte de la República que está clausurada, hay dos señores muy borrachos, andrajosos y sucios. Uno de ellos le dice a un trabajador que jala un diablo repleto de pencas de plátano:

—¡Échale con huevos, cuñado! ¡No pujes, pa' que no se te salga la calabaza!

Acto seguido, su compañero hace un ademán de reverencia con la mano a un policía para luego decirle:

—¡Paso libre a la autoridad!

Los aludidos sólo se ríen sin detenerse.

En el primer pasillo de la MN se halla un puente peatonal por el que a diario transitan trabajadores y compradores tanto para llegar como para irse a sus casas, pues del otro lado se encuentra una base de microbuses. En el puente hay una mujer muy anciana con un reboso sobre la cabeza, hincada junto a su bolsa de rafia pidiendo limosna. Más adelante, un señor ciego permanece sentado en una silla con la mano estirada mientras de su pecho pende un letrero que dice:

“Zeferino solicita una ayuda económica. Dios le dará más. GRACIAS”. Desde aquí se percibe un fuerte olor a mar y se distingue el Mercado la Nueva Viga, en donde se comercializan productos relacionados con pescados y mariscos, pero que es independiente a la CEDA.

Bajo el puente, en la avenida del primer pasillo, unos trabajadores viajan en una camioneta deteniéndose en los topes para pintarlos de amarillo y blanco; los cepillos redondos de un camión de limpia se afanan en barrer todo lo que encuentran a su paso; un borracho duerme placenteramente con los pies debajo de la banqueta; un señor empuja su diablo repleto de cartón; un niño cruza detrás de un camión de la Coca-Cola cargando varios pares de almohadas de Winnie Pooh, Bob Esponja y Dora la Exploradora.

En el camellón, algunos aprovechan la sombra de los árboles y la comodidad del pasto para saborear una quesadilla, besarse con su novia o, como en el caso de un señor chimuelo de dientes roídos y chamarra de piel negra, trabajar intensamente, aunque sin goce de sueldo sino por simple vocación, catando un buen medio litro de mezcal Moyahua de Tonaya recargado en un poste de luz.

—¡Oye! ¿No me acompleteas tres pesos pa’ curármela? —le dice a quien pasa a su lado aquel ferviente adorador de Máyatl, mostrando su sonrisa desgastada.

Mientras tanto, un grupo de 12 estudiantes del Centro de Capacitación Cinematográfica, para quienes resulta impensable introducirse bajo los trailers o en los contenedores de basura, por lo sucio y el mal olor, salen de la OP tomando fotos y caminan por un costado de la avenida Vialidad del quinto pasillo con dirección a su camioneta. Al alejarse no advierten al patrullero que acaba de recibir un soborno por parte del conductor de una camioneta, ya que en su mente sólo revolotea, como avispa salvaje, una sola idea: realizar en el futuro un “pequeño documental de la CEDA”.

Al otro lado de la avenida se aprecia el gran dibujo de un pollo y dos cerdos que caracterizan al Mercado de Aves y Cárnicos. Al ingresar al pasillo de la nave de la CD, lo primero que se distingue es un penetrante tufo a plumas mojadas

acompañado de un ambiente casi desierto. Domina un silencio angustiante. Muchos trabajadores ya han terminado su jornada, pues suelen ingresar desde la noche anterior o en la madrugada. Sólo se ven unos cuantos carros de rejas metálicas repletos de pollos; y otros, completamente cerrados, con hielo para conservar fresca la mercancía. Muchos locales tienen la cortina abajo y el candado puesto. Aunque algunos, donde venden embutidos, aves o bistec de cerdo, permanecen abiertos como en el caso de aquél que luce un curioso letrero: “Dios mío, quítame lo pobre, lo feo no porque con dinero se me quita”.

En los locales abiertos, algunos trabajadores de bata blanca continúan imperturbables con sus labores. Una chica prefiere desayunar mientras contempla a sus compañeros de trabajo destazar pollos entre charcos de agua, bolsas repletas de pellejos, mollejas o hígados.

—¡Apúrenle, huevones, o no les pago! —les grita la muchacha, parodiando al patrón, antes de llevar una dona de chocolate a su boca y soltar una carcajada—: ¡Ja, ja, ja, ja!

En el andén de la D, trabajadores que portan botas y babero de hule escarban con palas, o a mano, en los trailers colmados de hielo para sacar pollos. Otros más llenan costales con hielo o, entre cuatro, bajan las totes* repletas de bolsas de pollo congelado.

Al seguir la flecha que guía hacia los baños ubicados en el primer piso de la CD, lo primero que encontramos en la entrada es un puesto de dulces acompañado por una muy selecta filmografía de películas XXX. Como aquella de *Private* en la que una ardiente rubia cabalga el inflamado pene de un negro azabache mientras alguien más se descarga en sus carnosos labios. Además de una no menos exquisita literatura al estilo de la revista *Playboy*, donde una gruesa serpiente se enreda en el escultural cuerpo de Doreen Dietel tapándole el área genital; cuentos de *Colegialas Ardientes*, con títulos tan poéticos como: “Me gustan las rubias ¡DEL MONO!”; fotonovelas de *Nalguitas Reprobadas*, plagadas de tentadoras invitaciones a lo largo de la lectura para llamar a líneas calientes,

* Enormes cajas de plástico color café.

descargar imágenes porno desde el celular o adquirir pomadas para alargar el pene.

Un muchacho agarra una fotonovela de *Banda Sex*, recibe su respectivo pedazo de papel y paga con un billete de 20 pesos.

—Ahorita le doy su cambio —le dice la señora que atiende el puesto y los baños.

Aquel joven se introduce al baño más veloz que Speedy González cuando va a hurtarle queso a Silvestre o a conquistar una linda ratoncita. *¡Ándale ándale! ¡Arriba arriba! ¡Ahí ahí ahí!* Tanta rapidez seguramente se debe a alguna urgencia escatológica, pero tal vez también aproveche para satisfacer el lívido visual o cualquier otro. Si los espermatozoides pudiesen llorar como bebés, en este sitio habrían más llantos que en un sanatorio. ¡Padres desconsiderados! Para mala suerte del joven, hay tres personas esperando:

—¡Casa llena! —le informa un señor, que da fuertes bocanadas a un cigarrillo y cruza las piernas para evitar que algo se le escape, en referencia a que no hay cubículos disponibles.

Los baños de Aves y Cárnicos son los más limpios de la CEDA, cuentan con espejos, jabón y agua; tienen puertas; en las paredes no hay frases sabias ni picazos; no hay charcos de orines en los pisos, ni huele a rayos y centellas vejigo-intestinales; los miradores voyeurs están clausurados con papel o goma circular negra, lo cual garantiza que ningún globo ocular esté adherido como escupitajo a la pared del cubículo contiguo. Afuera, un pelador de chiles le pregunta a la señora que atiende:

—¿A cómo las películas? —señala las películas XXX.

—Ésas son originales, jefe, de a 25.

Abajo, al pasar por la nave de la AB lo primero que se advierte es una vinatería tan amplia como sólo puede existir en el sueño de cualquier alcohólico. Aquí hay más movimiento, pues en la mayoría de las bodegas se ve entrar y salir a peladores igual que a quienes descargan trailers o tortons.

Al transitar por un paso a desnivel para ir hacia el Mercado de Subasta y Productores, se observa una hilera de picos metálicos cuya función es ponchar las

llantas de todo aquel intrépido admirador de Max Max que ose intentar entrar sin pagar.

A lo lejos, sobre unos costales de cebolla apilados hasta el tope de un torton, están tumbados dos trabajadores, uno duerme placidamente arropado por un cobertor rosa, mientras el otro se entretiene leyendo un cuento de *Colegialas Ardientes*. Algunos tortons adelante, dos jóvenes, agazapados entre el hueco formado por dos camiones y ajenos al policía que da sus rondines en bicicleta, disfrutan tranquilamente de un cigarrillo de marihuana.

En el tercer andén, cuatro jóvenes piñeros ocupan su descanso para disfrutar de unos tacos acompañados de un litro de pulque, mientras más adelante los peladores de chile y cebolla esperan carga. Si fuese martes o viernes, veríamos a los trabajadores de la empresa San Francisco poniendo pedidos para la frontera con Estados Unidos o para distintos supermercados del país. Por el lado del quinto andén, los camioneros platican para dar tiempo a que los coyotes vendan la mercancía. De pronto, una cafetera morena de cabello largo y pantalón de mezclilla se acerca a uno de aquellos choferes:

—Ulises, ¿te cobro los desayunos que me debes? —le pregunta con tono amable.

—¡No, señora, no traigo dinero! —contesta indiferente un muchacho como de 28 años de gorra y camisa a cuadros—. ¡Si quiere venga más al rato!

—No, Ulises, siempre que te cobro me dices lo mismo...que nunca traes dinero.

—¡A ver señora, enséñeme mi cuenta! —le ordena visiblemente molesto.

La cafetera abre su libreta de cuentas y se la muestra:

—Mira, Ulises, me debes 420... no te hagas.

—¡No señora! Le voy a dar nomás 200. Si quiere y si no, no le doy nada — saca un billete de su cartera y le dice a otra señora que espera su turno para cobrar—: Morena, cámbiame uno de a 500.

—¡No, güey, no traigo cambio! ¿No ves que apenas voy a empezar a cobrar?

No le queda más remedio que pagar con el billete de a 500 pesos. Entonces la cafetera se cobra los 420 pesos y le devuelve su cambio.

—¡No, señora! ¡No se pase! ¡Nomás le dije que agarrara 200 pesos! —le grita muy enojado—. ¡Pero está bien señora...va a ver...voy a mandar quien le rompa el hocico!

—¿Ah, sí? ¿Vas a mandar quien me rompa el hocico? ¡Pus rómpemelo tú, güey, o si no te lo rompo yo! —le dice la cafetera al tiempo que le propina un golpe en el abdomen.

—¡Ya señora...ya...váyase mejor, ya le pagué no! —le dice, echándole un vistazo a un policía que viene a lo lejos.

La cafetera opta por darse la media vuelta e irse, pero no sin antes decirle:

—¡Pinche chango! Para la otra que me vuelvas a pedir de desayunar, págame, y si no, mejor ni me pidas.

A dos andenes del incidente, se aprecian algunas mesas con mantel rojo en las que comen algunos trabajadores de la telenovela *Central de Abasto*. Cuentan con meseros y chef que les sirven los sagrados alimentos. Algunos miembros de producción portan lentes oscuros y llaman por teléfono, actúan con un aire de divos que los hace parecer todos unos artistas de Hollywood. Otros, jóvenes *fashion*, suben y bajan de la camioneta de Televisa.

En la entrada del Albergue para Niños y Adolescentes de la Central de Abasto, muchos de sus administrativos y profesores observan con fascinación las camionetas de Televisa; mientras en la parte trasera del Albergue, un niño se divierte impulsando a otro en un columpio después de haber barrido el patio.

Son las dos de la tarde y parece que para muchos ya es hora de irse. En la base de microbuses del tercer pasillo de la IJ hay una fila enorme. Algunos aprovechan la oportunidad que les brindan quienes suben bultos para colarse por la puerta trasera. Una vez lleno el microbús, el conductor arranca. En la guantera hay dos banderas pegadas de Estados Unidos y una de México. Sobre el símbolo mexicano se encuentran unas placas que dicen: “FBI. Formando Briagos Independientes”. A la altura del cuarto pasillo, un niño, como de nueve años y de playera del equipo Cruz Azul, se sube a cantar *El Rey*, de José Alfredo Jiménez,

acompañado de un bote de frutsi y un peine que fungen de instrumentos musicales.

*Con dineero y sin dineero
hago sieempre lo que quiero
y mi palabra es la leeeey.*

Muy pocos le ponen atención, ya que el sueño es más fuerte que aquella canción ranchera.

—¿Gusta cooperar?! ¿Gusta cooperar?! —les pregunta el niño a quienes aún van despiertos, pero sólo una señora le da dos pesos. Aprovecha los semáforos de la avenida Rojo Gómez para descender.

—¡Bueno ya, no carnal! ¡Todos venimos cansados, todos venimos cansados! —le grita furioso un joven a un señor que se recarga continuamente en su hombro mientras duerme.

Sí, con seguridad todos vienen monstruosamente agotados, pero sobre todo vienen solos. Quizá por ello una parte de *El Rey*, que pocos pudieron escuchar, tenga mucho sentido en aquel gran regazo materno del desamparo que, por hoy, se ha quedado atrás:

*No tengo trono ni reina,
NI NADIE QUEEE ME COMPRENDA,
pero sigo siendo el reeeey.*

Partido de práctica: La Cuesta vs. Combinados

Es jueves 27 de una calurosa primavera de marzo, el sol desciende diagonalmente sobre las oxidadas gradas sin sombra y una pequeña tienda prefabricada de dulces y artículos deportivos. Se extiende al par de canchas de balompié semiprofesional pobremente empastadas y a las otras dos de futbol rápido que lucen alfombras que parecen haber sido víctimas de algún carnicero demente. En una orilla hay mallas metálicas, como las que rodean todo el deportivo, y restos de porterías apiladas junto con pasto quemado, arriba del cual aparece un viejo balón ponchado como si de una cereza en el pastel se tratara. Los árboles y el pasto seco dan la sensación de clamar por un poco de agua, y bajo la tierra seca se incrementa tanto la temperatura que las tuzas deciden hacer hoyos en todas partes para refrescarse.

En este deportivo se desarrolla el torneo de la Liga de la CEDA. En él participan no sólo miembros del mercado, sino también empresas circunvecinas para así obtener más ingresos. La fundación de la Liga, en 1990, se debe a la intención de erradicar un viejo problema que se resume en el dicho de uno de sus fundadores, Eulalio Estrada: “Yo prefiero ver a mis hijos tras un balón que detrás de las mujeres^{*}, la droga o el alcohol”. Se empezó jugando futbol de llano con diablos y comerciantes; tiempo después empastaron las canchas e hicieron tribunas. Fue entonces que cobró renombre. El deportivo estaba ubicado adentro, junto a la Dirección General, había tres campos profesionales, un semiprofesional

*Sexoservidoras.

y otro infantil, además de una cancha de frontón. El espacio era de nueve hectáreas.

Un seis de enero, cuando los miembros de la Comisión de Deportes regresaron de las vacaciones de invierno de 2006, se encontraron con que las autoridades de la Dirección General ya habían demolido aquel flamante deportivo para dar cabida a un nuevo proyecto: la Plaza Central. Debido a esto se decidió reinstalar las canchas aquí: fuera de la entrada principal junto a la avenida Eje 5 Sur, con un espacio que no llega ni a dos hectáreas.

De la Plaza Central, el Fideicomiso piensa obtener anualmente 25 millones de pesos, contrario a los aproximadamente 500 mil pesos que les genera en la actualidad el deportivo. Aunque para ganar más dinero hay que reinvertir en el mejoramiento y ampliación de las instalaciones deportivas, ya que así se podrá cobrar más a los equipos por jugar, cosa que no se hace. Ahorita merodea el rumor de que probablemente desaparezca para siempre el deportivo o, en su defecto, cambien a los directivos de la Comisión de Deportes. Todo se decidirá el 31 de octubre en una junta. Quizá por eso es que aún no ha dado inicio el torneo y sólo se juegan partidos de práctica.

Son las tres y cinco de la tarde, y la temperatura parece incrementar a cada instante. En la banca de árbitros, dos señores, Roberto y Gabriel, se resguardan del sol mientras esperan a que los equipos rivales estén listos para poder entrar a pitar el encuentro. Deciden matar el tiempo rememorando a algunos de los jugadores y equipos que han pisado las canchas del deportivo de la CEDA.

—Me acuerdo que en la Liga jugó Cuauhtémoc Blanco con el Rosario Central, donde el dueño, Eulalio Estrada, le prestó 20 mil pesos para su primer coche —dice Roberto, quien lleva arbitrando siete años en la CEDA—. También jugó Carlos Reynoso, Germán Villa, Juan Hernández, Mario Carrillo, el que lesionó a Ramón Ramírez en la primera división, García de Dios, Adrián Chávez y Zizihno, papá de Giovanni Dos Santos. El año pasado vino Morgan Platas y terminando de jugar la Liguilla se fue a Brasil para el mundial de fútbol de playa.

—Sí. ¿Te acuerdas también cuando los Tuzos Pachuca trajeron a tres nigerianos, hace como cuatro años? —le pregunta Gabriel, quién aunque sólo lleva arbitrando tres años, ya se ha apropiado aquel dato.

—Pues sí han venido de muchos países: brasileños, argentinos, uruguayos, jamaquinos, cameruneses, de Costa de Marfil, chilenos, costarricenses y hasta alemanes —le contesta Roberto.

En el campo, el equipo de Combinados ya entrena para el encuentro mientras los jugadores de La Cuesta apenas se están cambiando de ropa en la diminuta banca de locales. Aunque ambos equipos son de la CEDA, a los de La Cuesta, que provienen del área de Frutas y Legumbres, les toca fungir de locales por haber resultado campeones de la Liga en el torneo anterior contra los Freseros. Algunos jugadores del equipo campeón aún no llegan, pero Valentín, joven moreno y delgado, revisa su celular y le dice al *Chaparro*:

—¡*El Gordo* me acaba de responder el mensaje, que viene en camino!

—Ha de venir en diablo el güey. ¿No le preguntaste si viene *El Changoleón*? —le pregunta *El Chaparro*, quien es uno de los dos dueños del equipo, al tiempo que se pone la playera que disimula su enorme panza de cuarentón que lo hace ver muy gracioso con su escaso bigote a la Cantinflas.

—No.

—¡Pinches *talacheros** ni la hacen! —exclama *El Tacuis*, clavándole la mirada a dos jugadores del otro equipo y dejando al descubierto sus prominentes dientes.

* Así se les llama a los jugadores pagados provenientes de ligas profesionales, del extranjero o de afuera de la CEDA, a reforzar a los equipos. “Al muy buen jugador le llegan a pagar hasta mil 500 pesos por partido”, según declara el director de la Comisión de Deportes de la CEDA, Alfredo Mancera; y agrega que “hay dueños que han invertido hasta 80 mil pesos en un sólo torneo” entre todos los gastos: uniformes, arbitraje, inscripción, Gatorade y los *talacheros*. Pero ahorita, por ser partidos de prácticas, no tiene mucho sentido la presencia de los jugadores pagados. Además, hay que decir que debido a las pésimas condiciones de las canchas, el interés de los equipos por la Liga se ha visto afectado y, como consecuencia, la necesidad de jugadores especiales es menos. Antes había una competencia, deportiva y de ego, entre los dueños de los equipos por quién traía el mejor equipo y, por ende, a los jugadores de más renombre. Tanto que el público asistente solía apostar con gusto a su equipo favorito. Al respecto, Enrique Ballesteros escribió un artículo para su blog (elotroladodelbalon.blogspot.com) titulado *Las talachas*, en donde menciona que: “La pasión del juego despierta la adicción de la fortuna y se le apuesta al favorito. Cien, quinientos, mil, cinco mil pesos, ¡no es nada! Los dueños de los equipos, bodegueros de la Central, también apuestan y se cuenta que han dejado en el juego, bodegas y cargamentos enteros.”

—Como dijeron: “no, pus vamos a jugar contra el campeón del torneo” — dice Valentín.

—¡Y orita van a ver pura pinche nenita, güey! —le dice riéndose *El Tacuis* en referencia a que muchos de sus jugadores titulares están de vacaciones.

—¡Mi pinche vieja no me lavó mis calcetines! —se queja un joven de cabellos parados, a quien por su baja estatura apodan *El Pitufu*, al tiempo que se pone unas medias originalmente blancas.

—Pus los quieres bien lavaditos, bien planchaditos y no le dejas pa'l jabón —se burla Paco, señor moreno y de bigote, sin molestarse en levantar la mirada atenta en el nudo de sus agujetas rosas.

(Risas generales: “¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Ya llegué! —les anuncia un joven a quien apodan *El Morro* y que viene peinado de raya en medio.

—¡Órale *Nicón*, te duermes! —le grita Paco a un joven delgado, que se aproxima con una mochila, para apresurarlo.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete! —cuenta *El Chaparro* a los jugadores, al tiempo que con el dedo índice los señala uno a uno.

—Ya con esos ¿Pa' qué quieres más? —le dice *El Morro* minimizando a los adversarios.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Goliza que te van a meter, cabrón! —le dice *El Tacuis*.

Sólo les faltan dos jugadores más para completar su equipo, pues debido a que las canchas no cuentan con las medidas reglamentarias como antes para que quepan 11 jugadores de cada equipo, el tipo de balompié que ahora se práctica es el futbol nueve*. Algunas de las reglas de dicho juego consisten en la eliminación de los fuera de lugar, no se le puede dar pase al portero y el partido sólo consta de dos tiempos de 30 minutos cada uno.

—¡Ya llegó el arquero! —dice Valentín, señalando a un joven gordo, alto y moreno, que se llama Toño.

*Se llama así porque en él participan sólo nueve jugadores.

El portero se apresura a cambiarse y, cuando se despoja de la camisa, se puede apreciar en su hombro izquierdo un tatuaje color azul del rostro de Cristo.

—Falta uno —dice *El Nicón*.

—Por allá hay un chavo —dice *El Chaparro* señalando hacia las gradas.

El Pitufu va a invitar al joven a jugar. Éste no sólo acepta, sino que por fortuna viene vestido para jugar más tarde, aunque porta tines en lugar de medias y no trae espinilleras. Pero eso no es un impedimento en un simple juego de práctica. De inmediato *El Chaparro* le proporciona al *Joven Improvisado* una playera blanca, de rayas azul marino a los costados, con las letras de La Cuesta sobre el número 13. ¡Uuuffff! ¡Justo a tiempo!

El árbitro llama a los jugadores para que tomen sus posiciones en la cancha. El uniforme de los Combinados también es blanco como el de sus contrincantes, aunque con rayas rojas al frente. Los capitanes se dirigen al centro del campo para el volado reglamentario. Ganan Combinados y eligen el lado derecho de la cancha. Son las 3:30 de la tarde y el árbitro Roberto pita el inicio del encuentro. De inmediato el número 2 de Combinados toca el balón para el 7.

—¡Échala toda! ¡Échala toda! —le grita un señor de pelo levemente cano que porta el número 10 y que desentona con sus medias y short azul rey, incitándolo a que avance.

—¡Aquí, güey! —le pide el balón un joven que porta el número 9 y paliacate de colores en la frente para absorber el sudor, mientras lo acompaña veloz por el lado izquierdo de la cancha

Le da pase al 9, que hace la recepción con el pie derecho y se acerca a la portería peligrosamente.

—¡Vas solo, solo *Güero*! —le grita el 10.

¡Pum! Tira un cañonazo al ángulo izquierdo antes de que la defensa tenga oportunidad de reaccionar, pero Toño lo rechaza con un grandioso lance. El balón cae a los pies del *Nicón*, quien adelanta algunos metros por la banda derecha, pero de inmediato el 7 de Combinados lo presiona deteniendo su avance.

—¡Échase atrás al *Tacuis*, güey! —le grita Toño desde la portería mientras se arremanga su playera verde, pero parece que el fuerte ruido de los camiones y autos de la avenida impiden que *El Nicón* lo escuche.

El 7 lo cubre muy de cerca, pero *El Nicón* le da la espalda y, con una mano, lo mantiene alejado del balón. Mira de reojo a sus demás compañeros sin saber qué hacer. De pronto da un giro de 180 grados hacia su derecha logrando burlar al rival y manda un largo servicio al *Joven Improvisado*:

—¡Muy bueno *Nicón*, muy bueno, güey! —lo felicita *El Pitufito* por la jugada.

El Joven Improvisado de inmediato toca para *El Chaparro*.

—¡Solo, solo, solo, solo! —le grita Paco.

El Chaparro avanza hasta el lado derecho del área de penalti y, aprovechando que los dos defensores están sobre él, manda pase raso cruzado al *Morro* quien recibe solo frente a la portería:

—¡Métela! ¡Métela! ¡Métela! —le grita Valentín.

El Morro remata con la parte interna del tenis haciendo imposible que el portero ataje el esférico. ¡Gooooool...a los seis minutos del inicio del encuentro! ¡*El balón está en el fondo!* *El Morro* festeja enarbolando una sonrisa marca Krusty el payaso y choca las palmas con algunos compañeros.

—¡Eso, güey, así! —lo felicita *El Chaparro* dándole una palmada en el hombro.

La pelota se coloca en la línea del círculo central. El árbitro indica el reinicio del encuentro. El 9 toca para el 10.

—¡Ve, ve, ve, *Chabelo!* —le dice el señor que porta el número 8 al 12 de los Combinados para animarlo a que siga a sus demás compañeros, pero sus aproximadamente 45 años y su gran barriga se lo impiden.

—¡Aquí, güey! —le pide el 7 al 10.

Le cede el pase y ambos jugadores se acompañan muy pegaditos por la banda derecha.

—¡Otra vez! —le grita el 10 obteniendo el balón de regreso

—¡Fiu, fiu! —le chifla el 2 pidiendo pase.

El 10 se da cuenta de que el 2 está desmarcado y le manda un servicio bombeado. Éste la baja con el pecho justo afuera del área penal, pero llega *El Pitufo* y le da un fuerte empujón con el hombro y la pierna. ¡Zas! El 2 cae al suelo. El silbante marca tiro libre directo. Varios jugadores de La Cuesta forman una fila defensiva frente a su arquero, a manera de muro, para impedir el gol. No se pueden evitar algunos discretos jaloneos, empujones y codazos. El 2 cobra con un potente disparo que pasa por encima del arco y que va a detenerse frente a la oficina de la Comisión de Deportes.

—¡Cómo eres pendejo! —le espeta el 10 de Combinados por haber fallado.

Si alguien en este momento pudiese oprimir por algunos segundos el botón de pausa al partido para asomarse en la pequeña oficina, advertiría a su director, Alfredo Mancera, intentando elaborar un informe para el Fideicomiso. Pero semejante tarea le es imposible con la foto del fallecido José Nieves, antiguo director de la Liga de Fútbol, que parece mirarlo desde lo alto de la pared y preguntarle: ¿Qué fue del antiguo esplendor? ¿Cuál será el futuro de la Liga? Al voltear la mirada para esquivar aquella imagen, se topa con fotos de equipos como Rosario Central, los Tuzos Pachuca y Fresas Laudino. Todo aquello le hace recordar los partidos amistosos entre luchadores y boxeadores que se celebraban en el deportivo; el día en que David Faitelson vino a narrar un encuentro; las tribunas abarrotadas; los bailes de celebración de los equipos campeones; y cuando aquí se encontraban las escuelas de las Chivas, Atlante y Cruz Azul.

Pero detener el tiempo es imposible, por lo que en el campo de juego vemos a Toño que ya tiene el balón en sus manos y les pide a sus jugadores que vayan hacia delante. Realiza un largo despeje que sobrepasa media cancha y que *El Joven Improvisado* controla con el pie. *El Joven Improvisado* se la manda a Paco, quien avanza peligrosamente por en medio de la cancha con un macizo señor de cabello chino, que porta el número 3, tras él.

—¡Síguelo, síguelo! —le dice el 11 al 3 para que no permita que le ganen en velocidad, pero por más que el señor de chinos lo intenta, le resulta imposible por su deficiente condición física.

—¡Sal, sal! —le ordena el portero de Combinados a su defensor número 11— ¡Cúbrelo, cúbrelo! ¡Parado, parado al balón!

Paco se cuela hasta más adelante del manchón penal e intenta un potente disparo. Pero justo cuando golpea el esférico, el 11 lo bloquea generándose un fuerte impacto de pies con el balón como amortiguador. ¡Crash! El sonido es seco y la bola de cuero rebota fuera de la línea de meta.

—¡Hijo de su puta madre! ¡Como entra puerco el cabrón! —le dice Paco al *Chaparro*, visiblemente molesto por un empujón que el árbitro no observó en la jugada.

—¡Pues también éntrale duro, güey!

Mientras el guardameta de los Combinados va por el balón, los jugadores aprovechan para retomar sus posiciones.

—¡Ese güey va con su puta calma! —se queja Paco del portero.

La mayoría de los jugadores tiene la respiración agitada y el sudor los hace parecer como dentro de un baño sauna. Por fin el arquero coloca el esférico en el suelo y toma impulso para el despeje. El balón cae a los pies del centrocampista que porta el número 2, pero Valentín se barre fuertemente haciendo que caiga. El árbitro le saca tarjeta amarilla a Valentín. Después de algunos segundos de falsos gestos de dolor, el 2 se levanta dispuesto a cobrar la sanción.

—¡Vivo, vivo, vivo! —le dice el 10 de Combinados al joven que va a cobrar la falta para que le mande pase.

Pero el pase es para el 9, que avanza libre por la izquierda y les hace señas a sus compañeros con la intención de que se concentren en el área chica. Varios jugadores luchan con pies y codos por desmarcarse frente a la portería. El 2 manda un centro bombeado, pero Toño salta y logra agarrar el balón antes de que pueda tocarlo alguien más.

—¡Hijo de su...! —exclama impotente el jugador 10 por no haber podido rematar de cabeza, a pesar de que saltó como basquetbolista.

—¡Abajo, abajo! —les grita el número 8 de Combinados a sus compañeros, para que bajen a defender la portería.

—¡Vamos, güey! —le dice Toño al *Tacuis* después de mandarle el balón.

Pero en ese momento, el árbitro pita el final de la primera parte. Los jugadores aprovechan para ir a la tiendita a comprar aguas y refrescos. *El Nicón* y Valentín se despojan de la playera y, a cuatro metros de distancia de su equipo, se recuestan sobre el pasto. En la banca de La Cuesta acaban de llegar a apoyar dos muchachos, Juan y Martín, junto con un señor, *El Flaco*. *El Chaparro* los recibe con un:

—¡Quiubolas!

Un minuto después llega con paso veloz el tan esperado *Gordo*. De inmediato se empieza a cambiar, pero le tienen que proveer de casi todo el uniforme ya que sólo trajo la camisa.

—¡No mames! ¡Me quedan grandes estas madres, parecen chalupas! — se queja *El Gordo* mientras se amarra las agujetas de los tenis que le prestó Toño.

—¡Dale tu short, no importa que sea del América! —le dice *El Chaparro* al *Morro*.

—¿Y yo qué me pongo?

—¡Juega así, güey, con tu pura tanga! —interviene Paco, mientras saca de su mochila un short para *El Gordo*.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Ay, papacito! —le dice *El Tacuis* al *Gordo*, quien está en calzoncillos, al mismo tiempo que lo tortea.

—¡Espérate mi amor... chingá! —le dice *El Gordo*.

—¡Pinches putos! —les grita Martín, que luce playera blanca y peinado de raya en medio. *El Gordo* sólo eleva el dedo medio de la mano derecha.

El árbitro llama para la segunda parte.

—¡Córrele, pinche escuincle! —le dice *El Chaparro* al *Gordo*, quien camina lento mientras se pone su camisa número 10 para sustituir al *Joven Improvisado*.

Hay un pequeño cambio en las posiciones, Paco se coloca como centrocampista y le cede al *Gordo* su lugar en la delantera. En la banca de La Cuesta se queda el muchacho y los dos señores que llegaron a animar.

—Ese chavo no estaba antes, es mecánico, quién sabe quién lo puso aquí —dice Juan, que viste playera azul marino y trae puestas varias pulseras de equipos de futbol, sobre el 2 de los Combinados.

—Ese Carlos sí le pega bien —dice Martín sobre *El Gordo*.

—¡Órale Valentín, sube a apoyar en la delantera, güey! —grita *El Flaco*, quien porta pantalón de mezclilla azul marino ajustado, que acentúa su delgadez.

—Es que se la llevan bien, y ya en el último toque se atontan, güey —le hace ver Martín al *Flaco* y agrega sobre el 7 de Combinados que está en posesión del balón—: Ese flaquito estaba re' tontito, yo lo vi, y ahora ya juega bien.

—Pus tú échale también ganas, güey —le dice *El Flaco*.

—Es que estoy re' gordo, el cuerpo no me ayuda, güey.

En una de las dos gradas vacías, un niño como de nueve años, de playera anaranjada y corte de honguito, narra el transcurso del partido como todo un *Perro Bermúdez*, aunque sólo lo escucha su mamá y un señor.

—La tiene el número 7 de Combinados, manda un buen centro ¡Viene contragolpe! ¡El 10 ya se quitó a uno! ¡Tira! ¡Cerca, muy cerca! La tiene el 4 de La Cuesta, se la manda al número 14. ¡Olé! ¡Buena! ¡Manda centro, remate del 7 y... falla! Despeja el portero de Combinados, pero ese balón se fue a la tribuna. Desde aquí un saludo hasta Pachuca. La recupera el número 9 de Combinados, manda pase para el 7. ¡Contragolpe! Se lleva a uno, se lleva a otro, tira y... ¡Gooooooooooooooooooooo! ¡Se empata el encuentro con un golazo de alfombra roja y caravana! ¡Lo platicamos...todos!

En ese instante entra la banda musical Sol del Pacífico acompañando al equipo de Moderlan y a su porra de amigos. Parece que llegaron muy temprano, pues aún faltan 30 minutos para el partido que tienen programado. Aunque en realidad nunca es demasiado temprano para que la porra incremente su ánimo festivo y aclare su garganta con un buen mezcal de cuatro litros. Los jugadores se ponen el uniforme bajo un árbol y sus seguidores se acomodan en las gradas. Por su parte, la banda musical se sienta en la banca de árbitros, junto a sus instrumentos, a comer tacos de canasta y divertirse coreando el clásico:

—¡Chiquitibum a la bim bom bá! ¡Chiquitibum a la bim bom bá! ¡A la bio a la bao a la bim bom bá! ¡Quien gane, quien gane, ra, ra, raaaa!

El árbitro Gabriel voltea desde la línea de banda y frunce el seño al advertir que han ocupado su lugar. Pero de inmediato regresa su atención al campo de juego en donde el 12 de Combinados tira un peligroso disparo hacia el ángulo derecho de la portería de La Cuesta que pasa rozando el travesaño. Saque de meta para La Cuesta. Toño planta el balón sobre el escaso pasto y se tarda un poco decidiendo a quién mandarla.

—¡Ya tócaleeeee! —le grita *El Tacuis*.

Por fin Toño manda en cortito para Valentín, quien por su posición debiera estar en medio campo.

—¡Córrele 15, córrele güey, jálalo! —le grita Martín desde la banca a Valentín, para que intente atraer la marca del *Gordo* y éste último pueda quedar libre.

—¡Afloja! —le grita *El Gordo*, quien ahora va libre por en medio del campo.

Valentín le manda un pase raso. Justo cuando *El Gordo* está por recibirlo, lo embiste el 7 de Combinados con una peligrosa barrida por la espalda que lo hace volar unos cuantos centímetros. ¡Zas! El golpe fue tremendo, pero la adrenalina parece ser más fuerte, pues *El Gordo* se levanta como resorte y le propina un violento empujón a su agresor.

—¡Fíjate, pendejo! ¡Ni siquiera tocaste el balón!

—¡Igualito que su papá —le dice *El Flaco* a Martín.

De inmediato se acercan otros jugadores para tratar de intervenir. *El Tacuis* empuja levemente con el hombro al número 10 de Combinados, lo mismo que *El Morro* al 9. Algunos intentan calmar el pequeño altercado, pero no pueden evitar los insultos y empujones. El árbitro opta por sacarle tarjeta amarilla al número 7.

Fuera del campo de juego, el señor Rubén, que desde hace 12 años trabaja en la tienda de deportes y dulces, observa atento la discusión tras unas cajas con refrescos. Recuerda una batalla campal que se generó en el antiguo deportivo, donde participó “el bravucón” de Cuautémoc Blanco y los del barrio de Tepito que

venían “muy sácale punta”, pero “aquí sí le dieron una zapatiza al *Temo*”.
¡Grandes momentos aquellos!

Por fin reinicia el partido. *El Gordo* cobra la falta y le manda el balón a Valentín; éste toca para *El Chaparro* quien avanza unos cuantos metros por la orilla derecha y se prepara para un centro. Hay cuatro jugadores de La Cuesta listos para el remate y sólo tres de Combinados defienden. La polvareda frente a la portería sin pasto revela la feroz lucha por la recepción del esférico. *El Chaparro* manda servicio al centro del área chica. El jugador número 3 de Combinados se eleva para intentar ganar en el juego aéreo, pero *El Gordo* aprovecha su altura y corpulencia para conectar un poderoso remate de cabeza hacia el ángulo superior izquierdo. El sorprendido arquero sólo se queda mirando sin poder hacer nada. ¡Gooooooooooooo! ¡La Cuesta logra darle la voltereta al marcador! Todos los compañeros del *Gordo* corren sonrientes para hacerle bolita y celebrar.

Después de unos segundos se vuelve a poner en acción el esférico. El 3 de Combinados manda pase cortito para el 2. El 2 avanza unos cuantos metros y, cuando advierte que *El Gordo* se acerca para frenarlo, se apoya con el número 7 esperando la devolución en un intento de pared, pero el 7 no parece captar la jugada.

—¡Aquí, güey, ya me viste, regresa! —le grita el 2 al 7, pero éste no hace caso y corre imparable por el ala derecha.

—¡Ya se les fue! —grita un espectador desde las gradas sosteniendo su vaso con mezcal.

—¡Hey! ¡Hey! ¡Aquí! —le grita el número 9 con el brazo levantado y sin dejar de acompañarlo en la jugada. Pero todo es inútil, el 7 parece enloquecido, su mirada está fija al frente y su rostro se endureció. En cada zancada, su cabello largo, agarrado con una liga, se balancea como péndulo, y su piel tostada lo hace parecer temible. ¡Nadie puede alcanzarlo! ¡Se le ha metido el espíritu de Ronaldinho!

—¡Bájate, 15, bájate, güey! —le grita Juan desde la banca a Valentín para que apoye.

¡Hay una sensación de peligro! Pero el poder defensivo de La Cuesta se encuentra listo para frenar a aquel poseso futbolero. *El Tacuis* se acerca de frente. El 7 se da cuenta y prepara un centro para el 9, pero no advierte al *Nicón* que se barre por un costado logrando mandar el balón fuera de la línea de banda. ¡Misión cumplida! Aquella jugada parece haber provocado nerviosismo y calor en los animadores de La Cuesta, ya que Juan le dice al *Flaco*:

—Compra unas chelas, güey.

—Al rato porque ya no tomo.

El 10 corre para cobrar el saque de línea. Manda pase al 9 que logra interceptar Paco, pero justo en ese instante el árbitro silba el final del encuentro. Los jugadores se dirigen exhaustos y bañados en sudor a su banca. De inmediato empiezan a cambiarse de ropa. *El Flaco* olvida su abstemia y le da dinero al *Morro* para que vaya por una cerveza. Quizá recordó un famoso dicho: “es de sabios cambiar de opinión”. Además, el nuevo triunfo lo amerita.

—¿Chica o grande? —le pregunta *El Morro*.

—Grande.

—¡Ya no tomo, dice! —se burla Juan.

Cuando *El Morro* sale del deportivo, entran tres hermosas muchachas acompañadas por un señor. Vienen a apoyar al equipo de Moderlan. Las tres portan playeras de manga corta y pegadísimos pantalones de mezclilla.

—Ahí vienen las leidis —dice *El Tacuis* a punto de ponerse el pantalón.

—Son las mamasotas de los de Moderlan, güey —le dice Martín.

Cuando pasan frente a su banca, *El Gordo* imita a un lobo:

—¡Auuuuuuuuuhhhh!

—¡Cállate Carlos! —lo reprende *El Chaparro*.

Las encantadoras damitas se saben observadas por aquellos hombres sin playera o en calzoncillos. Pero no parece molestarles, al contrario, una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus rostros ante tantas manifestaciones de admiración y buen gusto. Es más, se contonean con más ganas.

—¡Mira, noooo! ¡Están bien sabrosas! —exclama *El Tacuis* mientras agujijonea con la mirada aquellos tres pares de redondas nalgas.

—Ese culo es pa' sentarse —dice *El Gordo* palpándose el bulto de la entrepierna.

Minutos después llega *El Morro* cargando una caguama y, sin dar tiempo para que se cambie, *El Chaparro* dice:

—¡Ámonos!

Mientras se alejan turnándose la botella de cerveza, se escucha el nuevo silbatazo para el inicio del partido de Moderlan. La banda musical empieza a tocar *Camarón pelao*. La porra manifiesta su energía con profusos vítores. En otras gradas vacías, una niña se columpia en la rama de un árbol como si fuese caballo y, dentro de una cancha de fútbol rápido, algunos hijos de los trabajadores del deportivo juegan con una botella de Coca-Cola. Nadie sabe cuál será el futuro del deportivo, pero por hoy que suene la tambora, la tuba y los trombones. ¡Rataplán, tararí, tuturutú! ¡Que siga la alegría!

Un Centro de mucho corazón y bajo presupuesto

Cerca de la CEDA hay un lugar del cual pocos saben de su existencia. Esto ya que luego de una visita al amplio mercado, sólo los de curiosidad de filósofo reparan en la esquina Prolongación Toltecas en la avenida Canal de Churubusco. Pero al detenerse frente a este sitio cercado por rejas azul rey, se aprecia una construcción de tabique rojo y tejas rústicas que forman dos caídas como las de aquellas casas que todos dibujamos alguna vez en la primaria. En su lado izquierdo se encuentra un enorme patio conformado por una cancha de futbol rápido junto a otra de básquetbol bordeada de pasto y frondosos árboles. Sobre una puerta de vidrio se alcanza a leer en letras blancas: “Centro de Apoyo al Menor Trabajador de la Central de Abasto de Iztapalapa. I.A.P”. En uno de los muros se distingue una manta con la siguiente invitación: “Si eres menor de 18 años y trabajas, te ofrecemos gratis: primaria, secundaria, computación, salón de juegos de mesa, regaderas con agua caliente, canalización hospitalaria, canchas de futbol y básquetbol”*.

*Además de estos servicios, los niños y jóvenes cuentan con lavaderos y tendedores para su ropa, pláticas preventivas y de riesgo de trabajo, se les ayuda a tramitar documentos oficiales (como el actual proyecto en donde 25 niños del Centro van a obtener sus actas de nacimiento) y se les asesora jurídicamente sobre problemas de violación a sus derechos laborales o de violencia intrafamiliar. También se proporcionan becas de 500 pesos, principalmente a los más pequeños, para que sus padres no los manden a trabajar y así puedan aprovechar plenamente las clases del Centro. Quien decide asistir se puede integrar cualquier día a clases. Al final de sus estudios, se les otorga un certificado oficial para que puedan continuar estudiando, ya que existe un convenio con el Instituto Nacional de Educación para los Adultos (INEA). Cabe señalar que anteriormente se contaba con preparatoria y visitas a distintos sitios como zonas arqueológicas, museos, parques de diversión y cines. Sin embargo, a partir de 2007 esto se eliminó por un grave problema que ha afectado al Centro: la falta de recursos.

El Centro surgió en noviembre de 1992 como un proyecto conjunto entre el Fideicomiso de la CEDA, la delegación Iztapalapa y, como encargada de su coordinación, la Administración de la Dirección de Protección Social del Distrito Federal. Pero al cabo de un año se convirtió en una Institución de Asistencia Privada. Éste fue el primer proyecto para niños trabajadores del mercado; después le siguió, en 1998, el Albergue para Niños y Adolescentes de la Central de Abasto, promovido por el Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia. La diferencia fundamental entre ambos radica en que el Centro de Apoyo al Menor Trabajador es un centro de día, es decir, que abre sus puertas de las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, y el Albergue para Niños y Adolescentes funciona las 24 horas. Además de que el primero depende en su mayor parte de las donaciones de instituciones, sumadas a la aportación del Fideicomiso, y el segundo obtiene todos sus recursos del gobierno.

Los niños y adolescentes del Centro son distintos a muchos de los llamados *niños de la calle*, pues están acostumbrados a trabajar y eso les ha dado cierta autonomía. Además de que no hay niños ni jóvenes con problemas de drogadicción y alcoholismo. La mayoría son diableros, pepenadores, recolectores de cartón, vendedores de dulces y estibadores. Su lugar de origen es disímulo, pues provienen de estados como Oaxaca, Puebla, Michoacán y Guerrero.

Son las 11:30 de la mañana y frente al Centro un niño y una niña, con su mochila sobre la espalda, esperan agarrados de la mano a que el semáforo indique luz verde para cruzar. Son hermanos originarios de Oaxaca y viven en el Distrito Federal desde hace seis años. Tocan en un portón de rejas y el vigilante Santos Bautista sale de su caseta a abrirles. Atraviesan una puerta de vidrio que luce el logotipo del Centro: un niño sentado en su diablo de trabajo leyendo. Junto a la entrada aparece una lista con la fecha de hoy en donde anotan su nombre y la hora en que llegan. Algunos metros adelante hay un pizarrón blanco que dice: “¡Adivínale! Cuando me siento me estiro, cuando me paro me encojo. Entro al fuego y no me quemo, entro al agua y no me mojo. Te esperamos a festejar el día del niño con nosotros. ¡Felicidades!”. Al fondo hay una larga barra de madera que también funge de oficina y resguarda varios juegos de mesa. Al lado derecho se

encuentra la oficina del director, José Luis Gutiérrez*. Ambos hermanos se sientan en una mesa ubicada a su izquierda a terminar de hacer su tarea, mientras esperan a que dé la una de la tarde para que inicie su clase.

—¡Estoy trabajaaaando! —dice Mariana, quien tiene siete años y cursa primero de primaria, mientras ilumina una casa en su libro de texto. Es de tez morena y cabello lacio que sujeta con una liga, viste pants rojo y camisa gris.

—¡Cállate! —le dice Luis, quien tiene 13 años y cursa quinto año, pues también se encuentra concentrado en su tarea. Él es del mismo color de piel que su hermana y luce un corte de casquete corto, porta sudadera negra y pantalón de mezclilla azul. Luis, como la mayoría de hombres que asisten aquí, trabaja de diablero en la CEDA.

—Está bien. ¡La la la la la la la! —empieza a tararear Mariana sin despegar los ojos de su dibujo.

Tras de ellos hay varias computadoras sobre las que aparecen colgados algunos carteles del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, que enuncian los derechos de los niños: “Educación”, “Igualdad de trato”, “Vida familiar” y “Asistencia de emergencia”. En una esquina se localiza el denominado Rincón de Lectura, conformado por dos pequeños estantes con libros y un pizarrón en donde se invita a “disfrutar los tres nuevos títulos: *Aladino y la lámpara maravillosa*, *Los viajes de Gulliver* y *Robinson Crusoe*”. A cuatro metros a la izquierda se encuentran tres puertas negras que permiten el acceso al aula 1, que está destinada para los alumnos de secundaria, la biblioteca, que se utiliza para las clases de primero a tercero de primaria, y el aula 2, que sirve para los alumnos de cuarto a sexto de primaria.

Pasados algunos minutos, parece que Luis ya se aburrío, pues mira de un lado a otro. Luego empieza a golpear la mesa con los nudillos y, ayudado de su lápiz, le pica las costillas a Mariana con la intención de distraerla.

*Dicho cargo le fue encomendado desde 1995 porque ya había trabajado con diversos grupos marginales, entre ellos la Banda de los Panchitos. Vivió en zonas agresivas y difíciles como la calle Mezones, ubicada en el Centro de la ciudad, en donde, según cuenta, “me tuve que aventar más de 40 tiros hasta convertirme en el líder y poder cambiar muchas cosas”.

—¡Yo también te voy a picaaaaar! —le advierte Mariana, al tiempo que se cubre la nariz y le dice con sonrisa maliciosa—: ¡Te huele tu boca!

—¡Cállate!

En ese momento llegan tres adolescentes y Luis se levanta emocionado de su mesa y les dice:

—¡Vamos a jugar fucho!

—Yo no puedo —le responde uno de ellos y se mete sin detenerse al aula 2 a hacer su tarea.

Los otros dos adolescentes se sientan con Luis. Pero no tienen que esperar mucho, ya que segundos después llega un niño rubio, de bermuda *beige* y camiseta negra, silbando una canción irreconocible.

—¡Tocayo! —le dice a modo de saludo al profesor de secundaria, Rodrigo, quien permanece de pie en el marco de la oficina del director mientras se pone de acuerdo con éste y con la abogada del Centro, Elena, sobre la comida que se va a preparar para el festejo de mañana—. Me prestas un balón.

El profesor saca el balón de la barra de madera y se lo da. Rodrigo se va con Luis y los otros dos adolescentes rumbo a las canchas de fútbol rápido. Para llegar tienen que transitar por un estrecho pasillo en donde se hallan los *lockers* frente a los baños. Al salir por una puerta negra, con lo primero que se topan es con los lavaderos y dos cuartos rodeados de malla metálica, en uno de los cuales hay tendederos y en el otro un pequeño gimnasio. Más adelante está la cancha de básquetbol y, hasta el fondo, la de fútbol rápido.

Después de practicar pases por unos minutos, deciden organizar un juego. Éste consiste en que dos jugadores se enfrentan a potentes disparos de balón desde cada portería hasta anotar. Es muy parecido a los clásicos penales. Los otros dos, a quienes se les denomina *baloneros*, se colocan tras la red metálica de cada arco y se encargan de ir por el balón cuando sale de la cancha, mientras esperan su turno de jugar.

—¡*Balonero*, vente pa' acá! —le dice Rodrigo a Cristian, quien es moreno, de cabello corto, viste camisa negra y pantalón de mezclilla azul cielo.

Los primeros que juegan son Rodrigo contra Luís. Este último tiene por *balonero* a Carlos, quien es alto, porta gorra negra, playera blanca con la imagen de San Judas Tadeo y pants Adidas azul marino con líneas en ambos costados.

—¡Ándale, estuvo cerca!, mira hasta dónde se fue el balón —dice Rodrigo después de que Luis le conectó un fuerte disparo. Y luego advierte—: ¡Ahora sí!, me queda un poco de energía y la vas a pagar muy caro.

Cristian va por el balón y se lo da a Rodrigo, quien lo acomoda en el suelo, camina hacia atrás para tomar vuelo y tira un cañonazo:

—¡Ay, puto! —exclama Luis, quien inmutable ve pasar el balón por su costado izquierdo.

—¡Ahuevo! ¡Gooooooool! —exclama sonriente Rodrigo—. ¡El que sigue!

Es el turno de Cristian. En ese momento llega César, un niño de siete años, tez blanca y ojos café claro, viste camisa roja y pantalón de mezclilla azul. César es muy pequeño para jugar con ellos, además de que se agita muy rápido debido a una reciente operación en el corazón. Pero se contenta con subirse a observar sobre un pequeño muro gris que rodea la cancha.

—¡Ou! —exclama César ante una atajada de Rodrigo.

—¡No manches, a ese güey no le vas a anotar! —dice Carlos refiriéndose a Rodrigo.

A lo lejos, se advierte al director José Luis Gutiérrez acercarse a la cancha. A cada paso se le puede distinguir mejor una pequeña herida, que se camuflajea muy bien en su piel morena, y un tic en el ojo izquierdo, quizá producto de las múltiples riñas en que participó de joven. Lejanos tiempos aquéllos, pues algunas canas en su cabello delatan sus más de 50 años. Viste pantalón de mezclilla azul y camisa a cuadros abierta que deja ver su playera negra. Todos en el Centro lo llaman profe.

—¡Carnalitos, son la una y diez de la tarde, ya es hora de que se vayan a sus clases! —les dice antes de llegar completamente a la cancha y da media vuelta para alejarse.

Al escucharlo, César voltea y se baja apresurado del pequeño muro gris. Corre lo más rápido que puede hasta que lo alcanza para irse con él. En el camino le quita la envoltura a un chicle y le pregunta un tanto agitado:

—¿A usted también le gusta el fútbol?

—No. Me gustan las carreras de autos y el fútbol americano*.

—¡Ah, eso no me gusta!

Cuando César ingresa a su salón, la clase ya ha iniciado. De inmediato saca sus útiles y se coloca, al igual que sus compañeros, alrededor del escritorio de la profesora Maribel. Ella tiene como 45 años de edad, es morena, de cabello hasta los hombros pintado de rojizo oscuro, viste pantalón de mezclilla azul y camisa *beige*. Sólo hay 14 alumnos, ya que muchos faltan porque tienen que ayudar en su casa económicamente; así como cuatro en el aula 2 y nueve en la 1. Por ser clases de *multiniveles*†, la profesora les deja una actividad a unos mientras trabaja con otros. Algunos están identificando el uso de la letra “B” y “V”, por lo que la profesora les lee en voz alta, y sílaba por sílaba, oraciones que ellos van siguiendo desde su libro de texto.

—Be-to ti-e-ne un ba-lón. Aquí lo van a poner de acuerdo al inciso. Mientras ya vimos esta sílaba. So-fí-a na-da en u-na al-ber-ca. La va-ca mue-ve la co-la. ¿Qué dice la otra?

—¡El bar-co se rom-pió! —leen los niños al unísono.

—¡Muy bien! Quiero que identifiquen las sílabas. Ya vimos la sílaba “B”, de bebé o de barco. Puede ser mayúscula o minúscula. También la “V” de vaca que tiene el mismo sonido que ésa. Al rato vamos a ver la “D” de dedo. ¡Pon atención, Roberto! —le dice a un niño que está platicando con otro—. Ahora quiero que en su libro completen las oraciones con las sílabas que faltan.

*No obstante, en su oficina hay una repisa repleta de trofeos de fútbol soccer que los niños y jóvenes del Centro han ganado. Esto ya que antes, el Centro tenía un equipo para competir que llegó a alcanzar un nivel muy alto. Tanto es así que el director comenta orgulloso una anécdota: “Un día preparamos un equipo e íbamos a jugar, pero resulta que no llegó el equipo contrario. Entonces en otra cancha estaba entrenando uno de los equipos del América, de puros chavos bien uniformaditos, todos arregladitos. Los de nosotros traían sus zapatos comunes y corrientes, todos dados al queso...y les ganamos. El entrenador del América estaba que se lo llevaba el demonio”.

†Clases dadas por un sólo profesor, abarcan múltiples grados y todas las materias en una misma aula. Si a esto se le agrega que en el Centro los alumnos cuentan con la posibilidad de integrarse cualquier día del año, entonces algunos que cursan el mismo grado pueden ir más avanzados que otros.

Ahora toca el turno de los dos alumnos que están aprendiendo a distinguir los colores, por lo que permanecen sentados junto a la profesora mientras los demás se van a resolver ejercicios a sus pupitres.

—¿A ver quién sigue? Mariana y Panchito. Van a colorear las manzanas y las uvas que están en la canasta de fruta porque vamos a ver otro color. ¿Cuál es el color morado? ¿Conoces el color morado? —le pregunta a Francisco, un niño regordete de seis años.

—No.

—Fíjate lo que vas a hacer. Con este color morado vas a colorear las uvas. Pero quiero que traigan su cuaderno, regla y compás para dibujar más uvas —les dice a ambos, quienes de inmediato van a su pupitre a sacar de su mochila lo que les indicó—. Los dos deben de empezar juntos para que ninguno se atrase. ¡Ese chicle! —le dice a César, quien se levanta sin chistar y tira la goma de mascar en el bote de basura.

Mientras tanto, en una mesa frente al gimnasio, el director juega *damas* con Carlos. Los acompañan dos tímidos adolescentes como de 16 años que observan con atención cada movimiento. Uno de ellos, Héctor, porta una vistosa playera amarilla del equipo Morelia; y el otro, Paco, una a rayas blancas y azules. El director se encarga de vigilar a los niños y jóvenes cuando por alguna razón no están en clases o durante su *proceso de integración** antes de que puedan ingresar a cualquier aula. Estos muchachos, como todo aquel que ahorita se encuentra afuera, pertenecen a este último caso.

—¡A esto yo le llamo masacre! ¡Quiero ver sangre! —le dice el director en tono de broma a Carlos al tiempo que realiza dos saltos en diagonal para comerse un par de fichas. Luego le aconseja—: Mira bien esa tirada, analízala. ¿Por qué no estuvo bien? Fíjate en lo que estás haciendo, carnal.

* Así le denominan al periodo en que los nuevos niños y jóvenes que llegan al Centro intentan adaptarse a las normas de convivencia y respeto que rigen aquí como: no tomar, no fumar y no drogarse, por mencionar algunas de las más importantes. Aunque cuando ha llegado alguien con alguna de estas características se ha alejado, porque, según el director, “se siente fuera de contexto”. Aunado a que los niños le comunican hasta cuando alguien introduce un cigarrillo. Algunas de las características de quienes llegan por primera vez son: agresividad, timidez, desconfianza o disgusto por las normas.

—¡Aaaaah! ¡Ja, ja, ja, ja! —se ríe Carlos después de haber reparado en su error, luego mueve su ficha e insta al director para que tire—. Sale, profe.

—Escoge, de los dos lados te tengo. Aquí voy. ¡Fiuuuuuuuuu! —El director imita el sonido de juegos artificiales y luego da tres estrepitosos golpes en distintas casillas a manera de explosión, a la par que se come las últimas fichas de Carlos

—¡No la vi! —se lamenta Carlos llevándose ambas manos a la cabeza.

—¿Sabes por qué pierdes? Porque tiras demasiado aprisa —le dice el director a Carlos mientras acomodan sus fichas para una nueva partida—. Primero hay que ver qué está haciendo el otro, para así saber lo que yo debo hacer. Tírale por mí —le dice a Héctor con la intención de que empiece a convivir, ya que apenas llegó ayer.

—Él me va a ganar, profe —responde Héctor con timidez, pues está aprendiendo a jugar.

Héctor se sienta en el lugar del director y da inicio el juego. De vez en cuando Héctor voltea a ver al director para que le indique qué hacer. Pero este último le dice:

—Soy de palo, no puedo hablar. Lástima porque tienes una supertirada.

—¡Dígame, profe! —le dice Héctor en tono de súplica.

Un joven de cabello chino, robusto y de estatura baja, se acerca a la mesa. Viste sudadera de gorro blanca y pantalón de mezclilla azul deslavado. Su nombre es José y tiene 15 años. Él ya asiste a clases, pero acaba de llegar porque terminó tarde de trabajar con su diablo y decidió no entrar. Deja su mochila sobre la mesa y se sienta a observar la partida.

—¡Muere por boba! —exclama Carlos sonriente mientras se come una ficha de Héctor por no haber aprovechado su oportunidad de comer en su tirada anterior.

—¡No la vi, no la vi! —dice Héctor propinándole a la mesa un leve golpe con la mano cerrada.

Paco saca su celular y lo coloca sobre la mesa para que se escuche la canción *Que vuelva* del grupo Montez de Durango:

Que vuelva a mí.

Que olvide el sufrir.

Que vuelvan los días que siempre a su lado viví.

Que vuelva a ser lo mismo de ayer.

Que vuelva a brillar ese cielo de nuestro quereeer.

—¡Profe, profe! —le dice de pronto al director un niño con una gran sonrisa de emoción al tiempo que le da un fuerte abrazo. Se trata de Brian, quien tiene nueve años, tez blanca y enormes ojos negros de largas pestañas; viste chamarra de mezclilla azul, pants rojo y zapatos café.

—¡Hola, carnalito! ¿Por qué ya no habías venido? —le pregunta el director, pues Brian, al igual que José, ya también ingresa a clases.

—Porque estuve enfermo.

Por su parte, Carlos le gana el tercer juego consecutivo a Héctor, quien desiste y le cede su lugar a José.

—También te voy a ganar —le advierte Carlos.

Paco decide irse a dormir bajo un árbol, ya que así como la mayoría de sus compañeros, desde la madrugada empieza a laborar en la CEDA. Por su parte, el director va por un dominó para empezar a familiarizar a Brian con un juego diferente a las *damas*. Aunque en realidad Brian ya distingue las fichas y tiene noción de cómo se juega porque ha visto las partidas entre sus compañeros. Ambos se sientan y colocan las fichas sobre una mesa que se encuentra frente a los lavaderos, a unos cuantos pasos de José y Héctor.

—¿Cómo le harías para contar todos los puntos que hay aquí? —le pregunta el director.

—¡Ummm! —exclama Brian llevándose el dedo índice en medio de los labios—. Sería como las tablas ¿no? Primero va la del cero, luego la del uno —responde al tiempo que empieza a ordenar las fichas en filas que van desde el cero hasta el seis.

Cuando Brian termina, las fichas dan la sensación de formar una escalera moteada estilo Pop Art compuesta por siete escalones. Después el director le pregunta:

—¿Ahora cómo le harías para contar todos estos puntos?

—Así —responde Brian empezando a contar punto por punto—: uno, dos, tres, cuatro...

—Pero así te vas a tardar mucho. ¿Sabes cómo le haría yo, carnalito?, me organizaría. Todo en la vida hay que organizarlo y planearlo. Fíjate que fácil. Aquí hay 10 puntos —le dice el director después de formar un grupo de tres fichas, una de cinco, otra de tres y la última de dos, que dan por resultado 10 puntos—. Ahora formo otros 10 puntos y aquí hay 10, 20. ¿Ves?

Quizá este método al final resulte más tardado que el de contar como Brian proponía; sin embargo, parece una buena manera de aprender a organizarse. El interés del director en la educación y bienestar de los niños, demuestra que éste es un Centro de mucho corazón y bajo presupuesto.

Brian permanece con expresión concentrada mientras cuenta puntos para formar varios grupos de fichas:

—Dos, tres, seis más estos cuatro son 10 ¿no? —le pregunta al director volteando a verlo de reojo.

—¡Eso es! En unos no vas a poder hacer 10 y vas a tener que formar 20.

El profesor sólo observa. Después de algunos minutos, Brian por fin termina de ordenar los grupos de fichas. Entonces los cuenta y dice emocionado:

—¡Ya profe! ¡Son 168 puntos!

—¡Bien, carnalito!, eso es lo primero que hay que saber antes de aprender a jugar dominó.

De pronto empiezan a caer unas cuantas gotas que desembocan en una lluvia torrencial. De inmediato meten las dos mesas y las sillas. Quienes estaban jugando fútbol entran corriendo con la ropa empapada dejando múltiples huellas de tenis en el suelo. Ya son las cinco de la tarde y los alumnos empiezan a salir de sus aulas. Hay un fuerte alboroto generado por el ir y venir. ¡Trapa trapa trapa

trapa! Algunos se reúnen para jugar una partida de *damas*; otros más sacan su toalla, ropa y utensilios de baño de sus *lockers* para darse una buena ducha.

La lluvia sólo duró unos cuantos minutos, por lo que muchos curiosos ya están afuera del gimnasio observando a tres jóvenes hacer ejercicio. El más pequeño, Tomás, tiene 14 años y porta camisa roja. Los otros dos, Hugo y Marcos, no usan playera y tienen los pantalones de mezclilla arremangados hasta las rodillas. Aunque carecen de la masa muscular de un fisicoculturista, a cada abdominal o levantamiento de mancuernilla se les marcan espectacularmente las venas de los músculos.

—¡Miren, se están poniendo en forma los chavos! —dice irónicamente Álvaro, un niño de 12 años que es delgado, moreno, de cabello corto y viste camisa negra.

“¡Ja, ja, ja, ja!” Se ríen todos los presentes, entre los que sobresalen Nayeli y Rocío, que miran con cierto dejo de deseo aquellos cuerpos bien marcados. Ambas tienen 15 años y lucen un peinado de cola de caballo que combinan con sus ajustados pantalones que parecen haber entrado a su cuerpo a fuerza de calzador. Sin que nadie lo advierta, el director se acerca sigiloso y descubre a Tomás, quien aún no puede ingresar al gimnasio, con las mancuernillas.

—¡Hey! ¡A ver, a ver, a ver, a ver! ¿En qué quedamos? Déjame eso. Ya les dije que los chicos no pueden cargar pesas. Y te voy a decir por qué, carnal —se levanta la playera y le enseña a Tomas la herida provocada por la operación de una hernia—: mira, esto me lo hice cargando pesado.

Entretanto, en el interior, frente a las computadoras, César y Brian juegan con carritos sobre el suelo mientras esperan a que las manecillas del reloj se alineen en el número seis y 12 para irse. Pero con certeza lo que más esperan no es la hora de partir, sino de regresar. ¡Y qué mejor si mañana es Día del Niño! Aunque ahora lo más conveniente es disfrutar del momento, pues es bien sabido que lo único seguro que tiene el hombre es el instante y la muerte. Aunque la mayoría de los niños, no así del todo César, disfrutan plenamente de lo primero y no advierten los peligros que podrían llevarlos a lo segundo:

—¡Ruuuuuuuuuuuuuuuum! ¡Voy muy rápido! ¡Hazte a un lado porque vamos a chocar! ¡Zas!

MIERCOLES/30/04/08

Son las 12:30 de un día especial, aunque caprichoso, ya que por momentos está templado y por otros el sol se muestra implacable. La puerta de vidrio del Centro luce adornada con globos anaranjados. El patio se encuentra repleto de niños y jóvenes que normalmente no asisten, pero que hoy hacen una excepción porque desean encontrarse con viejos amigos. Se distraen en la cancha de fútbol rápido, en la de básquetbol, dibujando, paseándose en grupos, sentados sobre el pasto platicando o correteándose. Cada profesor preparó una actividad distinta, según la edad e interés.

—¡Queremos fiesta! —grita Adriana, ansiosa de empezar a jugar carreras de costales. Ella es una alegre y platicadora niña de siete años, luce un fleco que le cubre las cejas, viste pantalón blanco y camisa verde con encaje en las mangas cortas.

—¡A ver! ¿Ya quieren jugar? —les pregunta la profesora Maribel para animarlos, quien hoy viste un holgado pantalón de mezclilla azul y camisa blanca.

—¡Síiiii! —responden todos los niños al unísono.

—Maestra, ¿si gano, qué me van a dar? —pregunta Rodrigo, quien resalta como luz de semáforo con su pants y camiseta roja.

—Ya verás al rato.

Con la profesora Maribel hay dos niñas y tres niños. Adriana, Évelin, que porta malla rosa y camisa blanca, Rodrigo, César, quien hoy trae pants blanco y camisa roja, y Mario, quien tiene poco que se integró al Centro y viste un guango pantalón azul marino combinado con camisa blanca. Junto a la pared,

permanecen sentadas las mamás de Mario y Adriana atentas al inicio del juego. La primera deja ver una amplia sonrisa mientras amamanta a su bebé; al igual que la segunda, quien se hace acompañar de sus otros cuatro hijos que permanecen a su lado.

—No se vale caminar, es brincando con el costal. Si se caen se levantan. Tienen que llegar hasta las dos sillas y luego se regresan —les indica la profesora al tiempo que los niños se introducen en el costal y se colocan en su posición— ¡Sepárense! ¡Sepárense! ¡En sus marcas, listos, fuera!

¡Empiezan a saltar como canguros australianos! La delantera la toman Rodrigo y Adriana, quienes ya dan vuelta en las sillas anaranjadas. A César le cuesta mucho saltar por lo que se queda hasta atrás de los competidores.

(¡Ja, ja, ja, ja!, se ríen a cada salto.)

—¡Ay, no puedo! —exclama Évelin luego de que cae al pasto.

Rodrigo le propina un discreto empujón a Adriana, pero le sale contraproducente porque le gana su peso y cae.

—¡Les gané a todos! —exclama Adriana después de cruzar la meta.

—¡Ah, pero yo me caí! —se excusa Rodrigo y hace un gesto adusto ante la negativa a reconocer que perdió contra una mujer.

Por afuera de la reja que circunda al Centro, se ve venir a Nayeli y Rocío, quienes señalan emocionadas a Rodrigo. Ahora se preparan para jugar a las sillas.

—Tienen que correr alrededor y cuando yo les diga que se sienten, se sientan para ver quién se queda sin silla —les dice la profesora.

Los cinco niños se acomodan alrededor de las sillas y después de que la profesora les da la indicación, empiezan a correr en círculo. Van de un lado a otro, a contracorriente. Aquí y allá chocan de frente, espalda con espalda o contra las sillas. ¡Ay! ¡Chischás! ¡Paf!

—¡Hey, para un sólo lado! —les indica la docente—. ¡Todos arriba las manos y corriendo! ¡Cesarín, córrele! ¡Corriendo! ¡Corriendo! ¡Corriendo! ¡Alto!

Pero aunque César quiera correr, la falta de aire se lo impide, por lo que es el primero en quedarse sin silla. Se inclina con las manos sobre ambas rodillas

para recuperarse, pues experimenta una terrible sensación de asfixia a la que aún no se ha podido acostumbrar del todo. Segundos después se va a sentar junto a la profesora enarbolando una sonrisa. Ella ya no hace mucho caso, pues parece que esto sucede con frecuencia. Sin embargo, si acercaran un estetoscopio al corazón de César, latería más aprisa que el sonido de la batería de cualquier grupo de hard core o jazz progresivo. ¡Tactactactactactactactactac!

—Ahora vayan a tocar la caseta del poli y pasen por detrás de los árboles antes de venir a sentarse —les indica la profesora a quienes permanecen en el juego—. Pero lo van a hacer corriendo en zig-zag.

Los niños corren felices. ¡Ja, ja, ja, ja! Luego de algunos minutos, sólo queda una silla que se van a disputar Évelin y Mario. Ambos se preparan y después de la indicación de “¡fuera!” salen tan aprisa como pueden.

—¡Debes de llegar hasta los árboles, Mario! —grita la profesora— ¡Y tú no agarres a Mario, Évelin! ¡Córranle! ¡Alto! ¡Ya siéntense!

—¡Yo gané! —dice Évelin, quien ocupa un poco más de la mitad de la silla que Mario.

—Perdieron los dos porque hicieron trampa. No hubo ganador —les dice la profesora.

—Ya me cansé maestra —dice Adriana agarrándose el estómago en un intento por controlar su respiración agitada.

—Saque los refrescos, maestra —dice Mario mostrando su peculiar sonrisa que deja al descubierto sus grandes dientes.

—Ahorita, es para que hagan hambre. Si quieren váyanse a iluminar dibujos con la maestra Elba. Al rato que haya más niños hacemos otros juegos.

—¡Sí! —dice Adriana emocionada por la idea.

Caminan hacia las dos mesas que están bajo un árbol. Ahí varios niños y niñas se entretienen iluminando junto con la profesora Elba, quien imparte clases de cuarto a sexto de primaria. Ella es regordeta, de lentes y largo cabello ondulado que sostiene con una mascada; viste pantalón de pana café oscuro y camisa *beige*. Todos cuentan con colores, crayones y distintos dibujos en hojas blancas.

—¿De qué dibujo quieres? ¿De futbol? —le pregunta la profesora a Mario y éste asiente con la cabeza—. Nomás hay de las Águilas y del Guadalajara.

—Del América.

—¿Del A-mé-ri-ca? ¡Abajo el América! —grita Adriana quien ya se encuentra entretenida iluminando un dibujo de Piolín—. ¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo!

—¡Arriba el Pumas! —grita Mariana, quien viste una sudadera rosa.

—¡Buuuuuuuuuuuuuuu! —exclaman varios al unísono.

—Mire, maestra —le dice Mariana a la profesora al tiempo que le muestra su dibujo iluminado de Winnie Pooh.

—¡Ay, a ver! ¡Ah, qué bonito! ¡Eso, así!

En ese momento llega Nayeli. Hoy viene vestida con un pantalón de mezclilla azul marino y una blusa azul cielo de botones que amarró por enfrente para dejar al descubierto su flácido abdomen. Sus labios lucen un sensual color rosa que combina con sus grandes aretes redondos y que remata con un olor a perfume dulzón. Se acerca a la profesora y le dice:

—Maestra, me regala una hojita.

—Sí ¿cuál quieres?

—Es que le voy a enseñar a Rodrigo cómo se pinta —dice sin responder a la pregunta de la profesora, aunque agarra un dibujo de Piolín y se sienta junto al aludido.

De pronto, se escucha una pequeña explosión seguida del ruido producido por numerosos silbidos provenientes de la cancha de futbol rápido. ¡Pum! ¡Fiiiiiiiiu, fiiiiiiiiu! Todo se debe a que el balón se voló hacia la calle y una camioneta lo aplastó. Pero de inmediato éste se repone y todo sigue su curso normal. Alrededor del muro que cerca la cancha hay multitud de jóvenes presenciando el partido. Quienes prefieren gozar de vista aérea, aprovechan el techo de concreto que cubre las bancas de los equipos. Todos quieren ver el partido final del minitorneo que organizó Juan, quien por hoy abandonó su labor de contador del Centro para fungir como árbitro.

Los equipos que se enfrentan en la cancha están conformados por uno de adolescentes que oscilan entre los 12 y 15 años; y el otro por jóvenes de entre 15

y 17 años que ya casi no vienen al Centro. La mayoría de los espectadores apoya al equipo de los más grandes. A pesar de la diferencia de edades y de que algunos de los jugadores más grandes juegan como si se hubiesen instalado un chip con las habilidades de Pelé, el otro equipo intenta jugarles con la misma fuerza e intensidad.

—¡Cámara! —dice uno de los jugadores grandes que luce un paliacate blanco sobre la cabeza, mientras avanza en posesión del balón.

—¡Vamos Luis, aférrate, aférrate! —grita José, quien está de portero y se distingue por su camiseta blanca—. ¡Agárrense a uno, a uno!

—¡Acá, acá! —pide el balón uno de los jugadores grandes que porta bermuda roja.

Pero cuando le mandan el servicio, Carlos, quien es el más vistoso de los jugadores por su playera amarilla del América, se cruza y lo intercepta con el pecho. Después avanza unos cuantos pasos pegado al muro derecho, hasta que el joven de paliacate blanco se planta frente a él intentando quitarle el balón.

—¡No te la hace, no te la hace! ¡Adivina su movimiento! ¡Recárgalo también! —le grita un espectador al joven de paliacate blanco—. ¡No hace nada, no hace nada! ¡Eso, así!

A pesar del apoyo y las recomendaciones, Carlos logra rebotar el balón en el muro y burla a su oponente.

—¡Pégale ya! —le grita Luis, quien hoy porta playera azul.

¡Pum! Tira un cañonazo que pasa cerca del poste derecho de la portería y rebota en la reja azul que circunda al Centro. En ese momento, dos niños que estaban jugando con una pelota se acercan a la cancha e intentan asomarse por el pequeño muro que para ellos resulta muy grande. Pero un espectador que los observa a una distancia de un metro, les dice de forma despectiva:

—No se la raspen tiernos, váyanse pa' allá.

Dentro de la cancha, un joven moreno sin playera, que juega de manera espectacular, recibe el balón de manos de su portero. Luego le dice a su compañero de bermuda roja, en alusión al equipo de los más chicos:

—¡Ahorita les voy a meter la verga!

Avanza algunos pasos y manda pase a uno de sus compañeros que porta camisa negra, quien de inmediato se la regresa. Logra burlar con facilidad a Álvaro y queda frente al arco acompañado por el joven de paliacate blanco. Se acerca peligrosamente por el lado izquierdo de la portería logrando que José salga a cubrirlo. Luego manda un servicio a ras de suelo al joven de paliacate blanco, quien conecta un feroz disparo que hace vibrar la malla metálica de la portería:

—¡Gooooooooooooo! —corean varios espectadores.

El autor de la anotación se hinca con una rodilla para después realizar aquel movimiento de manos, como de arquero apuntando al firmamento, que ha hecho famoso a Cuauhtémoc Blanco. Un espectador que antes asistía al Centro, se emociona al ver el festejo y le dice a su hijo, quien parece estar más entretenido con el pecho de su madre:

—¡Ya crece, hijo, pa' que juegues!

El balón está de nuevo en juego. El equipo que acaba de anotar se hace del control del esférico luego de que Luis falló un tiro a la portería. Ahora empiezan a mandar numerosos pases entre sí para hacer gala de sus dotes futbolísticas, provocando que sus rivales los sigan sin conseguir quitarles el balón. “¡Olé! ¡Olé! ¡Olé!” Corean los espectadores como si estuviesen frente a una corrida de toros. “¡Olé! ¡Olé! ¡Olé!”. Pero justo en ese instante Juan pita el final del partido. Los del equipo de jugadores más grandes obtienen la victoria del minitorneo al quedar 3 a 1 en el marcador. Y aunque no hay un trofeo como reconocimiento, a ellos parece no importarles, pues se abrazan sonrientes al tiempo que gritan con orgullo: “¡Somos campeones, somos campeones!”

Después de unos minutos de festejo, el director se acerca para informarles que es hora de comer. Todos se apresuran a formarse frente a la puerta ubicada junto a los lavaderos. La fila es tan enorme que llega hasta la cancha de básquetbol, por lo que algunos aprovechan para seguir divirtiéndose.

—¡Suéltalo! —le dice Nayeli al joven de paliacate blanco, con la intención de recuperar su suéter que ambos jalan con fuerza de los extremos. Él obedece maliciosamente a la petición y ella cae de nalgas.

(“¡Ja, ja, ja, ja!” Se carcajean los presentes.)

—¡Tú tuviste la culpa! —le dice Nayeli frunciendo el seño y los labios en señal de molestia, mientras intenta levantarse.

—Te ganó tu peso, Nayeli, no manches —se excusa el joven de paliacate blanco.

Mientras tanto, hasta el frente de la fila, el director, ayudado por las profesoras Maribel y Elba, reparte la comida.

—¡Me da una gelatina! —le pide un niño pequeño al director.

—¡Claro, carnalito! —le responde dándole un plato con una hojaldra de mole, su ansiada gelatina y una botella de Jarrito de piña.

—¡Changos, se cayó! —exclama un niño a quien se le voló la servilleta de su plato.

Todos alcanzaron comida, por lo que la mayoría se sienta a comer sobre el pasto. La abogada Elena aprovecha para aparecer en el patio con una bolsa negra, al igual que su atuendo, de donde saca diversos juguetes y prendas de ropa. Cada cosa ya tiene escrito el nombre del niño o joven a quien pertenece. Los más pequeños acuden emocionados a su llamado como si fuese Papá Noel.

—¡Fernandito, bebé! ¡Ven mi amor! —le llama Elena al hermano pequeño de Adriana para darle un antifaz de oso panda y una pistola de agua.

—¡A mí me tocó pelota! —le dice a Fernando otro niño, quien ya juega con su regalo.

Por su parte, Nayeli, Rocío, Rodrigo y quienes ganaron el minitorneo parecen tener cosas más importantes en que ocuparse. Ellos se ríen y miran a las dos chicas como lobos a un cordero; ellas por su parte, lejos de tener miedo o molestarse, sonrían al saberse deseadas. El joven de paliacate blanco ya no puede resistir y por un instante le acaricia con discreción las nalgas a Nayeli. Acto seguido, Rodrigo la abraza y señala con gesto pícaro hacia la botella de refresco que guarda dentro de la bolsa de su pantalón, para luego, en un movimiento veloz, agarrarle la mano mientras se la dirige al pene y decirle:

—¡Mira, toca, toca!

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Ay, baboso! —dice Nayeli y aleja de inmediato su mano; aunque sus gestos no reflejan sus palabras, pues se ríe igual que todos.

A ninguno de aquellos jóvenes parece molestarle tal prueba de cariño, pues la toman como una simple forma de entretenimiento. Quizá todo es cuestión de gustos. Así como Brian gusta de entretenerse con una rana que se encontró. La coloca sobre una mesa y la incita a que salte con algunos piquetes de dedo. El pequeño animal verde obedece no tanto al gran niño domador, sino a su instinto de supervivencia. Aunque cuando Brian advierte una grabadora de voz sobre la mesa, se olvida por un momento del anfibio. Explora el aparato por algunos segundos. Una vez que se da cuenta que dicha grabadora puede reproducir cualquier sonido, empieza a hacer uso de ella.

—¿Quién quiere ser grabado?! ¿Quién quiere ser grabado?! A ti rana, vamos a grabarte —voltea para buscar al anfibio, pero éste ya se ha ido—. ¡Rana! Ya perdí a mi rana, me la iba a llevar.

Ya son las 5:40 de la tarde. Parece que es hora de irse. Poco a poco el Centro se queda desierto. Los profesores meten las mesas y sillas. El ruido de los autos cobra fuerza. La temperatura empieza a descender y las copas de los árboles se mecen como cunas impulsadas por el fuerte viento. En el pasto sólo permanece un balón de básquetbol que se le olvidó a algún despistado. Sería divertido escribir que Brian lo dejó intencionalmente para que su rana jugase por la noche, pero sin duda se estarían falseando los hechos. ¡Croa croa! ¡Croa croa!

Noche húmeda con un grupo de amigables sexoservidores

Son las 9:30 de una húmeda noche del viernes seis de junio y la luna sólo se adivina por un manchón de luz en las condensadas nubes. La nubosidad amenaza con lanzar otra descarga de lluvia en cualquier instante. Un suave viento fresco por momentos enfría el rostro y entumece los músculos. Aún falta media hora para permitir el ingreso a la Central de Abasto, pero eso no es impedimento para que un joven despeinado, de enorme chamarra verde, descienda de un microbús en Eje 5 Sur y salte un pequeño muro de concreto al que han despojado de su malla metálica. Se dirige con paso sereno hacia el Mercado de Flores y Hortalizas. Apenas es perceptible, pues los árboles de la avenida y la débil luz, proveniente de la iluminación del Motel Central Inn, fungen de velo creando claroscuros.

Al caminar por el Mercado de Flores y Hortalizas hay que surcar varios charcos de agua y lodo que aparecen por doquier. Los puestos prefabricados lucen totalmente cubiertos por lonas; algunos tienen la luz encendida y suena música en su interior, pues con seguridad muchos trabajadores viven ahí. Otros permanecen dormidos dentro de la caja de madera, donde durante el día exhiben sus productos. Los afortunados que cuentan con camioneta o camión, gozan del confort de acolchonados asientos o camarotes. Hay uno que otro grupo de gente despierta que limpia flores o bebe café mientras charla para distraerse. Aunque no falta quien, como un policía de amplio bigote, prefiere entretenerse abrazando a una señora mofletuda de minifalda rosa de licra, a la par que cumple con su rondín

de rutina. Parece que el cumplimiento de su deber no le impide propinarle tremendos besos a aquellos labios bembones color carmesí.

Más adelante, un señor y una señora con cubeta y costal al hombro buscan en cada montón de basura latas de aluminio. Ambos se cubren la cabeza con el gorro de su sudadera café. Junto a ellos pasa una anciana de pants negro muy roto y enlodado, quien los mira atentamente sin detenerse. A unos metros, en el pabellón contiguo a un puente vehicular, un señor de bigote canoso, sudadera roja y gorra blanca, está de cuclillas bajo un árbol totalmente a oscuras intentando encender una fogata compuesta por hojas de periódico, ramas y un costal de zacate. Al parecer, aquella fogata no sólo le sirve para calentarse, sino también para preparar su comida, pues a su lado yace una lata de frijoles, una de chiles, restos de cebolla y platos de unicef. También hay dos diablos, tambos de basura, una escoba de ramas de árbol y lo que parece ser su cama formada con dos tapetes de auto. Muy probablemente es barrendero. Bajo el mismo puente vehicular, un joven duerme cubierto por una cobija sobre un andamio de dos metros. Quizá es pintor o aprovechó la estructura de quienes sí lo son, ya que hay cuatro pilas de botes de pintura junto al muro.

Frente al Mercado de Flores y Hortalizas hay una construcción nueva en la que una señora de gorra azul y su hija de chal gris recolectan madera, quizá para hacer una fogata. Al terminar, cruzan la avenida con su cargamento de leña y desaparecen por una pequeña abertura que está en la IJ; de aquellas que abundan en todas las escaleras de los andenes y que permiten el acceso a las tuberías. Muchos de estos huecos subterráneos se encuentran llenos de agua, y en otros hay tanta basura que resulta un lugar idóneo para innumerables ratas casi del tamaño de cualquier gato.

Al subir por las escaleras que están junto a la construcción, y que comunican con el cuarto pasillo de la IJ, aparece un altar de la virgen de Guadalupe. A su lado, innumerables trabajadores y vagabundos duermen sobre el suelo o en su diablo de trabajo. Se cubren con una chamarra, sudadera, costal, periódico o cartón. Los más dichosos tienen una cobija mal oliente y, los menos, sólo cruzan los brazos para calentarse. Al carecer de hogar donde descansar,

deciden hacer de cualquier rincón de la CEDA una cama. Cuando tienen la necesidad de asearse, se lavan el rostro en cualquier baño o acuden a ducharse en las regaderas. Claro, si cumplen con la cuota monetaria de rigor. Al caminar a lo largo de los pasillos, aquellas imágenes se multiplican; ya sea en la forma de un joven en las escaleras de unos baños cerrados, o de un anciano, quien de vez en vez da un sorbo a su botella de aguardiente León, junto a las cortinas cerradas de una tienda de materias primas. Todos lucen hastiados, extenuados y derrotados. Sabedores de la gran dificultad que implica cambiar el cauce de su destino.

La mayoría de las bodegas y locales aún permanecen cerrados. Sólo en la IJ y la OP hay un gran vaivén de trabajadores que descargan tortons y trailers. Es curioso ver a algunos paperos cubiertos de tierra, como si hubiesen estado en un fuerte vendaval a mitad del campo. Aquí se aprecian algunos puestos de dulces en las esquinas; al igual que a numerosas cafeteras que van de un lado a otro con su carro de termos y su canasta de pan. En cada bodega suena música a todo volumen para tornar amenas las lentas horas de trabajo. Los más modernos prefieren pasito duranguense:

*Princesa de cristal,
te llevaré, un día a donde naaaace el sol.
Amor, amor...te quieeero de verdad*

Y los clásicos y decepcionados, música romántica:

*Palaaaabras triiistes.
Que en mi meeente viviraaaán.
Al pensar, que me quisiiiiiste.
Y hoy conmigo,
tú no estáaas.*

Los demás pasillos del Mercado de Frutas y Legumbres lucen vacíos. Hay un silencio abismal. Sólo se aprecian algunas ratas que salen de coladeras y las

enormes cucarachas que caminan con tranquilidad provenientes de alguna cocina. ¡Que alguien invoque el espíritu de Burroughs para que extermine a estos animales rastreros! Por momentos, también se advierte la presencia de policías que hacen su rondín a pie, en bicicletas o en cuatrimotos. Como aquellos que al ver a dos sexoservidores de diminutas faldas que decidieron caminar entre los pasillos en busca de algún cliente, sucumben ante sus extravagantes contoneos y no pueden impedir chiflarles al unísono. ¡Fiuuuuu, fiuuuuu! Los sexoservidores se crecen e incrementan su movimiento de caderas satisfechos de atraer las miradas de tan honorables personas.

Por fin, en el primer pasillo de la QR se pueden observar algunos trabajadores que comen en una de las dos cocinas abiertas durante toda la noche. Desde aquí se distinguen cuatro jóvenes sexoservidoras que están paradas junto a la avenida del primer pasillo. Parece que sus pantalones ajustados, minifaldas y atrevidos escotes no bastan, pues lucen aburridas por la falta de clientes. Por momentos hacen muecas de frío y cruzan los brazos para calentarse. Algunos de los comensales las observan con atención, mientras se sonríen con su acompañante o le dan la mordida a su apetecible taco de bistec.

Al salir para caminar por la orilla solitaria de la avenida del primer pasillo, se comprenden los gestos de las sexoservidoras, pues el frío cala con intensidad. Los innumerables charcos en los que se refleja la luna, que ha decidido asomarse por unos segundos, delatan otra lluvia reciente. La baja temperatura provoca que cuando pasa algún carro o camión, la humareda que se desprende del escape parezca como generada por alguna pistola de humo. Hay mucho silencio y sólo se percibe el ruido lejano de algún motor. Todo es muy oscuro aquí abajo.

Al dar vuelta en la WX, aparece la extraña y colosal figura de un vagabundo enfundado en varias bolsas negras de plástico que le cubren hasta la cabeza y que mantiene sujetas con lazos, además de tener en las piernas algunos cartones amarrados. Va con la mirada gacha y se aleja pesadamente hacia un angosto pabellón. Más adelante, un joven de larga barba, tez blanca, pantalón color *beige* igual que su gabardina y gorra, camina golpeándose la cabeza a la altura de la sien con ambos puños repitiendo: “¡Cállense! ¡Cállense!”. Se introduce, al igual

que la señora que recogió madera con su hija, en una abertura junto a unas escaleras. ¿Qué habrían dicho Nerval, Walser, Hölderlin o Strinberg si no hubiesen corrido con la misma suerte? Eso quizá nunca se sabrá, pero qué razón tenía Cioran al escribir que el loco “habiendo perdido su máscara, muestra su angustia, se la impone al primero que llega.” Algunos de estos curiosos personajes suelen salir en el día para perderse entre la multitud de los pasillos o sentarse en los pabellones con la intención de calentarse bajo el sol.

Al doblar en la avenida del quinto pasillo la oscuridad y tranquilidad aún dominan. Una bandada de húmedos perros callejeros cruza la avenida hacia el Mercado de Aves y Cárnicos; quizá andan en busca de comida o persiguiendo alguna perra en brama para organizar una orgía canina. ¡Hippies de cuatro patas! Al mismo tiempo, un sexoservidor que viste minifalda y chamarra de mezclilla, también cruza, pero con dirección a la ST después de bajar de un torton en el Mercado de Subasta y Productores. Pasa junto a otro colega que está parado sobre la banqueta esperando cliente y termina por reunirse con un tercero que se encuentra sentado adentro, en la esquina del pasillo, recargado en la cortina de una cocina cerrada. El trabajador sexual que permanece afuera luce muy provocativo con su largo cabello lacio almendrado, top azul, zapatillas y minifalda negra que, por momentos, deja al descubierto sus nalgas. Un Coutlas gris se detiene junto a la banqueta y el conductor baja el vidrio delantero. Ambos intercambian palabras por un minuto. Luego, el sexoservidor se voltea colérico y levanta su falda para mostrar su sexi tanga azul. Antes de que el auto arranque le grita al conductor:

—¿Qué, quieres más?

Por último mira a sus amigos que están sentados en el pasillo a unos cuantos metros y les dice:

—¡Que quiere una mujer de a devis!

—¡Que chingue a su madre! —le responde quien llegó del Mercado de Subasta y Productores.

Vaya exigencia de algunos clientes, pero sobre todo, vaya fortaleza del sexoservidor para resistir el feroz frío de las 12:10 de la noche. ¡Y con la espalda

totalmente desnuda! Con seguridad en estos momentos su piel luce más erizada que una gallina desplumada. Tres jóvenes que caminan por la banqueta se sientan en una orilla de los escalones del pórtico de la ST. Uno de ellos saca un marcador de su mochila y le quita el tapón inferior. Luego, ayudado de una pluma, vacía sobre la propaganda de una escuela de computación la mariguana que está en el interior. Después de escogerle las ramas y semillas, como si de frijoles se tratara, saca una hoja de papel arroz y forja un cigarrillo. Antes de que pueda encenderlo, el sexoservidor proveniente de Subasta le dice:

—¡Hey, regálame un cigarro!

—¡No tengo, es de la verde!

Le responde el joven del cigarrillo, quien es delgado, moreno y de cabello chino; porta sudadera blanca de gorro, babero de mezclilla, pantalón militar y mochila verde. Su nombre es Carlos. Decide levantarse y acercarse para mostrarle el cigarrillo al sexoservidor:

—¡Ah, es de mota! —le dice el sexoservidor, quien se hace llamar Dayana, con voz afeminada y chillona, moviendo exageradamente sus gruesos labios hinchados de colágeno, mientras se abraza a sí mismo apretando sus enormes pechos, a fuerza de implantes, en un intento por calmar su frío.

—¡Simón! —le responde Carlos sonriente.

—Entonces no. ¡Ay no!, yo pensé que era Delicado.

“¡Ja, ja, ja, ja!”, los dos se ríen. Otro de los jóvenes, Alberto, se levanta de las escaleras y se les une. Es de tez clara y barba en el mentón; viste gorra negra, sudadera azul marino de gorro y pants gris de cargo.

—¿Viven por aquí cerca? —les pregunta Dayana.

—En Neza —le responde Carlos sentándose a su lado y luego le pregunta—: ¿Y ustedes de dónde son?

—De Ecatepec —responde Dayana.

—¿De qué parte?

—Si te digo me vas a ir a buscar, guapo —responde Dayana con tono coqueto.

—Sí lo haría, eh.

(“¡Ahhhhh! ¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡No, vámonos hasta el miércoles! ¿Sabes por qué te digo que hasta el miércoles?, porque así me das chance de llevar al niño a la consulta —le dice el otro sexoservidor, Érica, a Dayana de forma abrupta y con voz afeminada, con relación a ir a trabajar a Polanco a mediados de semana para así llevar al médico a su hijo que permaneció con él luego de separarse de su ex esposa. Érica es de baja estatura y luce unos labios pintados de rosa que contrastan con su tez morena, un peinado de cola de caballo y fleco; porta pantalón y chamarra de mezclilla.

—Es que luego se ponen al pedo porque faltó toda la semana, manita — le objeta Dayana en tono quejumbroso—. Mejor vamos el martes en la noche.

—Pero primero llevo al niño a su cita a las 10:00 de la mañana y luego paso por ti. Nomás dejo al chamaco en la casa y ya tengo ahí mi maletita arreglada, y entonces sí me voy a prostituir toda una semana.

—Nos vamos en la tarde, para estar allá a las ocho ya trabajando. Sí, porque si llegamos nosotras bien chichas el jueves o el viernes, manita, osea nos vamos a echar encima a todas. ¡Susanita tiene un ratón! —le dice Dayana a una señora que viene subiendo los escalones, y que viste pantalón negro que combina con una blusa blanca—. ¿Dónde andabas?

—¿Cómo? —pregunta Susana acercándose.

—Mira a mi marido —dice Dayana sonriente en referencia a Alberto y olvidando la pregunta—. Es de Neza, pero no quiere. —En ese momento se voltea hacia Alberto y le dice—: ¿Por qué no quieres con mi cuerpo, rey, a ver? Yo tan guapa. Habiendo tanto puto en Neza, manito, y ahora resulta que te da pena. ¿A poco no tienes tu puto en Neza? No te hagas. Platícame.

Alberto sólo ríe al tiempo que se sienta en el suelo quedando frente a ellos. De pronto, Érica señala hacia una camioneta blanca que pasa lentamente y dice:

—¡El de allá! ¡El de allá! ¡El de la camioneta de hasta allá! En Neza ese de la camioneta fea que me dice: “Dame tu número de teléfono.” “¡Ay, no! No se lo doy a cualquiera.” “¡Ándale y yo paso en mi carro por ti!, yo si traigo un chingo de viejas.” Le digo: “Sí, pero yo no soy de éstas.” Que agarra y que me dice: “¡Ay!

¿Por qué eres así?” “No, es que no me gusta la gente prepotente y mamona como tú.”

—Luego nomás por sus carros se dan su importancia —dice Dayana.

—¿No les ha tocado gente que las trate mal? —les pregunta Carlos.

—No, a mí no —responde Dayana, quien es más extrovertido, y luego corrige—. Bueno, algunos son groseros, pero depende si me dejo, manito. Pero aquí tenemos una en el grupo que trata mal a los hombres, mírala es aquella y se llama Karla —señala hacia el sexoservidor de top azul, quien ya se puso una diminuta chamarra de mezclilla que le llega arriba del ombligo, y que está parado junto a un muro del pórtico para guarecerse de la llovizna que empezó de nuevo. No cesa en su intento de atraer a algún cliente, aunque lo más que logra es arrancarles un silbido o un piropo a los conductores—. Pero miren a la Karlita tan trabajadora ella. Mi amiga quiere ganar, quiere ganar.

En ese momento, Carlos decide pasarle la lengua al cigarrillo para humedecerlo y luego lo enciende. Al advertirlo, el joven que se había quedado sentado en las escaleras hablando por teléfono, decide acercarse. Se llama Valerio, es moreno y robusto; viste pantalón guango de mezclilla azul, sudadera de gorro color vino y mochila negra. Al llegar se sienta junto a Carlos.

—¡Hola manito! ¿Cómo estás? —le dice Dayana extendiéndole la mano para saludarlo.

—¡Hola! ¿Por qué tan tristes? —le pregunta Valerio.

—Porque hay harto trabajo, manito —dice Dayana con ironía, pues debido a la noche lluviosa no hay clientes. Quizá por ello es que decidieron desaburrirse un poco con los tres jóvenes.

—Estamos fumando la pipa de la paz —dice Érica reteniendo el humo, pues sólo le dio dos profundas bocanada al cigarrillo y se lo regresó a Carlos. Después de soltar el humo agrega—: Ya no quiero, porque con la mota te encuevas. A mi me pasa como a María Isabel, le quito los maridos a los jotos y hasta la ropa.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—A mí no, manita, pero se me mete el payaso bien feo. ¡Pero cabrón, eh! —dice Dayana quien decidió no fumar.

—Pues ya nos estaremos riendo todos, ya bien encuerados corriendo allá afuera —dice Alberto.

—¿Tú también te encueras...con la motita? —le pregunta Dayana a Alberto en tono sensual y luego agrega como apurando a Valerio, quien ahora tiene el cigarrillo—: ¡Dale un toque a mi marido! ¡Pásaselo ya! ¡Él también se encuera! ¡Y ahorita nos vamos allá abajo! —le dice a Alberto señalando hacia una rampa del puente que comunica con el pasillo de la UV. Aunque si él aceptara, no tendrían que ir tan lejos, ya que a tan sólo cinco metros está un pequeño cuarto de medidores de luz en el cual hay tirado todo un arsenal de condones usados y tangas.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

Se hace un silencio por algunos segundos. Cada rostro está enmarcado por volutas de humo que se difuminan pausadamente formando innumerables figuras. Los chicos experimentan una sensación de parsimonia y sus ojos parecen granos de un fruto de granada. Todo se ha hecho más lento y sus sentidos se han agudizado.

—*¡Y la hierba se movía, se movía, se movía!* —empieza a cantar Dayana meneando el cuerpo.

Un joven de chamarra negra de pluma de ganso y babero de mezclilla azul, de vivarachos ojos cristalinos y gestos un tanto femeninos, da vuelta en la esquina con dirección a su trabajo en alguna bodega. Pasa al lado de los sexoservidores, pero no los saluda y mucho menos se detiene. A pesar de que actúa con indiferencia, parece que se conocen muy a fondo.

—¡Ya te vi que andas paniqueada, eh! —le grita Érica en referencia a su apariencia de drogado. Y enseguida lo llama con fuertes gritos agudos—: ¡Putá! ¡Perra ven que te van a dar verga! ¡Ven que te voy a presentar a unos hombres!

—Al güerito —dice Valerio en referencia a Alberto.

—¡Ven! —los gritos de Érica suenan tan fuertes que generan eco en los pasillos desiertos—. ¡La tienen bien grande y gruesa así como te gustan a ti!

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—Se hace —dice Érica—. Pero si es bien atascada, bien atascadísima. El otro día que me dice: “Méteme los dedos.” Que me pone el condón la Dayana y que le digo: “A ver.” Que le meto ¡cuatro dedos! —En ese instante con el dedo medio y pulgar de la mano izquierda forma un orificio en donde mete y saca cuatro dedos de la mano derecha—. Y que le digo: “¡Orale, perra, así y así!”

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¿Y qué decía? “¡Más, más!” —pregunta Alberto.

—Hasta más abría el culo —responde Erica.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”) Dayana aprovecha la risa general para cambiar el blanco de las burlas hacia Alberto:

—A ver ven. Ven flaco. Acércate. ¡Ven! Enséñame tu mano. Hazte pa’ acá. ¡Levántate! Vamos a tomar distancia.

—¡Regla! ¡Regla! ¡Regla! —empiezan a corear Valerio y Carlos con sorna, para dar a entender que le va a medir el pene a Alberto; pero éste sólo se ríe sin hacer caso a la petición de Dayana.

—¡Ven! ¡No seas payaso! ¡Te voy a chequear! —insiste Dayana, pero al no obtener respuesta de Alberto, le dice al tiempo que señala hacia Karla—: ¡Ay, no manito!, ya mejor te voy a mandar con el pinche puto de ahí a que andes caminando con él.

—¡Sí, sí! Se me hace que le gustan más los de hombre —agrega Érica—. Si aquí en la Central hay un chingo de putos.

—Pues no ves —dice Dayana en referencia a Alberto.

(“¡Ja , ja, ja, ja!”)

—¡Por Dios! —asegura Érica—. Aquí en la Central hay un chingo de clientes jotos. Muchos hijos de los dueños de bodegas son jotos.

—Pero es que trae buen armamento mi amiga —dice Dayana.

—¿Tiene su camotote? —pregunta Valerio.

—Hay más o menos —responde Érica—. Ahí por si quieren. Yo se los doy cuando gusten, nomás júntense sus mil.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—Como el otro día un güey —retoma la conversación Érica— que agarra y que me dice: “¿Qué onda? ¿Cuánto?” “No pus 200.” “Chido.” Bien guapo el chamaco hijo de su puta madre. Al verlo yo dije dentro de mí: “¡Ay, cójeme!” Luego que me dice: “Te hago una pregunta y no te enojas.” “Dime mi amor, ¿qué?” “¿Eres hombre o eres mujer?” “Soy hombre.” Que agarra y que me dice: “¿Cuánto me cobras porque te la mame?” “500.” “Sí.” Que él saca sus 500 y yo mi condoncito y que empieza a mame y mame, mana —dice en tono sonriente pero mirando únicamente a Dayana como si sólo se dirigiera a él—. Luego era el tiempo en que me estaba inyecte e inyecte. Y sí se me paró, pero jamás podía yo terminar. Como 40 minutos ahí mamando el desgraciado. Que agarro y que le digo: “No, pero págame más.” Y de cien, en cien, ese día me dio 900 pesos. Que agarra y que me dice: “Pero no te saques de onda, te voy a decir algo, cuando te vayas a venir quítate el condón y te vienes en mi boca.” “Sí.” Que empiezo yo a sentir algo así raro en mi cuerpo. “¡Ya, ya voy a terminar, mi amor!” Que me quita el condón y que me comienzo a venir ahí y escucho que el tipo empieza: “¡Glú, glú, glú!” ¡Que se los traga!

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Ay, que asco! ¡Guácala! —dice Dayana al tiempo que hace una mueca de repulsión.

—¡Hijo de su puta madre! —continúa Érica—. Grandote el tipo ¿Sabes como quién? Como de la altura de la Raciel. Güero también. Pero guapo, guapo. No te miento, tenía un pito como de este tamaño —con sus dedos índices forma un largo como de 20 centímetros.

—¡Ay, manita!, pero si allá en Polanco todos son gallinas —le informa Dayana, pues la próxima semana es la primera vez que Érica va a ir—. Allá te vas a dar vuelo, manita, eh. Dime: ¿A qué tipo no le gusta que le metan la verga? A todos. ¡Por Dios! Bueno, pero te dan tus dos mil, tres mil. Y yo tan pasiva, mana —hace un gesto de pesar—. Ese es mi pedo. Porque luego la neta me los llevo al hotel y me dicen: “¡Ay, tú métemela!” Y no puedo, mana, a mí no me gusta.

—¿Pero sí sufres erecciones? —le pregunta Carlos con visible curiosidad.

—¡Ay, pus es como todo, güey! —le responde Dayana—. Pero la neta no me gusta darle a los hombres, o sea ni que me la mamen. Por decir allá, güey, en Polanco, ves unos hombres bien guapos. ¡Por Dios, te lo juro! Pero todos son putos, y pus allá como se gana, eh. La Raciél —le dice a Carlos como si lo conociera— tiene un cliente que le da 15 mil pesos nomás por dejársela caer, manito.

—Es que dicen que allá la gente es bien abierta, güey —comenta Érica— No es como aquí que te andan gritando: ¡Puto!

Dayana enfoca su atención hacia Érica como si los tres jóvenes se hubiesen esfumado y le cuenta una más de sus aventuras:

—El otro día allá me llevé un venezolano. Tenía un pitote bien grande y rico. ¡Por Dios, te lo juro! Ese sí no me dijo ni métemela, ni te la voy a chupar. ¡Ay!, puros de éstos quiero. Pero no, me toca pura puta tortilla, güey. ¡Ahhhhhc! —Hace un gesto seguido de un chasquido de disgusto—. Mi primer cliente de allá fue uno que traía una Hummer, mana, y me dio dos mil 500 pesos. Por un oral nada más. Me acuerdo mucho. Estaba bien guapo, mana, pero me dice: “¡Ayyy, métemela!” Y yo: “¡Ay, no mano! La verdad no me gusta!” Que se lleva otra, mana, y que le da cinco mil pesos. Y yo traumada, dije: “¡Ay se la hubiera metido!”

—¡A mí no me hubieran dicho dos veces! —comenta Érica sonriente y luego agrega acerca de uno de sus conocidos que trabaja en Polanco—. Ya me imagino como se verá la Rita, se ha de ver bien guapa con sus chichis.

—Se ve guapa. Y como trae extensiones largas —le dice Dayana emocionado por la idea de ir a Polanco a ver a sus clientes y amigos—. ¡Y como gana, eh! ¡Buta! Como ya tiene tres años trabajando allá, mana, pues ya se aclientó mucho.

—¿Y tú cuantos llevas? —le pregunta Carlos.

—¿Yo? 12 años —responde Dayana.

—La neta se ve que además lo disfrutas —le dice Carlos—. Eso es chido.

—¡¿Entonces se me ve la cara de puta?! —pregunta Dayana sonriente a un ritmo vertiginoso.

—Debe ser un halago ¿no? —le dice Carlos.

—¡Ah no, claro! ¡Me encanta la verga! —responde Dayana y luego les dice de broma a Carlos y a Alberto agarrándolos de la mano— ¡Vámonos ya, los dos vénganse!

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

—¡Chido! ¡Ahuevo! —exclama Valerio sonriente.

—¡Ah! pus cuando no hay nada ¿qué hacemos? Disfrutar —dice Dayana—. Pus sí, ni modo que me agüite.

—Cuando no hay nada dices: “¡Chingue su madre! Me voy a echar la cachucha de la suerte —comenta Érica.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”) Las carcajadas se mezclan con el sonido metálico de un carro de mercado y el rítmico golpeteo de zapatillas. Parece que alguien se aproxima desde el fondo del pasillo. De pronto, una joven cafetera como de 25 años da vuelta en la esquina. Viste pantalón de pana azul entallado y blusa negra con un atrevido escote que deja al descubierto dos pechos tan apretados que dan la sensación de necesitar urgentemente un tanque de oxígeno. Al verla, Érica le dice a Dayana en voz alta:

—¡Mira! ¡Hay mucha putona nueva, eh!

—Y luego dicen que no son putas, que no se suben a los carros —dice la hasta entonces silenciosa Susana con gesto de molestia. Sólo la cafetera, quien camina rumbo a la QR haciendo oídos sordos, fue capaz de arrancarle algunas palabras.

—La mayoría de las cafeteras son putas —dice Dayana—. El carrito del café es el parapeto para que digas: “Oye, andan trayendo su carrito de café.”

—Y cuando hay operativo no las agarren —dice Érica— y nomás arrasen con las que están paradas en una esquina. Por eso luego nos enojamos. Y cuando vemos que se suben a los camiones con los choferes, tienen ahuevo que dejar su carro abajo. Y con permiso, nos los traemos. ¡Con la pena! ¡Chinguen a su madre!

—¡Ji, ji, ji, ji! —se ríe Dayana como recordando algún episodio.

—Una vez vinieron —prosigue Érica— hasta aquí dos de esas culeras a echarnos pedos porque nos trajimos sus carros. ¡Ay! Aquí que les digo a las dos

viejas de la Yuli y la Mari: “¡Ay, bueno!, ni modo, pónganles en su madre. ¡Yuli, pégalas!” ¡Ay! Que agarra la Yuli y que les pega. Las traía como perras. Es que es perra, la Yuli es perra.

—Mis respetos para la Yuliana —dice Dayana— porque aquí cuando ha habido operativos, mana, un huevo que les cuesta treparla a las camionetas porque se vuelve a bajar.

—¿A poco aquí hay operativos? —pregunta Alberto.

—Sí, y te llevan hasta tres días a la delegación —dice Dayana riéndose—. Por eso yo casi no trabajo aquí, güey, porque ya me ha tocado el operativo. Ya una vez me encerraron aquí, güey.

—¡Ah, la vez que nos encerraron! —exclama Érica.

—Una vez me tocó que me corretearan y me tiré debajo de un torton — recuerda Dayana—. Me corretearon como perros.

Afuera, un taxi se detiene junto a la banqueta. Primero sale un joven fornido de camiseta blanca y paliacate, quien intenta convencer a dos sexoservidoras para que también descendan, pues al parecer se niegan a hacerlo.

—¡Ya vienen bien dañadas! —dice Dayana riéndose—. ¡Ya no se quieren bajar las hijas de su puta madre! ¡Ya se aferraron! Ahorita van a ponerse a activar. Mejor me voy a ir allá abajo.

—No —dice Érica con gesto adusto—, es que ellas son bien perras y ahorita van a empezar: “¡Ay, váyanse de aquí!” Y eso también les van a decir a ellos. Pero yo les voy a responder: “No, están conmigo.”

Pasados algunos minutos de gritos y forcejeos, por fin descende una señora de pantalón blanco, playera negra y mochila azul, Mari; acompañada de otra de pantalón y chamarra café, Yuli. Las dos mujeres se parecen muchísimo, pues ambas son morenas, de cabello corto y gordiflonas. Sólo que Yuli se ve más joven que Mari, quien lleva una lata amarilla de PVC en la que cada una moja su respectivo pedazo de servilleta para después inhalarlo. Ambas, muy aturdidas y dejando al descubierto dos enormes pedazos de carne en lo que se supone cintura, se acercan abrazadas por el joven, quien, al estilo Pancho Villa, se

mantiene en medio de las dos para sostenerlas. Los tres se tambalean como si fuesen olas.

—Mira, vienen bien dañadas —dice Dayana con burla.

En ese instante, otras cuatro sexoservidoras descienden de un auto. Observan con encono hacia los sexoservidores y jóvenes. Con desden, suben las escaleras y se alejan lentamente hacia la UV.

—Mira, ya llegaron el montón de las otras putas —le dice Érica a Dayana en voz baja, como en secreto.

—¡No mames, no ves que hay chavas, güey! —es lo primero que le dice Mari a Dayana al integrarse con ellos, ya que parece que en ese sitio los sexoservidores no pueden estar cuando hay trabajadoras sexuales; y menos aun acompañados.

—¡Aaah, ja, ja, ja! ¡Solamente que me cojan aquí! —le responde Dayana en voz alta y sardónica, pues ya está fastidiado de aquella exclusión— ¡O ahorita voy a hacer que me mamen el culo o algo, ni que no se los mamaran a ellas!

—¡Estás viendo que hay chavas! ¡Hay chavas! —Insiste Mari con tono lánguido.

—¡Me vale verga! ¡Me vale verga! ¡Ésta es mi fuente de trabajo! —dice Dayana tajante. Luego cambia abruptamente la conversación y le dice a la otra mujer, al tiempo que coloca una mano sobre el hombro de Alberto—: Te presento a mi marido, Yuli. Saluda.

—¡Hola, manito, Yula! —le dice a Alberto modificando su nombre por el efecto de la droga.

—¡Mari, Mari, Mari! —exclama Dayana, pues la aludida empieza a doblar la parte externa de los pies y se mece de un lado a otro con la mirada abstraída mientras inhala con devoción su servilleta.

—Espérense. Es que siento bien rico —dice Mari enarbolando una profunda sonrisa pérdida de placer—. Siento bien rico estar así.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”) Todos obedecen a la petición de Mari y la dejan en su limbo. Por su parte, Yuli empieza a fastidiar a Dayana con comentarios socarrones:

—¿Y tu diadema? Ponte tu diadema.

—¡Ay, no la traje! —responde Dayana indiferente; luego se voltea hacia Érica y le dice con gesto de incomodidad—: ¡De verdad no tenía ganas de venir, eh! Pero ve, por algo no quería venir, está bien padre.

—¡Oh, tu gorrita! —arremete de nuevo Yuli—. Luego andas de gorrita, güey. Te voy a regalar una de militar que tengo.

—¡Ay, me voy a ver preciosa y hermosa! —dice Dayana pasándose las manos entre el cabello, para luego acomodarse el pronunciado escote y arrugar sus gruesos labios al tiempo que pestañea rápidamente en un gesto de coquetería.

Mientras tanto, Mari enrosca sus dos manos como agarrando un enorme pene. Se carcajea estrepitosamente con la mirada absorta en aquello que sólo existe en su imaginación. Y con lógica delirante y sin parar de reír dice:

—¡Me como esta vergota de señor! ¡Cree que me gusta la sangría!

—¿Qué andas diciendo Mari? —le pregunta Dayana.

—¡Con su sangría y el otro hijo de puta! —continúa Mari y luego agrega como intentando volver a la realidad—: Está bueno el cotorreo.

Parece que aquella situación no le es muy grata a Dayana, por lo que se levanta, acomoda su falda y se despide de los jóvenes:

—¡Nos vemos, chicos!

Se va con Érica y Susana hacia la barda en donde se encuentra Karla. Los tres jóvenes por su parte se dirigen a la salida del pasillo. Pero al bajar las escaleras, pasan junto a los sexoservidores y entonces Dayana se acerca a Alberto y le agarra el pene:

—¡Ay, a ver! ¡Hay que chequear a este niño, no me voy a quedar con las ganas!

—Yo también voy a chequear —le dice Alberto en tono de broma.

—¡Ay, a ver chequea! —lo incita Dayana volteándose y restregándole sus nalgas en movimientos circulares para luego llevarle las manos hacia sus enormes y duros pechos.

(“¡Ja, ja, ja, ja!”)

Después de aquello, los chicos se alejan sonrientes hacia la salida principal. Los tres se colocan el gorro de las sudaderas para protegerse de la llovizna y destapan una botella de anís con la intención de calentarse. Atrás se quedan los camioneros que seguramente se guarecen en sus tortons, los tres borrachos que duermen recargados uno en el hombro del otro, la gente que pela chiles en los andenes o bodegas, el viejo sexoservidor que permanece solitario, recargado en sus piernas, viendo al suelo en espera de algún cliente mientras platica consigo mismo para terminar de enloquecer, los trabajadores que descienden por montones de combis y micros con su babero de mezclilla bajo el brazo, aquellos que están con una cerveza en la mano al tiempo que le acarician los senos y las nalgas a alguna sexoservidora, los pepenadores, locos, vagabundos y cafeteras. Aquel gran mercado va perdiéndose poco a poco entre la oscuridad, se va haciendo pequeño a cada paso. Sus olores y sonidos merman su fuerza vital para depositarse en la memoria. Memoria que puede ser añeja y fresca a un tiempo como la de Alberto; a quien una vocecilla interna le dice que tenga en cuenta algo antes de intentar escribir cualquier cosa: "Hay algo más fuerte que la tipografía del sufrimiento, el presenciarlo; y algo más fuerte que presenciarlo; el padecerlo." Y yo sólo puedo responderme: "He sabido aquello desde hace 20 años y a pesar de todo: ¡Que viva la madre CEDA y que me pasen la botella de anís!" ¡Salud y glú glú!

Fotografías



“Si intentamos ver desde una foto satelital la Central de Abasto de la Ciudad de México [...] Desde unos cuantos kilómetros por debajo de las escasas nubes ya podemos distinguir una figura hexagonal ligeramente deformada del mercado.”(Pág. 18) **Imagen obtenida de la página:** www.mapasmexico.net/googlemaps-central-abastos.html



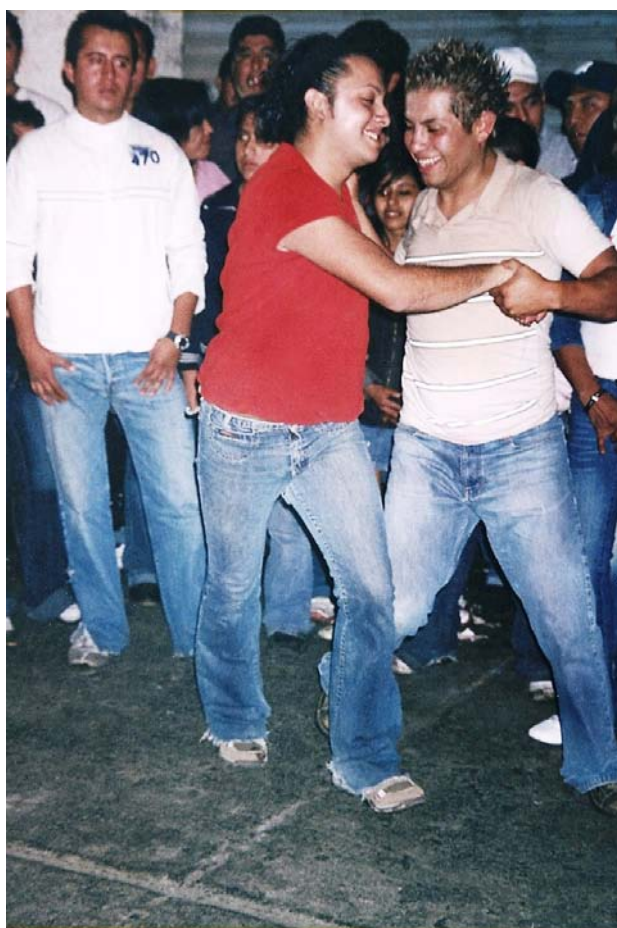
“Los enjambres de manos con platos de unícel aparecen desesperados por doquier entre la abundante neblina de humo.” (Pág. 21) Foto: Daniel Cisneros



“¡Damas y caballeros, hace su arribo el jefe de Gobierno del Distrito Federal, Marcelo Ebrard Casaubón!” (Pág. 23) Foto: Daniel Cisneros



“Al intentar abrirse paso entre la masa compacta, de repente aparece un círculo en el que hay varios gays bailando de forma espectacular.” (Pág. 29) Foto: Daniel Cisneros



“Usa una banda negra que recoge su cabello chino. Muy pegadito a su espalda está otro de cabello corto con puntas color oro.” (Pág. 32) Foto: Daniel Cisneros



“En esta mesa, que se ubica hasta el fondo, pegada a la pared, se encuentra Martha junto a su hijo Julio.” (Pág. 42) **Foto: Daniel Cisneros**



Julio pelando tomates. **Foto: Daniel Cisneros**



“Cuatro cargadores reparten mercancía. Todos se arremolinan aquí y allá.” (Pág. 45)
Foto: Daniel Cisneros



Trabajadores pelando tomates. **Foto: Daniel Cisneros**



De izquierda a derecha: Germán, Martha, Libertad y Julio (Guadalupe ya duerme en el auto). Están frente “a su casa ubicada a cien metros de distancia en la vieja y descompuesta calle Datsun Color Vino placas #766-RPL, en la colonia Subasta y Productores de la Central de Abasto de la ciudad de México, delegación Iztapalapa.” (Pág. 51) **Foto: Daniel Cisneros**



“¡Llévame este bulto de limones! —le dice a Sergio una señora regordeta, de blusa azul rey y largo suéter blanco que le llega hasta las bolsas de su pantalón gris.” (Pág. 52) **Foto: Daniel Cisneros**



“Sergio acuesta su diablo para reacomodar la mercancía.” (Pág. 53)

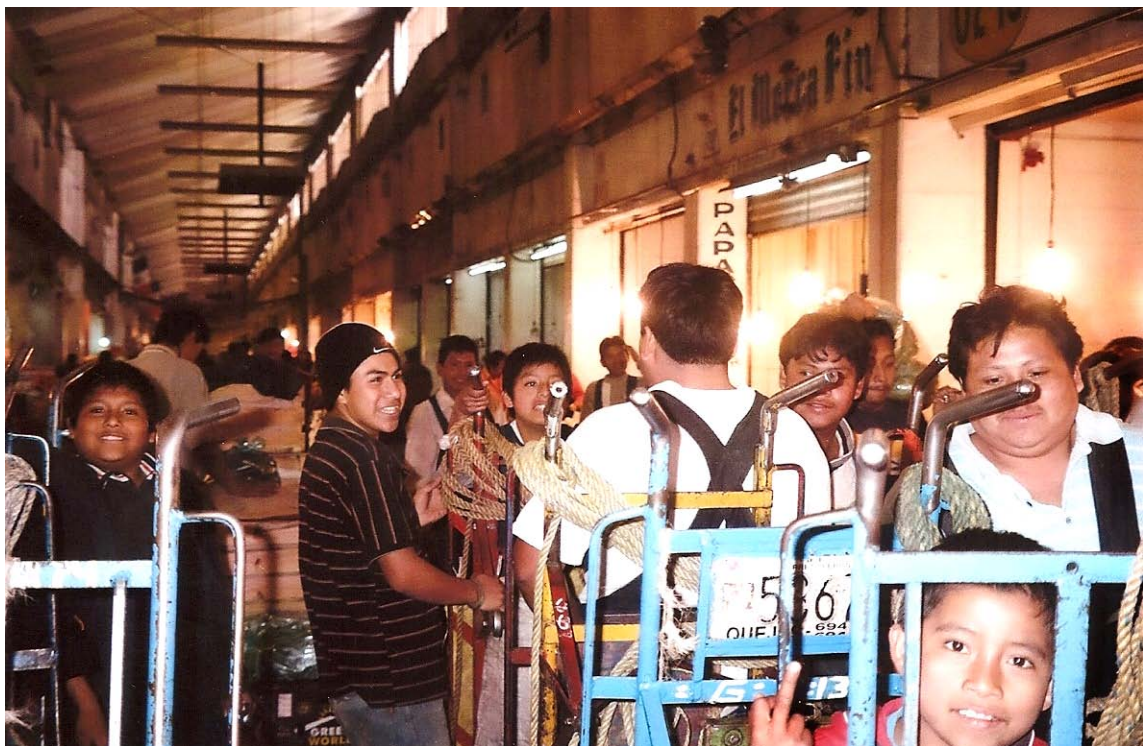
Foto: Daniel Cisneros



“A pesar de su expresión seria, mirada perdida y los pequeños gemidos de esfuerzo en cada escalón, sólo piensa en subir rápido la mercancía para que no le roben el diablo.” (Pág. 55) **Foto: Daniel Cisneros**



“Mientras bebe su desayuno, se pueden ver escurrir varias gotas de sudor que van, como pequeños gusanos, lentamente desde sus patillas, doblan en el contorno de su rostro y llegan a su cuello para ser absorbidos por el suéter.” (Pág. 55) Foto: Daniel Cisneros



“Llegan a un lugar, entre el cuarto y quinto pasillo de la OP, en donde hay un grupo como de 20 diablos apodados *Los Querreques*.” (Pág. 61) Foto: Daniel Cisneros



“Venancio viaja sobre un diablo casi acostado que tiene sujetados los mangos en los huecos del otro, en posición diagonal, que sostiene de la parte superior. Atrás, Sergio empuja con su diablo para lograr mayor impulso en la bajada.” (Pág. 62) **Foto: Daniel Cisneros**



María escoge uvas en el contenedor de basura. **Foto: Daniel Cisneros**



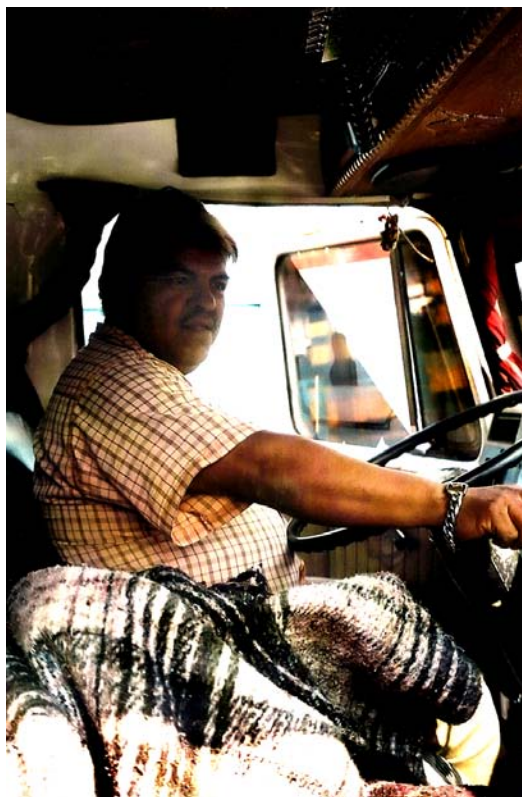
María junto a *La Señora de Pants Rosa*. Foto: Daniel Cisneros



Debajo de un trailer “hay un pequeño gato hambriento que busca comida.” (Pág. 72) Foto: Daniel Cisneros



Un policía le dice a María: “Guarde su cuchillo porque en la mañana acaba de haber un muertito.” (Pág. 72) **Foto: Daniel Cisneros**



Joaquín dentro de su camión. **Foto: Daniel Cisneros**



“El Servicio de Báscula consta de largas estructuras metálicas con dos viguetas azules a los costados, en donde se estacionan los camiones para pesarlos. Hay semáforos para indicar su turno.” (Pág. 78) **Foto: Daniel Cisneros**



Camiones estacionados, mientras los choferes esperan a que los coyotes logren vender la carga. **Foto: Daniel Cisneros**



De izquierda a derecha: *El Pistón*, *El General*, Joaquín, Rodrigo, *El Potrillo*, *El Chiquihuil* y *El Azteca*.
Foto: Daniel Cisneros



“Lo primero que se observa es un gran letrero, que funge de pórtico sobre las 10 casetas, en el que se lee: Central de Abasto de la ciudad de México. Gobierno del Distrito Federal. FICEDA.” (Pág. 87) Foto: Daniel Cisneros



“¡Omboooo! ¡Omboooo! —grita un señor que no sólo tiene problemas de lenguaje sino que también cojea, al tiempo que con la mano derecha va mostrando una bolsa de bombones.” (Pág. 89) Foto: **Daniel Cisneros**



“Cuatro trabajadores de Limpia y Transporte barren la basura con Bielgos hasta formar enormes montañas, mientras uno de sus compañeros la recoge con el bote de un minicargador Bobcat para luego vaciarla en un camión de volteo.” (Pág. 89) Foto: **Daniel Cisneros**



“Cerca de un altar de la virgen de Guadalupe y un carro de supermercado que funge de puesto de jugos de naranja, un indigente, de cabello enmarañado y larga barba, permanece sentado sobre un diablo disfrutando del sol a la vez que se empuja una lata de refrescante cerveza.” (Aunque al advertir que se le iba a tomar la foto, de inmediato la guardó entre su chamarra) (Pág. 90) **Foto: Daniel Cisneros**



“Un muchacho de manos muy maltratadas por el trabajo, le ofrece serenata a una chica [...] Él esboza una amplia sonrisa al más puro estilo del Guasón, la penetra con la mirada más lujuriosa del maestro Roshi y, eufórico, la abraza como Pepe le peu a la gatita Penélope.” (Pág. 90) **Foto: Daniel Cisneros**



“Un viejo con pocos dientes, de larga chamarra negra despintada, pants gris muy holgado, húmedos tenis rotos y mochila de mezclilla cruzada al pecho para echar los comestibles que recoge, camina pesadamente pidiendo limosna.” (Pág. 91) **Foto: Daniel Cisneros**



Uno de los puestos prefabricados donde se venden flores. **Foto: Daniel Cisneros**



Dentro de una cremería del Mercado de Abarrotes y Víveres. Foto: Daniel Cisneros



“Por un lado se pueden ver a algunos compradores acompañados de su respectivo diablero; por el otro hay quienes llevan bolsas de mandado o carritos repletos.” (Pág. 93) Foto: Daniel Cisneros



Edecanes, “quienes portan del cuello letreros o pequeñas cajas de los productos que promocionan.” (Pág. 94)
Foto: Daniel Cisneros



Construcción de la Plaza Central. “Los cimientos ya están terminados y los esqueletos de las columnas, múltiples varillas verticales y anillos al descubierto, sólo esperan a que se les rellene de hormigón.” (Pág. 94) **Foto: Daniel Cisneros**



“En la esquina del segundo pasillo hay un puesto de tacos muy singular. Lo atienden tres alegres señores. Dos de ellos despachan los tacos de bistec y al pastor, mientras el otro, quien dice ser el nuevo Fishman Júnior, los vigila tras la tierna mirada de sus ojos verdes.”
(Pág. 96) **Foto: Daniel Cisneros**



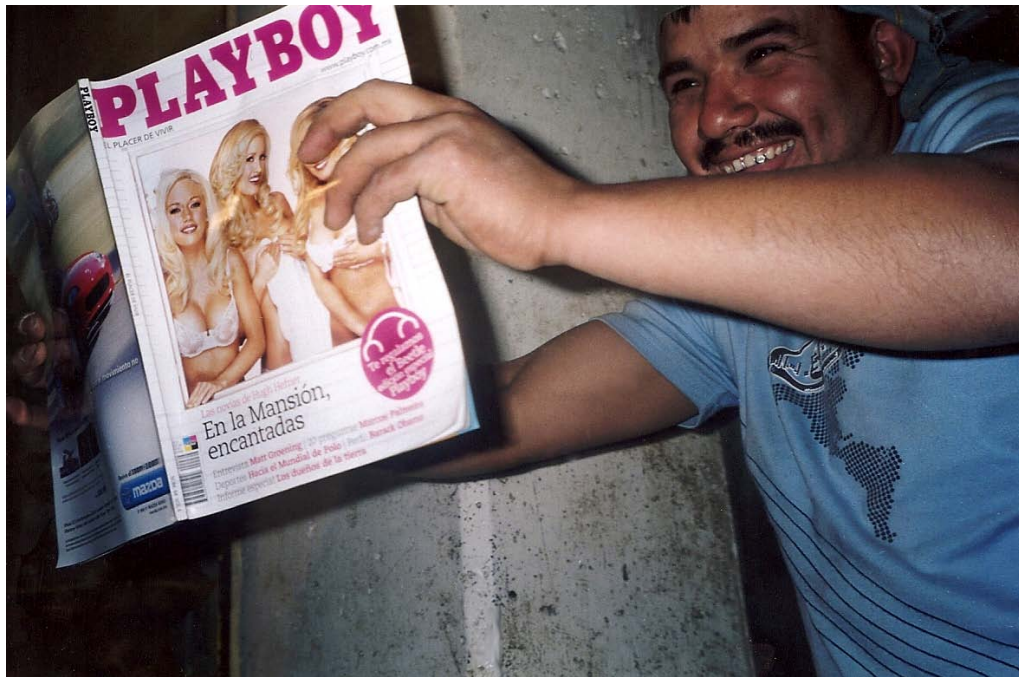
Puestos del Mercado de Frutas y Legumbres.
Foto: Daniel Cisneros



Pasillos de la IJ. Foto: Daniel Cisneros



“Un señor como de 70 años de cabello plateado, que está tuerto del ojo derecho, vendiendo botas de minero y plantillas.” (Pág. 96) Foto: Daniel Cisneros



“En la entrada de una bodega en el quinto pasillo de la OP, un señor de paliacate azul y bigote mantiene los ojos pegados, sin pestañar siquiera, a las páginas interiores de una revista de *Playboy*.” (Pág. 97) Foto: **Daniel Cisneros**



Andén del Mercado de Frutas y Legumbres. Foto: **Daniel Cisneros**



“En el puente hay una mujer muy anciana con un reboso sobre la cabeza, hincada junto a su bolsa de rafia, pidiendo limosna.” (Pág. 98)

Foto: Daniel Cisneros



“Más adelante, un señor ciego permanece sentado en una silla con la mano estirada.” (Pág. 98) **Foto: Daniel Cisneros**



Trabajadores del Mercado la Nueva Viga. Foto: Daniel Cisneros



“Un niño cruza detrás de un camión de la Coca-Cola cargando varios pares de almohadas de Winnie Pooh, Bob Esponja y Dora la Exploradora.” (Pág. 98) Foto: Daniel Cisneros



“¡Oye! ¿No me completas tres pesos pa’ curármela? —le dice a quien pasa a su lado aquel ferviente adorador de Máyatl.” (Pág. 98) **Foto: Daniel Cisneros**



Pasillos del Mercado de Aves y Cárnicos. “Sólo se ven unos cuantos carros de rejas metálicas repletos de pollos; y otros, completamente cerrados, con hielo para conservar fresca la mercancía.” (Pág. 99) **Foto: Daniel Cisneros**



“¡Apúrenle huevones, o no les pago! —les grita la muchacha, parodiando al patrón, antes de llevar una dona de chocolate a su boca y soltar una carcajada.” (Pág. 99) **Foto: Daniel Cisneros**



Dos trabajadores que llenan costales de hielo dentro de un trailer. **Foto: Daniel Cisneros**



Uno de los cuentos que algunos trabajadores tiran después de leerlo dentro de los relucientes baños del Mercado de Aves y Cárnicos. **Foto: Daniel Cisneros**



Uno de los dibujos de los baños del Mercado de Frutas y Legumbres. **Foto: Daniel Cisneros**



“En la parte trasera del Albergue, un niño se divierte impulsando a otro en un columpio después de haber barrido el patio.” (Pág. 102) **Foto: Daniel Cisneros**



El equipo de La Cuesta, campeón de la Liga anterior, enfrentando a los Combinados en un partido de práctica en el Deportivo de la CEDA. **Foto: Daniel Cisneros**



“Si alguien en este momento pudiese oprimir por algunos segundos el botón de pausa al partido para asomarse en la pequeña oficina, advertiría a su director, Alfredo Mancera, intentando elaborar un informe para el Fideicomiso.” (Pág. 109) **Foto: Daniel Cisneros**



Foto del equipo Rosario Central al que perteneció el famoso jugador Cuauhtémoc Blanco.
Foto: Daniel Cisneros



Los jugadores de La Cuesta preparándose para el segundo tiempo. Foto: Daniel Cisneros



“La banda musical empieza a tocar *Camarón pelao*. La porra manifiesta su energía con profusos vítores.”
(Pág. 116) Foto: Daniel Cisneros



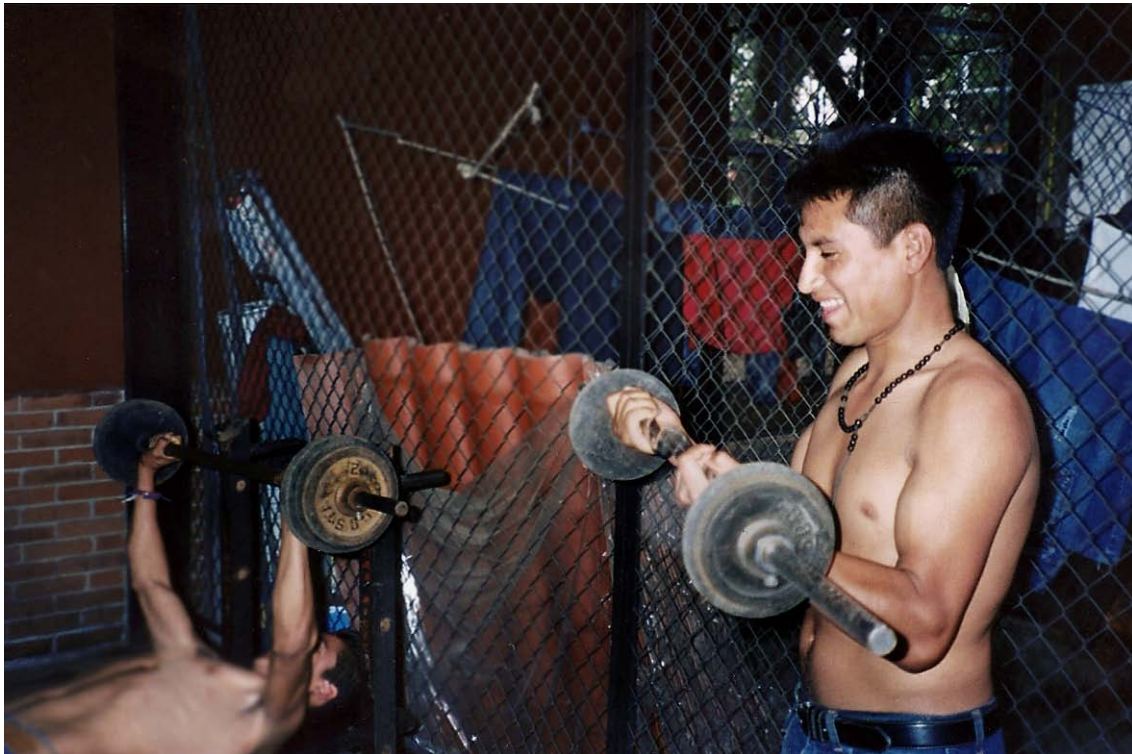
Entrada del Centro de Apoyo al Menor Trabajador de la Central de Abasto. Foto: Daniel Cisneros



“En una esquina se localiza el denominado Rincón de Lectura, conformado por dos pequeños estantes con libros y un pizarrón en donde se invita a disfrutar de los tres nuevos títulos: *Aladino y la lámpara maravillosa*, *Los viajes de Gulliver* y *Robinson Crusoe*”. (Pág. 119) Foto: Daniel Cisneros



“En una mesa frente al gimnasio, el director juega *damas* con Carlos. Los acompañan dos tímidos adolescentes como de 16 años que observan con atención cada movimiento.” (Pág. 123) **Foto: Daniel Cisneros**



Dos jóvenes del Centro en el gimnasio. **Foto: Daniel Cisneros**



César [a la izquierda] y Brian [a la derecha] juegan con carritos: “¡Ruuuuuuuuuum! ¡Voy muy rápido! ¡Hazte a un lado porque vamos a chocar! ¡Zas!” (Pág. 127) **Foto: Daniel Cisneros**



Niños jugando carreras de costales, pues están festejando el 30 de abril. De izquierda a derecha: Rodrigo, Adriana, Évelin, la profesora Maribel, Mario y César. **Foto: Daniel Cisneros**



Niños del Centro mientras dibujan con la profesora Elba. Foto: Daniel Cisneros



Partido de fútbol rápido en el que se juega un minitorneo. “Quienes prefieren gozar de vista aérea, aprovechan el techo de concreto que cubre las bancas de los equipos.” (Pág. 130) Foto: Daniel Cisneros



“Un espectador que antes asistía al Centro, se emociona al ver el festejo y le dice a su hijo, quien parece estar más entretenido con el pecho de su madre: ¡Ya crece hijo pa’ que juegues!” (Pág.132) **Foto: Daniel Cisneros**



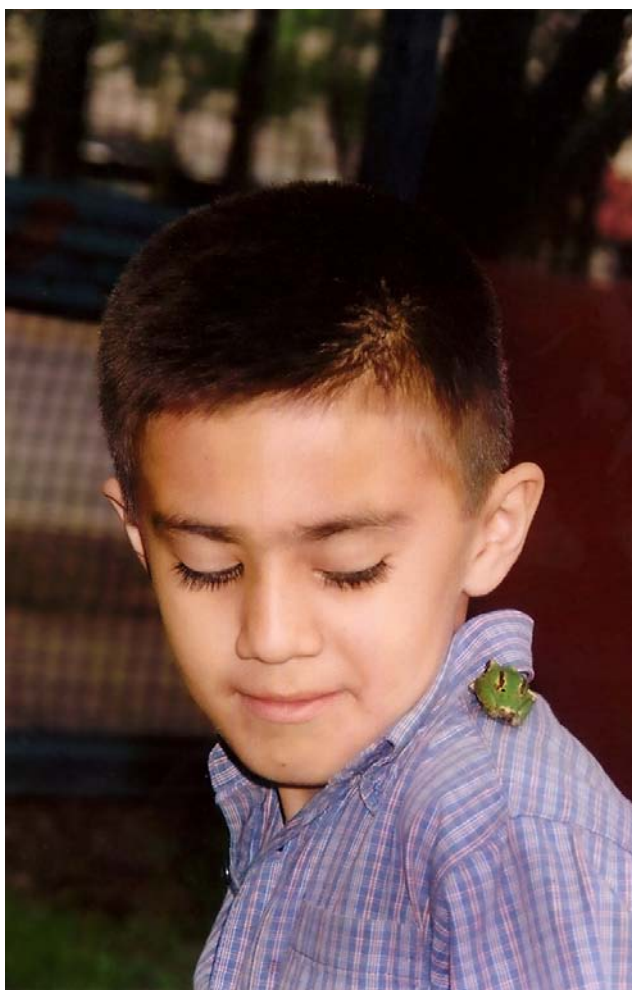
“Hasta el frente de la fila, el director, ayudado por las profesoras Maribel y Elba, reparte la comida.” (Pág. 133) **Foto: Daniel Cisneros**



Un grupo de niños y adolescentes comen sobre el pasto. Dos de ellos se divierten aparentando que están inhalando PVC. Foto: Daniel Cisneros



Dos niños con sus regalos que les dio la abogada Elena. Foto: Daniel Cisneros



Brian juega con la rana que se encontró. **Foto: Daniel Cisneros**



“Un señor de bigote canoso, sudadera roja y gorra blanca, está de cuclillas bajo un árbol totalmente a oscuras intentando encender una fogata compuesta por hojas de periódico, ramas y un costal de zacate.” (Pág. 136) **Foto: Daniel Cisneros**



“Frente al Mercado de Flores y Hortalizas hay una construcción nueva en la que una señora de gorra azul y su hija de chal gris recolectan madera, quizá para hacer una fogata.” (Pág. 136) **Foto: Daniel Cisneros**



Innumerables “trabajadores y vagabundos duermen sobre el suelo o en su diablo de trabajo.” (Pág. 136) **Foto: Daniel Cisneros**



Joven que duerme sobre las escaleras de unos baños cerrados. Foto: Daniel Cisneros



“Un sexoservidor [Dayana, al fondo] que viste minifalda y chamarra de mezclilla, también cruza pero con dirección a la ST después de bajar de un torton en el Mercado de Subasta y Productores. Pasa junto a otro colega [Karla, en primer plano] que está parado sobre la banqueta esperando cliente.”
(Pág. 139) Foto: Daniel Cisneros

Epílogo

De la mayoría de los protagonistas de esta crónica no he vuelto a saber nada. Pero curiosamente, un día que andaba recabando información me encontré a Julio y Germán, hijos de Martha, la señora peladora de chiles, cebolla y tomate. Ambos lucían más andrajosos que de costumbre, habían enflacado, sus profundas ojeras sobresalían de su semblante demacrado. Caminaban con paso tambaleante despidiendo un añejo aliento alcohólico y a hierba. Me contaron que en la bodega donde trabajaban habían llegado a ser encargados y hasta les permitían dormir en un pequeño cuarto de la bodega contigua.

Todo era fantástico para ellos, ya que a Pilar la encontraron robando mercancía y la despidieron. Pero tanta suerte los empezó a dotar de cierto aire de vanidad que se incrementaba con cada muestra de respeto por parte de los demás trabajadores. Aprovecharon la ausencia del patrón durante las noches para embriagarse y hurtar mercancía. Más aun, Germán decidió llevarse a vivir con él a una muchacha.

Cuando don José se percató de sus andanzas, sucedió lo inevitable. Perdieron su trabajo, pero no la afición al alcohol y a la marihuana. Libertad cambió su muñeca por varios gatos que la acompañan a todos lados y que se duermen con ella. Guadalupe ya empieza a hacer caso a los cortejos de los trabajadores. Martha sigue siendo de carácter muy débil como para lidiar sola con sus hijos. De nuevo vagan por aquí y por allá en busca de un lugar en donde pelar chiles.

Pero, ¿cómo juzgar los excesos de Julio y Germán? Si lo hiciéramos arbitrariamente y sólo desde nuestro horizonte sin intentar fundirnos en el suyo, sin tomar en cuenta su historia de vida, con seguridad las cenizas de Eduardo

Nicol se volverían a juntar para levantarse de la tumba y recordarnos con expresión erudita: “En el origen de su vida, el individuo se encuentra en una situación fundamental que limita sus posibilidades de una manera concreta y definida: la época en que nace, la esfera cultural en que se forma, las circunstancias familiares, y hasta las capacidades físicas de que está dotado, son factores irrenunciables, con los cuales se encuentra y tiene que contar, que limitan su vida y la encauzan desde su origen en una cierta dirección.”

Además, Emmanuel Levinas le acompañaría y mirándonos fija, pero amorosamente, agregaría dándonos una rebanada de responsabilidad: “el-uno-para-el-otro en tanto que el uno-guardián-de-su-hermano, en tanto que el-uno-responsable-del-otro.” Parece que esto se extiende a todos y cada uno de los personajes de esta crónica, pero... ¡sí, claro que habría algún pero!... ¿qué hacer cuando ellos se niegan a cambiar, cuando se resisten a liberarse de aquellos elementos negativos del *origen de su vida*? ¿Contar su historia?

Pero no todo es lamentación y lágrimas. No. Es muy grato advertir que el Deportivo de la CEDA aún sigue intacto, quizá las autoridades meditaron en la importancia del deporte en aquel lugar. ¡Una felicitación para las autoridades! Pero, sobre todo, ¡un fuerte aplauso y felicitación para todos aquellos *hijos de la madre CEDA* que hacen que funcione tan gigantesco y complicado mercado!

Fuentes de consulta

Bibliográficas

Antología, *Lo mejor del periodismo de América Latina*, FCE/FNPI, México, 2006, 567 pp.

Cota Guzmán, Hilda, *XV años de la Central de Abasto de la Ciudad de México*, Fideicomiso Central de Abasto de la Ciudad de México, México, 1997, 95 pp.

Chillón, Albert, *Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas*, Universitat Autònoma de Barcelona, España, 1999, 470 pp.

Dallal, Alberto, *Periodismo y literatura*, Gernika, México, 1992, 223 pp.

Hollowell, John, *Realidad y Ficción. El nuevo periodismo y la novela de no ficción*, Noema Editores, México, 1979, 239 pp.

Leñero, Vicente/ Marín, Carlos, *Manual de periodismo*, Grijalbo, México, 1986, 315 pp.

Ruíz Naufal, Víctor/ Piña, Carmen, *Central de Abasto. 20 años*, Fideicomiso Central de Abasto de la Ciudad de México, México, 2002, 135 pp.

S/A, *Enciclopedia de Periodismo y Comunicación*, tomo II, Maueco, Madrid, 1984, 413 pp.

Wolfe, Tom, *El nuevo periodismo*, Anagrama, Barcelona, 1981, 214 pp.

Yoma Medina, María/ Martos López, Luis, *Dos mercados en la historia de la ciudad de México. El Volador y La Merced*, INAH, México, 1990, 253 pp.

Tesis

Castillo Juárez, José Manuel, *El trabajo de los menores de la Central de Abasto y su situación jurídica*, UNAM, México, 2004, 124 pp. Licenciatura en Derecho.

Cruz Martínez, Guadalupe, *Situación actual de la Central de Abasto de la Ciudad de México a 20 años de funcionamiento. Caso práctico, mercado de frutas y legumbres*, UNAM, México, 2002, 189 pp. Licenciatura en Administración.

Gutiérrez Larrauri, Celia Aurora, *Trabajo infantil, redes de poder y explotación de menores. Estudio de caso sobre un grupo de menores trabajadores en la Central de Abasto de la Ciudad de México*, UNAM, México, 2005, 101 pp. Licenciatura en Sociología.

Hemerográficas

Brito, Luis, "Apaña la policía a diablero matón", *El Metro*, México, DF., 20 de diciembre de 2007, p. 16.

Meléndrez Parada, María, fotografía sobre el concurso de "carretillas" en el 25 aniversario de la CEDA, *La Jornada*, México, DF., 23 de noviembre de 2007, p. 45.

Nuevo Abasto, México, DF., 22 de noviembre del 2007, p. 8.

Cibergráficas

www.elotroladodelbalon.blogspot.com, Ballesteros, Enrique, *Las talachas*, 2007. Fecha de consulta: 25 de marzo de 2008.

<http://www.jornada.unam.mx/2007/01/10/index.php?section=capital&article=035n1c.ap>, Bolaños Sánchez, Ángel, *Arrancan obras para modernizar la CEDA*, 2007. Fecha de consulta: 25 noviembre de 2007.

<http://www.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html>, Yanes Mesa, Rafael, *La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación*, número 32 de la *Revista de estudios literarios* de la Universidad Complutense de Madrid, 2006. Fecha de consulta: 01 de noviembre de 2007.

<http://www.camt.org.mx/>, Centro de Apoyo al Menor Trabajador de la Central de Abasto, IAP. Fecha de consulta: 25 de abril de 2008.

<http://www.ficeda.com.mx>, Fideicomiso de la Central de Abasto. Fecha de consulta: 14 de octubre de 2007.

<http://www.mapasmexico.net/googlemaps-central-abastos.html>, Fotos satelitales. Fecha de consulta: 23 de noviembre de 2007.

Vivas

Alemán, Roberto, entrevista personal. En el deportivo de la Central de Abasto de la Ciudad de México, ubicado junto a la avenida Eje 5 Sur, delegación Iztapalapa, el 27 de marzo de 2008.

El Chaparro, entrevista personal. En el deportivo de la Central de Abasto de la Ciudad de México, ubicado junto a la avenida Eje 5 Sur, delegación Iztapalapa, el 27 de marzo de 2008.

Gutiérrez, José Luis, entrevista personal. En el Centro de Apoyo al Menor Trabajador de la Central de Abasto, Institución de Asistencia Privada, ubicado en Canal de Churubusco esquina Prolongación Toltecas s/n, colonia San José Aculco, el 28 de abril de 2008.

Juárez, Rubén, entrevista personal. En su tienda de dulces y deportes, ubicada en el deportivo de la Central de Abasto de la Ciudad de México, junto a la avenida Eje 5 Sur, delegación Iztapalapa, el 27 de marzo de 2008.

Mancera, Alfredo, entrevista personal. En su oficina, ubicada en el deportivo de la Central de Abasto de la Ciudad de México, junto a la avenida Eje 5 Sur, delegación Iztapalapa, el 27 de marzo de 2008.

Mendoza, María de la Luz, entrevista personal. En un contenedor de basura, ubicado en el segundo andén de la KL del Mercado de Frutas y Legumbres de la Central de Abasto de la Ciudad de México, delegación Iztapalapa, el 22 de diciembre de 2007.

Martha, entrevista personal. En la bodega A14 del Mercado de Aves y Cárnicos de la Central de Abasto de la Ciudad de México, delegación Iztapalapa, el 19 de diciembre de 2007.

Santoyo, Gabriel, entrevista personal. En el deportivo de la Central de Abasto de la Ciudad de México, ubicado junto a la avenida Eje 5 Sur, delegación Iztapalapa, el 27 de marzo de 2008.

Sergio, *El Gordo*, entrevista personal. Frente a la bodega O97 del tercer pasillo del Mercado de Frutas y Legumbres de la Central de Abasto de la Ciudad de México, delegación Iztapalapa, el 21 de diciembre de 2007.

Torres, Joaquín, *El Rencoroso*, entrevista personal. En el cuarto andén del Mercado de Subasta y Productores de la Central de Abasto de la Ciudad de México, delegación Iztapalapa, el 24 de diciembre de 2007.